

EMPAQUETADOS

JUAN MIGUEL AGUILERA
GABRIEL BERMUDEZ
PABLO BUENO
SANTIAGO GARCIA ALBAS
RAFAEL MARIN
FELICIDAD MARTINEZ
RODOLFO MARTINEZ
MANUEL MIYARES
CARMEN MORENO
DANIEL PEREZ
ANTONIO ROMERO
DOMINGO SANTOS
EDUARDO VAQUERIZO

Lánzate sobre él. Deshaz el nudo. Desgarra con tus manos ansiosas el papel que lo envuelve y descubre lo que contiene este peligroso paquete que Sportula ha preparado para sus lectores.

Como especial del día del libro 2014, Sportula ofrece, totalmente gratis, una antología con textos de algunos de sus mejores autores. Aquí están, empaquetados, esperando a que los descubras y te adentres en los universos que han creado.

Lectulandia

AA. VV.

Empaquetados

ePub r1.1

Rds 29.09.14

AA. VV., 2014

Editor digital: Rds
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

Los escritores son el activo de una editorial. Es algo tan obvio que no debería hacer falta decirlo. Y sin embargo, es necesario. Un editor, no lo olvidemos, no es otra cosa que un intermediario y un filtro. Ambas tareas son importantes y los buenos editores se distinguen de los malos en que saben llevar las dos a cabo con eficacia. Pero, reconozcámoslo, en el fondo un editor existe única y exclusivamente para que los autores encuentren su público, para que los lectores puedan llegar a los libros que quieren leer.

Nuestra tarea es importante. Pero no somos imprescindibles. Aunque no existiéramos, los escritores y los lectores acabarían encontrándose. Si somos buenos, facilitamos esa tarea, pero ya está, eso es todo lo que hacemos. No somos una parte imprescindible del proceso literario; eso lo son los autores y los lectores, porque sin un autor que genere obras, los lectores no tienen nada y, del mismo modo, sin lectores que lo lean, un autor es una voz clamando en el desierto.

Conviene recordar eso, especialmente en esta época convulsa y cambiante que no tenemos muy claro adónde nos va a llevar. «Ojalá vivas tiempos interesantes», dice la vieja maldición china. Y estos lo son, sin duda.

Los escritores son el activo de una editorial, decía al principio de estas líneas. Sin ellos, la editorial no tiene razón de ser y su existencia se convierte en una broma pesada y de mal gusto.

Todo lo demás, digámoslo claro, son zarandajas; o, por usar un anglicismo pelicularo: «*bullshit*».

Es algo que tuve claro desde que inicié la andadura de Sportula, hace algo más de cuatro años. Sin autores, no soy nada, así que más me vale mimarlos, hacer que estén contentos conmigo y conseguir que quieran publicar aquí, que esta sea su casa y que en ella se sientan cómodos y seguros.

Eso he intentado, durante estos años. Diría que lo he conseguido, visto el catálogo de Sportula y teniendo en cuenta que la mayoría de los autores que han publicado conmigo, acaban repitiendo, ya sean recién llegados o veteranos de toda la vida.

Pero, si los autores son mi activo, los lectores son mis clientes. No es cierto que el cliente tenga siempre razón, pero no cabe duda de que a un buen cliente hay que fidelizarlo, ofrecerle un producto que le interese y tratarlo con inteligencia y sin condescendencia.

Creo que la política de Sportula ha ido por ahí. Ediciones bien realizadas, precios ajustados, obras interesantes. Respeto por el cliente, en suma.

Eso ha ido generando una pequeña masa de lectores fieles que buscan en Sportula libros que saben que les pueden interesar y que son, sin duda, mis mejores publicistas. Si los lectores de Sportula van creciendo como lo han ido haciendo a lo largo de estos años es porque otros lectores satisfechos han hablado de nosotros, nos han recomendado y nos tienen, para bien, en el punto de mira de sus comentarios.

Lectores y escritores. Lo único que hacemos es ponerlos en contacto. Intentamos que esa tarea se realice de la mejor forma posible: somos un vehículo, al fin y al cabo, no un obstáculo.

Por tanto, quizá va siendo hora de que me retire. Después de todo, amable lector, no estás aquí para leerme a mí (o, al menos, para leer mis digresiones editoriales) sino a mis autores. No te has bajado este ebook promocional para que te cuente lo bien que Sportula hace las cosas, sino para que te lo demuestre con los relatos que lo componen.

Pasa la página, entonces. Encontrarás a trece autores, trece fabuladores que te llevarán a sus universos personales y te darán una vuelta por ellos. Si ya los conoces, sabes de qué hablo. Si no, estoy seguro de que volverás a por más.

RODOLFO MARTÍNEZ
Gijón, abril, 2014

UN DIA PERFECTO

Juan Miguel Aguilera

Valencia, 1960.

Diseñador industrial, publicó su primer relato en la revista Nueva Dimensión, «Sangrando correctamente», escrito en colaboración con Javier Redal. Frutos de esa colaboración serían también sus primeras novelas: Mundos en el abismo, Hijos de la Eternidad y El refugio.

Con el tiempo, su obra se ha ido orientando hacia la fantasía histórica, un giro iniciado con La locura de Dios, a la que seguirían Rhyla y El sueño de la razón. En los últimos años, buena parte de su obra ha sido publicada directamente en Francia. Con La Red de Indra se adentra en el terreno del tecno-thriller. Recientemente ha publicado Sindbad en el país del sueño, en Fantasy.

Como ilustrador fue durante muchos años (en colaboración con Paco Roca) responsable de las cubiertas de Nova, la colección de ciencia ficción de Ediciones B. En solitario ha realizado un buen número de cubiertas para Gigamesh y otros editores. Hombre inquieto, también se ha movido dentro del mundo del cómic, tanto en colaboración con Paco Roca como con Rafael Fontériz.

En Sportula ha publicado las novelas Némesis, escrita en colaboración con Javier Redal y Náufragos, escrita en colaboración con Eduardo Vaquerizo. Ha participado como autor en la antología Akasa-Puspa, de Aguilera y Redal y ha coordinado Más allá de Némesis.

Además, es uno de nuestros portadistas habituales.

Despierto. A través de la ventana de mi dormitorio brilla el sol y yo me quedo mirando el cielo azul. No tengo ningún deseo de levantarme, parece un día perfecto de primavera, de esos que antes me hacían salir temprano de casa para disfrutar de la tibieza de la mañana.

El aire es ahora incluso más transparente que entonces porque ya no hay fábricas en ninguna parte del planeta. Tampoco hay tráfico porque la radiación lo inunda todo.

Quizá soy el último ser vivo de la Tierra, y solo los cristales con plomo de mi ventana me protegen de una muerte horrible y solitaria.

Me levanto por fin y me acerco a la ventana. Se escuchan lamentos a lo lejos, es el sonido del cemento agrietándose. De vez en cuando se oye el estruendo de algún edificio derrumbándose. Lo tengo claro, dentro de mil años no quedará ni el recuerdo de nosotros.

Pego mi rostro al cristal, he visto algo en el invernadero. ¿Qué es? Parece un montón de ropa tendido entre las macetas del fondo. Bajo a la planta baja y cruzo el corredor acristalado. Un robot poda las ramas de un hibisco. En el suelo hay algo que no debería estar ahí...

Un cadáver, una momia reseca y cubierta de polvo...

Me acerco y veo que era un hombre muy viejo cuando murió.

Muy viejo...

Entonces lo recuerdo todo, las imágenes acuden como un torbellino a mi mente.

No soy el último ser vivo de la Tierra, soy el holograma de un backup, un archivo que recoge un volcado parcial de la memoria de un hombre.

De último hombre sobre la Tierra... muerto hace mucho.

Un volcado parcial. Parcial...

Despierto. A través de la ventana de mi dormitorio brilla el sol...

HONOR SOBRE RUEDAS

Gabriel Bermúdez Castillo

Valencia, 1934

Gabriel Bermúdez Castillo nació en Valencia en 1934 pero siendo niño su familia se trasladó a Zaragoza, donde se formó intelectual y artísticamente. En razón de su profesión ha residido en diversos puntos de la geografía española.

La compilación El mundo Hokun, de 1971, es su primera incursión en la ciencia ficción. El autor vertió en cinco relatos, dos de los cuales eran novelas cortas (el que daba título a la antología y «Amor en una isla verde», ganador de un premio en la Convención Europea celebrada aquel año en Trieste), las claves de buena parte de su producción posterior.

Algunos de sus relatos son considerados clásicos de la CF española: «La última lección sobre Cisneros» (1978), donde la censura toma carta de naturaleza en el marco de una España sumergida irreparablemente en el ocaso final de los recursos planetarios; y sobre todo «Cuestión de oportunidades» (1982), una crítica a nuestras más bajas pasiones. Y, por supuesto, las novelas Viaje a un planeta Wu-Wei (1976) y El Señor de la Rueda (1986), dos clarísimos hitos en la producción española del género.

En Sportula ha publicado las novelas Viaje a un planeta Wu-Wei y Los herederos de Julio Verne.

Había elegido bien el lugar. Era el viernes, tres de enero del año 2162, y probablemente los helicópteros de Tráfico consumirían las últimas gotas de gasolina de alto octanaje buscándole a él y a otros como él. Desde luego acabarían descubriéndolos (eso era seguro), pero mientras tanto, juntamente con Anita disfrutaría de las últimas mieles de un romance que ya duraba cinco años. Sí; había elegido bien el lugar. El día antes había recorrido, a toda velocidad, la autopista Zaragoza-Madrid, había salido en un tramo próximo al Jalón, y había conducido con mucho cuidado por la carretera de la Ribera, ahora abandonada. Por fin, consiguió llegar a un lugar entre dos túneles de ferrocarril. Anita avanzaba con precaución por la planicie de tierra...

—Don Pablo —había dicho—. Me da miedo ir por aquí... El firme es muy malo. Es pura piedra, Don Pablo. Y el neumático delantero izquierdo está un poco flojo; ya le dije que había que cambiarlo.

—¡Calla, tonta! —contestó él atusándose el bigote gris—. Si falta muy poco...

—Si usted lo dice, Don Pablo... ¡Oh, por favor! No me toque ahí... me enerva el roce de su mano en cualquier sitio donde la ponga... Déjeme conducir tranquila, por favor.

—Siempre fuiste muy excitable —dijo él—. Mira... Bajo ese arco de piedra...

—Es bonito, don Pablo. ¿Cómo lo conocía usted?

—Lo he visto muchas veces, desde el tren

A no mucha distancia corría, cenagoso y estrecho, el río Jalón. Más allá, al otro lado del río, las vías del ferrocarril relumbraban bajo el sol invernal... Y un poco más lejos los abandonados edificios de una fábrica de grava abrían sus negras ventanas desiertas, mientras el viento susurraba en su interior rumores sepulcrales.

Sí; conocía bien aquel sitio. Oculto entre montañas, al final de una carretera olvidada, protegidos por el arco natural de piedra que se alzaba entre los dos túneles ferroviarios (creía recordar que les llamaban «la mina grande» y «la mina pequeña») no iba a ser fácil que les localizasen. Había traído consigo alimentos, agua, y un pequeño bidón de plástico donde pudo almacenar, pagándolos a peso de oro, unos litros de gasolina; los últimos.

Anita se aposentó bajo el arco de piedra. Paró el motor.

—¿Cree usted que nos encontrarán, Don Pablo?

—Lo harán, querida... de eso puedes estar segura. Pero no pienses en eso ahora...

—¿Qué querría oír usted, Don Pablo?

—Música, Anita. De cuando yo era un niño...

Del sistema estéreo de altavoces comenzaron a surgir melodías olvidadas hacía ya mucho tiempo.

Las notas, cargadas de nostalgia, llenas de recuerdos de tiempos que fueron, inundaron los oídos del anciano. Poco a poco, Don Pablo se adormeció en el cómodo

asiento del vehículo. Muy lentamente, Anita fue disminuyendo el volumen de la música. Después, pareció que ella también se durmiese, pues sus dos brillantes ojos verdes, que lucían intensamente, mirando al hombre dormido, se cerraron. Transcurrió un buen rato, casi en silencio, sin otro rumor que la acompasada respiración del anciano. Algo le despertó... no sabía qué.

—Buenos días, Don Pablo —dijo Anita, con voz zalamera—. Son las once horas del día 3 de enero de 2162... La temperatura exterior es de dos grados centígrados; la interior...

—No, Anita. Deja eso. Dime algo que me guste oír...

—¿Cualquiera de esas cosas que tanto le gustan? ¿Las que usted me enseñó? ¡Si se las he dicho tantas veces!

—Es lo mismo; dímelas otra vez. Quizá sea la última.

Un suave rumor apenas audible surgió de los altavoces. Era como el rozar de sedas contra una suave piel femenina... La voz de Anita, más intensa, dominó ese rumor.

—Usted lo recuerda bien, Don Pablo. Aquella noche, los dos solos, en Venecia. Caminábamos por la plaza de San Marcos. Lucía la luna sobre nosotros. Y usted tenía su mano en la mía... Yo no quería permitirlo, pero me besó... ¿se acuerda?

—Sí... —musitó el anciano, con voz apenas audible.

—Fue entonces cuando me enamoré de usted, cuando me llevó a su hotel, y cuando sucedieron aquellas cosas tan terribles que...

—Calla —interrumpió él, prestando oído. En efecto, se escuchaba un ligero sonar rítmico.— ¿Qué es, Anita?

—Las aspas de un helicóptero, Don Pablo. Están ahí...

Don Pablo salió del coche. Con la velocidad de un huracán, el helicóptero verde oscuro de la policía de tráfico se situó en la vertical, sobre ellos. De los altavoces que había en la panza del aparato surgió una voz deformada por la amplificación:

—Pablo Gracia. Pablo Gracia. Propietario del vehículo automóvil matrícula M-8876-4539-XR. No lo entregó ayer en el Depósito Municipal del Parque Ontoria para su destrucción, según esta ordenado. Todos los automóviles están siendo destruidos; no hay gasolina. Retírese a distancia del vehículo con la documentación y las llaves...

—¡No, no quiero...! —gritó el anciano. Acarició el suave esmalte del coche. Anita, para probar que lo percibía, abrió y cerró los faros.

—No deje que me cojan, Don Pablo —murmuró, con la voz de una niña abandonada—. No deje que oigan las cosas que yo le decía a usted...

—No; no lo permitiré...

Arriba, los altavoces del helicóptero continuaban vociferando variadas amenazas, mientras el aparato intentaba descender en la llanura próxima. El viento de las aspas

agitaba los ralos cabellos blancos de Don Pablo.

No; no podía permitirlo. No podía ser. Nadie podría oír nunca todos los recuerdos amorosos, todas las frases dulces, todas las experiencias reales o imaginadas, todas las suaves obscenidades que Anita había aprendido... Eso era para él solo. El helicóptero había aterrizado a unos quinientos metros de distancia, y dos hombres uniformados corrían hacia él. Con un gemido, don Pablo abrió el compartimiento donde se alojaba el alma de Anita, o sea las docenas de chips que almacenaban todos aquellos recuerdos. Los dos pilotos verdes, semejantes a ojos de mujer, lucían intensamente en el tablero de mandos; el motor comenzó a ronronear por última vez... Sabía muy bien lo que tenía que hacer. Tomó entre los dedos dos cables, y los puso en contacto... Casi pudo sentir realmente las montañas de información deslizarse entre sus manos, transformándose en nada.

—No, Don Pablo. No deje que me cojan. No deje que hagan conmigo lo que quieran... Pero sigue excitándome su mano sobre mí. Don Pablo... Me encuentro mal... estoy muriéndome... pero eso es mejor... que un destino peor que la muerte... Don Pablo, si solo soy una niña, ¿por qué esos hombres malos quieren...?

La voz calló, bruscamente... Ya no quedaba nada. Anita estaba muerta. Los dos policías llegaron al lado del anciano, y cogieron brutalmente las llaves y la documentación. Uno de ellos ocupó el lugar del conductor e hizo arrancar al coche rápidamente, pasándolo de revoluciones.

—¡Cuidado...! —dijo Don Pablo.

—No se preocupe —dijo el otro—. Ya da lo mismo. Dentro de una hora no será más que chatarra. Acompañeme; le llevaré a su casa.

Todo había terminado, pensó el anciano. Pero al caminar hacia el helicóptero pudo alzar la cabeza orgullosamente. Sí; todo se había perdido...

Menos el honor.

HÉROE Y SOMBRA

Pablo Bueno

Salamanca, 1982.

De intensa formación como músico y profesor (con el título superior de música), su actividad artística le ha permitido tocar con formaciones que van desde algunas de las orquestas sinfónicas más importantes del país hasta grupos de música moderna, así como impartir clases en diversos centros. Pero su otra gran pasión siempre ha sido la escritura.

Ya desde muy joven comenzó a escribir relatos cortos y novelas que, aunque casi siempre se centran en ambientes fantásticos o de ciencia ficción, también exploran otros estilos totalmente distintos. En la actualidad combina su actividad docente y musical con la preparación de varias obras literarias.

La Piedad del Primero será su primera novela publicada y constituye una síntesis perfecta de su estilo: una narración ágil, directa y sorpresiva que se desarrolla en un planteamiento de enormes proporciones abordado con un aplomo sorprendente.

Landárem palmeó el poderoso cuello de su caballo y soltó una carcajada.

—¡Pensaron que podían competir con la fuerza de mi brazo! —dijo al garañón, como si este pudiera entenderle—. Pero se equivocaron. Se equivocaron de extremo a extremo.

Y no le faltaba razón. El joven había despachado a los cuatro bandidos con una facilidad que rallaba lo insultante.

—¿Son todos los árbitros tan fuertes y apuestos como vos? —preguntó la joven que llevaba tras él, con las piernas cruzadas hacia un lado del caballo.

—Por supuesto que no —contestó él, volviéndose a tiempo de ver una mirada melosa que prometía atenciones futuras—. Casi doce años pasé recluido en el Monasterio en el que nos adiestran para llegar a ser lo que soy. Y ¿sabéis lo que sucedió luego?

—Ardo en deseos de que me lo contéis —contestó ella con un lento parpadeo.

—¡Que me dieron a elegir entre estar allí más tiempo para ser inquisidor o marcharme como árbitro! Pero ¿qué demonios iban a enseñarme que no supiera ya? —preguntó con voz airada—. Los profesores no podían resistir mi empuje y mis propios compañeros reconocían que era imposible vencerme en un combate justo. Así que me marché. ¡Yo quería ver mundo! No me voy a establecer como uno de esos árbitros holgazanes que se adscriben a una ciudad mientras ven medrar sus riquezas y sus barrigas; al menos todavía no —añadió con un guiño a la joven—. Yo amo esto. Voy a donde me ordenan o vago a mi antojo, luchando contra el enemigo y la injusticia allí donde me los encuentro.

—Habéis sido muy valiente y, sin duda, en mi pueblo os lo agradecerán como merecéis. Yo, al menos, lo haré si me lo permitís.

Landárem rio de nuevo y se felicitó por su buena fortuna.

—Dos años han pasado desde que abandoné el Monasterio y no me he arrepentido jamás de mi decisión —se dijo en voz baja—. Allí quedaron ese debilucho taimado de Nadek, el ambicioso Gerall y algunos de los otros. ¡Que aspiren a toda la gloria de los inquisidores! —exclamó viendo a lo lejos las primeras casas del pueblo de la joven—. En el tiempo que he pasado fuera he obtenido más victorias de las que ellos conseguirán en diez años y mi fama no ha hecho más que crecer.

Tal y como había dicho la joven, cuando llegaron le ofrecieron el recibimiento de un héroe. El delegado del pueblo proclamó un día de fiesta y mandó organizar una gran cena en su honor. Las sencillas gentes participaron con las viandas que cada uno pudo aportar y todos comieron, bebieron y cantaron hasta que la luna estuvo bien alta en el cielo. A esas horas, entre los vapores del alcohol, el padre de la joven que había salvado Landárem le abrazó sin poder contenerse, con los ojos llenos de lágrimas; varias mozas jóvenes le sacaron a bailar por turnos y el delegado lo nombró hijo adoptivo del pueblo, mientras sostenía una jarra llena de cerveza. Pero fueron las

tartamudeantes palabras de aquel hombre las que capturaron toda la atención del árbitro, pese a compartir su ebriedad.

—El problema no son los bandidos, sino el que los comanda —dijo el delegado con supuesta discreción—. Hace ya unos meses que esa sombra vieja y malvada se instaló en la cabaña del lago. Fue entonces cuando comenzaron los ataques. Al principio se contentaban con robar a los viajeros, o llevarse alguna cabeza de ganado, pero con el tiempo fue a más.

—¿Sombra? —preguntó Landárem con la vista fija en su jarra—. ¿Por qué lo llamas así?

—Pocos le han visto de cerca, pero dicen que sus ropajes son oscuros y nunca se deja ver a la luz del día —balbució el anciano—. Camina como un hombre, sí, pero da escalofríos como el hielo.

—¡Pues yo destruiré esa sombra con la luz de mi espada! —rugió Landárem alzándose precipitadamente y tirando al suelo varias jarras—. ¡Yo libraré a este pueblo de la amenaza por la gloria del Emperador!

Las gentes aplaudieron sus palabras con gran entusiasmo y las jóvenes suspiraron ante su gallardía.

—Así que ahora me iré a descansar —añadió el árbitro—. Antes de que salga el sol estaré en el bosque persiguiendo el mal del que me habéis hablado.

Sin embargo, cuando ya llegaba a la casa que habían puesto a su disposición, una figura femenina le estaba esperando.

—¿Me dejaréis acompañaros un rato, al menos? —preguntó la joven que había salvado horas antes.

—Querida niña —dijo él robándole un audaz beso a la luz de la luna— en la vida hay que ordenar las diversiones según su importancia. Pero no temas, cuando mañana llegue victorioso tendremos tiempo más que de sobra —añadió en un susurro.

Tal y como había dicho, cuando los habitantes del pueblo se levantaron él ya se había ido. Un viejo camino lo llevó hasta el molino que había en un salto de agua, casi a un kilómetro de distancia.

Entró en el bosque siguiendo la senda de la que le habían hablado y avanzó a buen ritmo durante media hora. Al principio, la luz del sol se filtraba con fuerza entre las copas de los árboles pero, cuanto más se internaba en el bosque, más lóbrego iba volviéndose este.

El ambiente se tornó pronto oscuro y el aire pesado y oloroso; las ramas descendían hacia el camino como si pretendieran atrapar a los viajeros, convirtiendo la estrecha senda en poco más que un túnel; la luz fue perdiendo brillo para tomar la consistencia verdosa de la descomposición. Hasta tal punto se volvió incomodo el avance que Landárem tuvo que desmontar para guiar a su caballo de las riendas. El animal piafaba, inquieto, y se revolvió cuando las ramas le rozaban.

—Es cierto que este lugar parece haber sido creado para albergar el mal, pero te aseguro que me lo he encontrado en otros parajes muy distintos —le dijo a su caballo acariciándole el cuello para tranquilizarlo—. Y los peores enfrentamientos los he tenido en salones perfumados o en barrios supuestamente llenos de nobleza. Así que no temas, amigo, pues cualquiera que sea el peligro que nos aceche aquí, estaré preparado para enfrentarlo.

Pese a sus palabras, la vegetación fue haciéndose tan espesa y amenazante, que se planteó utilizar su cuchillo tahliano para despejar el camino. Pero, casi de repente, las ramas se fueron apartando y la senda se aclaró. Apenas unos minutos después llegó a un claro y vio a la sombra.

Estaba sentada sobre unas rocas y masticaba en silencio, dándole la espalda. Tuvieron que pasar unos segundos antes de que Landárem se diera cuenta de la naturaleza de aquella comida. El brazo, lánguido y manchado de rojo, asomaba a un lado de las rocas, mientras que por el otro, a casi tres metros, se podía ver una pierna.

A la sombra, sin embargo, aquello no parecía importarle lo más mínimo. Comía con tranquilidad y, de vez en cuando, se rascaba un lateral de la cabeza o lanzaba un suspiro de satisfacción.

Landárem, sintiendo como la ira iba creciendo dentro de sí, juró que mataría a aquel sombrío personaje.

—Sin duda son sus ropajes oscuros lo que le había otorgado el apodo y el temor por el que lo conocen en el pueblo —se dijo—. Pero esta escena no puede amedrentar a un árbitro del Imperio, y menos a mí.

Ya se preparaba para desenvainar cuando la sombra alzó tranquilamente la voz.

—Pasad, joven —dijo de pronto con un tono ligeramente silbante—. Hay alimento de sobra para los dos y la carne está tierna y sabrosa. La compartiré gustoso.

—Maldito seas —contestó Landárem entre dientes, abandonando la protección de la espesura—. Jamás vi mayor indiferencia ante el horror ni una necesidad tan grande de castigo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó la sombra dándole otro bocado al pedazo de carne que sostenía en la mano.

—Es el cuerpo de una mujer lo que tienes ahí —respondió el árbitro, asqueado—. No conseguirás confundirme.

—Sí, es cierto —contestó el otro tras un instante, como si el estupor del árbitro le intrigara—. Pero ¿qué más da eso? No es más que otra chiquilla joven y atontada. Hay muchas más en el pueblo del que la robé, si es eso lo que os preocupa.

—Voy a darte muerte. Pide clemencia ahora y encomiéndate al Creador si te place —anunció Landárem desenvainando y dirigiéndose hacia él con decisión—. Puede que la piedad del Primero interceda por ti y se apiade de tu alma; yo no lo haré por tu cuerpo.

Fue en ese preciso instante cuando la sombra le dio, por primera vez, una apariencia más peligrosa que extraña. El hombre se levantó con un movimiento similar a un parpadeo, sin que mediara nada entre su posición de sentado y la que adoptó de pie; como si lo hubiera hecho tan rápido que incluso el ojo de Landárem no lo hubiera podido ver.

—Cuidado, árbitro —dijo con una voz que ya no era de alegre camaradería—. Estoy saciado y no tengo nada contra vos. De hecho, me molestaría tener que poner fin a este agradable momento de tranquilidad. Pero no estoy acostumbrado a que me amenacen y, sinceramente, me solivianta bastante la falta de respeto.

—Eres un ser maligno, un insulto para los hombres de bien —respondió Landárem sin detenerse—. La gente del pueblo os daría muerte si se atreviera. Yo lo haré.

—Os repito que no deseo haceros daño. Sois valiente y, sin duda, no albergáis más pecado dentro de vos que algo de orgullo y arrogancia. Eso es normal por vuestra edad y, además, no se puede negar que sois apuesto y vigoroso —dijo la sombra señalándole con un despreocupado ademán—. Volved al pueblo. Recibid las atenciones de alguna aldeana y regodearos en vuestra victoria. Podéis decir que hemos luchado; que habéis arriesgado vuestra vida para darme muerte y que habéis arrojado mi cuerpo al río. Yo ya he acabado lo que vine a hacer aquí y tengo intención de marcharme lejos. No desaprovechéis la oportunidad que os brinda la suerte.

—¡No necesito oportunidades ni favores de un asesino! —rugió Landárem cargando contra él—. ¡Moriréis hoy!

El joven se precipitó con seguridad sobre la sombra, que solo pareció encogerse un poco de hombros con hastío.

Landárem sabía que sus dotes para el combate eran sobresalientes. Con los años, además, se había enfrentado a todo tipo de trampas y engaños, fintas y misterios. Creía estar preparado para toda técnica con que su oponente le recibiera, pero se equivocaba.

La sombra vio como la espada de Landárem se precipitaba directamente sobre su cabeza, en un arco poderoso y mortal. Sin embargo, lo único que hizo fue alzar una mano y agarrarla. Hubo un momento en el que casi pareció que la hoja iba a seguir su trayectoria, cercenando lo mismo dedos que hueso, pero no fue así. La hoja penetró unos centímetros en la carne, rebelando una segunda capa de piel más blanca y un corte rojizo que no sangraba.

No obstante, por detrás de aquel gesto, Landárem sintió algo que casi había olvidado desde que salió del Monasterio: la Voluntad.

Fue algo parecido a esa tensión que se nota en los días de tormenta y que, en ocasiones, hace que el vello se ponga de punta. Era indudable que aquel ser esgrimía

esa energía, de la que ya les habían hablado y de la que Landárem no había querido saber nada. Lo hacía, sin embargo, con una naturalidad que nada tenía que ver con los gestos forzados y el rostro arrebolado de los instructores del Monasterio. En su caso, además, estaba teñida de oscuridad y maldad, de un modo que hizo comprender al árbitro que aquel ser no tenía nada más que eso en su interior: era el mal encarnado, una verdadera sombra imitando la forma de un hombre.

Lo último que vio Landárem fueron sus ojos, muy cerca de él. Eran dos pozos abismales, profundos como la desesperación, pero más vastos y oscuros. Albergaban la sabiduría y la experiencia de siglos e incontables vidas. Aquel ser era más antiguo que las rocas sobre las que se había sentado.

Antes de caer, el árbitro fue consciente de que, efectivamente, su arrogancia había ido demasiado lejos. Nunca habría podido derrotar a un enemigo así.

Al despertar oyó el canto de los pajarillos, el susurro del viento en las hojas de los árboles y también a algunos grillos madrugadores. Sintió el peso y el agradable calor de su capa sobre él y las piedrecillas que se le clavaban, traviesas, en la espalda.

Abrir los ojos fue uno de los mayores esfuerzos que recordaba pero, cuando lo hizo, vio que la sombra estaba clavada a un árbol frente a él, con su propia espada atravesándole el pecho. Nadek, el débil mestizo del que tantas veces se había reído en el Monasterio estaba acuclillado junto a él, mirando fijamente el cadáver del enemigo.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Landárem, sorprendiéndose de que su voz sonara tan débil y quebradiza.

Nadek se giró hacia él de una forma exasperantemente lenta, como si supiera el momento exacto en que había despertado.

—Lo que ha sucedido es una verdadera temeridad, amigo.

Los inquisidores se llamaban *hermanos* entre ellos, recordó Landárem. Que su antiguo compañero le hubiera llamada *amigo* era una verdadera deferencia, pero le dolió como un desprecio.

—No debiste enfrentarte a ese ser tú solo. Era un reto que te sobrepasaba.

Rápidamente, el árbitro cobró conciencia de que había sido Nadek quien había destruido a la sombra y, sin embargo, no mostraba ni un rasguño. Un vistazo más detenido a sus ropajes le permitió apreciar los colores oscuros de la inquisición y la envidia comenzó a recorrerle el cuerpo cuando vio que sus brazaletes ya mostraban varios grabados acerca de sus hazañas.

—¿Cómo has podido vencerlo? —Preguntó sin poder evitarlo.

El inquisidor se volvió hacia él de nuevo, de esa forma lenta y pausada. No respondió, pero en las cicatrices de su rostro y en sus ojos Landárem vio que el mestizo había contemplado muchas cosas desde que se separaron. Sabía

perfectamente que los aspirantes pasaban en el Monasterio en torno a dos años más que los árbitros. ¿Cuánto tiempo podía haber transcurrido desde que había salió? ¿Dos meses? ¿Cuatro? Y allí estaba, tan cambiado que casi no lo había reconocido al principio.

—Sea lo que sea lo que vino a hacer aquí lo acabó antes de que llegáramos nosotros. De hecho daba la impresión de que estaba a punto de marcharse cuando llegaste. Tenía un carro lleno de bultos empacados algo más allá.

—No me has respondido —insistió Landárem, cortante—. ¿Cómo es posible que hayas cambiado tanto en tan poco tiempo?

De nuevo, Nadek volvió a mostrar cierta reticencia a contestar, pero su mirada se dirigió a él de otro modo, más directamente, quizá.

—Un día nos dijeron que las principales virtudes de un inquisidor son la constancia y la paciencia. Tú no tenías ni la una ni la otra.

—¡Todos le teníais miedo, pero yo no, porque sabía que podía vencerle! —estalló Landárem—. ¡Melquior no habría podido resistir mi ataque!

—Hay otra cosa que nos han enseñado en estos años —respondió Nadek, señalando la espada del árbitro con tranquilidad—. Esperar a que las circunstancias trabajen para ti.

Landárem abrió mucho los ojos y, por un instante, no fue capaz de articular palabra alguna.

—¿Me has usado de cebo? —preguntó sintiendo como su rostro se iba poniendo blanco—. ¿Me has utilizado? ¿Tú a mí?

—Mandaré a alguien del pueblo a por ti e informaré a la Orden —anunció el inquisidor, poniéndose de pie—. Dentro de poco estarás en algún sitio bonito y tranquilo. Podrás descansar.

La expresión de lástima y misericordia que vio en el rostro del mestizo fue más de lo que Landárem pudo soportar.

—Pero ¿de qué hablas? ¡No necesito que nadie me haga recados! —gritó hecho una furia, sintiendo como su garganta hervía de rabia de un modo que incluso le hacía pensar en ponerle la mano encima—. ¡No consentiré que se me hable en ese tono! ¡Ni siquiera un inquisidor!

Sólo entonces se dio cuenta de que sus piernas no le obedecían y de que, por debajo de la capa que alguien le había echado por encima, sus ropas todavía estaban manchadas de sangre.

—Intenté llegar a tiempo, amigo, pero me fue imposible. No pensé que te precipitaras sobre él de ese modo —susurró Nadek con la mirada baja—. Tienes la espalda rota.

—Pero... —Landárem sintió como la boca se le quedaba seca y la cabeza comenzaba a darle vueltas—. Eso quiere decir que no volveré a andar.

—No. No lo harás —contesto el inquisidor.

En el bosque resonaron los gritos de dolor y rabia del árbitro, maldiciendo a su antiguo compañero y a la Orden a la que pertenecía pero, cuando se volvió hacia él, el inquisidor ya había desaparecido.

EL PACTO DE LA NIEBLA

Víctor Conde

Tenerife, 1973.

Prolífico autor de ciencia ficción, literatura fantástica, terror y juvenil; un auténtico todo terreno, ya sea en la literatura de género, ya en la literatura a secas, sin más etiquetas, con una voz sumamente personal y un talento innegable para conjurar imágenes poderosas. En 2010 ganó el premio Minotauro y al año siguiente el Ignotus por su novela Crónicas del multiverso. Es miembro de Nocte, la Asociación Española de Escritores de Terror.

En Sportula ha publicado la novela El teatro secreto y la novela corta Mercaderes de tiempo.

A lo lejos retumbó el trueno; los relámpagos perfilaban la oscurecida masa del cielo occidental como las brillantes arterias de un dios. No hubo quietud aquella noche ni en el cielo ni en la tierra, pues si la luz apuñalaba las nubes y trazaba sus sinuosos caminos entre las estrellas, líneas de fractura en la prisión de los titanes, a ras de suelo las pisadas de los animales y el traqueteo de los carros acababan con la armonía de las cosas sencillas, como el golpeteo de la lluvia contra los árboles, o los graznidos de los pájaros que trataban de regresar a sus nidos.

Resulta curioso que una de las cosas que recuerdo más vívidamente de aquella infausta jornada... es que la lona de mi carro tenía una fisura por la que se filtraba la lluvia. Llevábamos varios días de viaje y todos estábamos exhaustos. Drakengard era un territorio hostil, un lugar donde el aire era malsano y, salvo por algunos sotos de árboles tristes y carcomidos, no crecía más vegetación que la que se pega al poco agradecido suelo e impide que en él crezcan plantas más fecundas. Hasta donde se extendía la vista, colinas bajas heridas de óxido se disputaban el paisaje con fisuras en el suelo de las que brotaban humores nocivos. No era bueno permanecer demasiado tiempo en aquel lugar. Pero Olaf quería ser puntual a la cita.

Me había estado mojando desde que empezó a llover. Traté de obturar esa fisura de mil maneras posibles, con la única consecuencia de que mientras más la tocaba más se ensanchaba y más empapaba mi sobretodo. Era inútil tratar de luchar contra los elementos cuando estos sacudían la carreta como si fuera su juguete. Así pues, acabé por resignarme; al fin y al cabo, los jinetes que cabalgaban sobre manta bajo la tormenta, Olaf entre ellos, no tenían mayor protección contra el frío que sus pieles y sus armaduras tachonadas.

Durante todo el camino estuve reflexionando sobre la manera de afrontar la composición de esta Edda. ¡La noble gesta de Olaf, rey de los neurios, y de su amada Ivanna, hija de ríos y lagos, la niña cuyo destino pintaron los lobos en una cueva remota! Varias oberturas pasaron por mi cabeza al son de los baches, pero las descarté por ser poco solemnes. Cuando el rey me ordenase entonar este canto en su salón regio, la fuerza de las estrofas tenía que ser tan contundente como este choque entre ejércitos, este duelo nocturno cuya música nos rasparía el alma con dedos helados.

La noche anterior, después de una gran borrachera, me eché a llorar pensando en la obertura. La poesía causa más estragos que diez lanzas de afilado bronce en mi corazón cuando es algo más que palabras. ¡Cuando son hechos, pasiones, sangre, vísceras y diamantes! ¡Crónicas y desengaños, reencuentros y fatalidades, promesas y augurios de lo divino y lo mundano atadas con fuego frío a un acorde! Las imágenes de Ivanna, distante y tenaz como una gema, se reflejaban desde todos los lados de la casa de espejos de mi mente, e iban poco a poco espantando la resaca. Cada uno de esos reflejos llevaba asociado un sonido, una nota crucial que lo definía y le daba coherencia. Ya podrían rodar los años y los siglos, que si mi propio reflejo pudiese

hablarme y contarme si estos versos perdurarán, yo descansaría tranquilo sin temer por la solidez de su métrica.

Mientras flotaba hacia un borrascoso sueño (¿augurio de lo que nos esperaba a la jornada siguiente?), acunándome en recuerdos de la inocente Ivanna, pensé: *No debo sentir más lástima por ella que por cualquier otro. Tiene su propio destino.* La resaca desapareció de golpe. No estalló, implosionó. Explotó hacia dentro. Sus fragmentos, como oro de yunque y metal, abrieron agujeros en mi corazón y lo que había sido mantenido fuera entró en tromba por las rendijas.

Fui más Ruffel el Bardo que nunca. Y lo entendí. Cuán difícil es seguir los caminos de la lógica cuando los senderos del corazón están despejados, y los únicos faroles que iluminan la senda son los destellos de una devoción secreta.

Fue más o menos a la hora undécima cuando el rey dio el alto, y la columna se detuvo. Los exploradores regresaron portando malas nuevas. Y digo malas porque, a tenor de lo poco que yo sabía en aquella época sobre maniobras militares, iba en contra de nuestros planes dejar que los campesinos sublevados diesen el primer paso. Vi cómo Olaf fruncía el ceño por debajo del almete que le cubría la cabeza. Normalmente, el primer ejército en llegar al lugar del combate era el primero en tener ventaja, el que podía situarse donde mejor le conviniera. Y teniendo en cuenta que nuestros enemigos eran poco más que un grupo (bastante numeroso, eso sí) de campesinos incultos, sin instrucción militar ni líder de armas, que se hubiesen hecho amos y señores de las vaguadas con tanta rapidez me preocupaba.

Nuestra columna se alineó lateralmente sobre la cima de una colina, desde donde se dominaba el lago y el emplazamiento enemigo. Seguro que varios cientos de cabezas se volvieron en ese preciso instante hacia nosotros, sorprendidas ante nuestro número. Los cuernos resonaron en la distancia.

Y empezó a nevar.

Que la lluvia se enfriase y cayese en forma de diamantes líquidos del cielo era un fenómeno tan insólito en Drakengard que todos alzamos las cabezas y miramos a las nubes, responsables de este prodigio, como interrogándolas por su insensatez. Aquellas, como única respuesta, siguieron derramándose sobre nosotros. Saqué una mano por fuera del carromato y atrapé unos pocos granos de este maná helado, estos pedacitos sólidos de frío, para comprobar que no estaba soñando.

Mi primer impulso fue acurrucarme dentro del carro, dejando que los misterios del mundo se desplegasen a su gusto y llegasen hasta mí siendo solo rumores, pero sin correr el riesgo de presenciarlos de primera mano. Como había hecho siempre. El compromiso con mi arte era como una vela que me impulsaba hacia la rada de la cobardía, inclinándome hacia el camino de menor resistencia y el hábito difícil de cambiar. Pero me sobrepuse. Saqué la cabeza por el agujero de la tela y me obligué a mí mismo a ser valiente y a contemplar lo insólito con mis propios ojos.

Creo que no he vuelto a hacerlo de nuevo, desde aquel entonces, en toda mi vida. Y con razón.

—¿Qué prodigio es el que ahora vemos, mi rey? —oí que le preguntaba Vaglar, el lugarteniente más veterano, mientras acariciaba la crin de su caballo. El animal piafaba nervioso, revolviéndose como si detectase un atisbo de magia negra.

Olaf se encogió de hombros. En verdad, no estaba en su mano ni cuestionar ni poner coto a los caprichos de los dioses.

—Si estos campesinos tienen espíritus que los protegen, antiguos arcanos de los bosques o de la lluvia, nosotros invocaremos nuestra fe para defendernos —sentenció, volviéndose hacia su esposa, que cabalgaba en silencio a su diestra.

Ivanna lo miró con tristeza.

—Recuerdo canciones que hablan de esa quimérica noche en que las antiguas promesas serán profanadas —dijo, conteniendo las lágrimas. Nadie podía olvidar, ni el rey ni ninguno de sus siervos (y mucho menos yo, su hagiógrafo) que la princesa era en realidad hija de aquellos bosques, y que había sido criada por aquella gente como parte de su pueblo. Como una gota más de su savia. Ella lloraba más que nadie los terribles acontecimientos que habían empujado a Olaf a levantar armas contra su antigua gente, y no se molestaba en disimularlo—. Pero esas canciones son turbias y sus letras cambiantes, y no dicen quién se alzaría victorioso, sino quién sufrirá más.

—¿Y quién será ese desdichado? —preguntó el rey.

Ella miró al campamento de chozas levantado por los campesinos.

—Yo —se dio cuenta.

Los parlamentarios no tardaron en estar listos. Olaf y su séquito por un lado, y una caterva de brutos sucios, harapientos y encorvados en el otro. Tenían un aspecto tan miserable y enfermizo que resultaba impensable que se hubiesen alzado en armas. ¿Qué aedo loco habría sido capaz de prever una insurrección de gente tan desvalida, y con qué motivos lo habría justificado? Sí, los rebeldes nos habían hecho llegar las cabezas cortadas de los emisarios que el rey envió a negociar, cuando la noticia de que los caminos tenían barricadas y los puentes troncos derribados llegó al palacio. Les habían abierto los cráneos y habían defecado en su interior para recordarnos a qué infame ralea pertenecían. Y con aquella infamia había llegado una advertencia: queremos la libertad, tenemos armas, y nos defenderemos si no nos es concedida.

Yo fui de los primeros en reír cuando escuché semejante bravata. ¿Armas, unos pordioseros? ¿Metales brillantes y afilados que pudiesen perforar la gola de los jinetes, o el poderoso escudo de los lanceros? ¿Puntas de acero para sus enclenques flechas de pluma de ganso?

Fantasías, nada más. Bravatas sin argumentos. Ni siquiera Ivanna pudo defender la cordura de su gente cuando le fueron expuestos aquellos hechos. Quedó horrorizada por su brutalidad, eso sí, e insistió en acompañarnos cuando nos

adentramos en las villas agrestes, con las vainas de los soldados cargadas de muerte y las cuerdas de mi laúd de endechas. Necesitaba verlo con sus propios ojos.

El sitio donde los embajadores se encontraron fue una colina donde el viento cortaba desde el lado del corazón, y siempre era así, daba igual en qué posición se colocase uno. Yo me arrebujé más a fondo en mi pelliza, como si desease desaparecer para siempre entre sus pliegues.

Uno de los brutos se adelantó. Ninguno de ellos llevaba montura, pero hubo algo que nos llamó la atención, antes incluso de que abriese la boca para mostrarnos los dientes de hiena y la grasa que le tapizaba las encías.

Aquel campesino portaba un tahalí al hombro, del cual surgía desafiante el pomo de una espada.

El líder no era el único en llevar tahalí, y esa espada no conformaba su único pertrecho. Un sucio courbouilli de escamas carcomidas le protegía el pecho y la entrepierna, y la punta de una daga asomaba como la nariz de un ratón travieso de la circunferencia de su escudo.

¡Un escudo!

El monarca miraba de hito en hito al campesino, preguntándose si los espíritus que protegían a aquellas personas, y de los que antes se había burlado, existirían de verdad y habrían alzado fraguas de la materia de las nubes para forjar con calor y rayos aquellos paramentos.

—Además de rebeldes sois ladrones —escupió Olaf—. ¿De dónde habéis sacado tales armas? ¿Con qué ejército enemigo os habéis atrevido a hacer un pacto?

El campesino de dientes de hiena cloqueó.

—Os equivocáis, mi señor. El pacto ya estaba hecho desde hace muchos siglos, pero no con ejércitos ni con soberanos, sino con la niebla que cubre los campos y los durmientes que yacen debajo.

—¿Los durmientes? —El rey miró interrogativamente a Ivanna.

La princesa se adelantó y calibró con desprecio a Dientes-de-hiena. Cuando habló lo hizo en su antigua lengua de las montañas, una que nadie fuera de ellas conocía (dejando aparte a los bardos avispados como yo, claro, que habíamos escuchado canciones escritas en ese dialecto y aprendido unas pocas frases sueltas). Creí entender las expresiones «no habrá futuro», «la traición es más cara a los oídos de los dioses que la muerte», y las palabras «traidora» e «hija bastarda» hilvanadas en la misma frase. Luego Ivanna regresó a nuestro lado y nos hizo un resumen, con semblante agrio:

—Nunca me perdonarán que me haya convertido en parte de los *aighvanni*, los habitantes de los valles. Para ellos, mi presencia aquí es un insulto.

—¿Ni siquiera a la vista de mi ejército están dispuestos a deponer las armas? —se indignó Olaf—. ¿Es que no va a haber ninguna forma de detener esta matanza?

Ivanna sacudió la cabeza.

—Me temo que no, esposo mío. Dicen que el pacto de la niebla los ampara, y que sus antepasados les han prestado sus uñas y sus dientes para que los protejan contra el tirano.

—Antepasados... —El rey arrugó la frente por debajo de la tiara que hacía las veces de corona. Cuando se quitaba el almete, el círculo de bronce chorreaba de sudor—. ¿A qué antepasados se refiere?

La princesa señaló a una vaguada que se extendía junto a las colinas. Ni siquiera a plena luz podría haber pasado por un lugar agradable, pues parecía un marjal ennegrecido por charcas de agua estancada, en el que las ranas sostenían un croar incesante. El cielo plomizo había horadado unos cuantos tajos entre las nubes, y desde ellos nos espiaba una luna sucia, con una curva de claridad cerca de su lecho en occidente. La tierra estaba cubierta de brezos y helechos, pero junto al agua crecían unas masas de aneas entre las que suspiraba cansada una ligera brisa. Sólo inquietud transmitía aquel lugar oscuro, pues en él se levantaban unos vestigios drúidicos enmohecidos, supervivientes de cultos a los que el padre de Olaf había puesto fin por la vía de la espada, tras decretarlos malignos y corruptos.

Aquellas piedras ahogadas por la hiedra parecían salpicaduras de podredumbre contra el manto de nubes. Y algo crecía como espigas de roca a su sombra.

El rey no tuvo que acercarse más para averiguar que eran lápidas.

—¿Os habéis atrevido a profanar el lugar de descanso de vuestros mayores?

Dientes-de-hiena escupió al suelo, ante el caballo del monarca, y se retiró con un gesto de absoluto desprecio, diciendo:

—El pacto de la niebla sigue en pie.

Olaf tuvo que alzar una mano para que los ballesteros no acribillasen a aquel desgraciado por semejante falta de respeto. Ivanna aprovechó para contarnos que, varias generaciones atrás, en aquel mismo escenario había tenido lugar una batalla horrible, en la que sufrieron tanto niños como adultos y ancianos. Dos pueblos enfrentados cuyo rencor empapó la tierra de sangre. Mis oídos se expandieron como los de un murciélago, escuchando a la princesa, pues nunca habían llegado retazos de esa historia hasta mí, y me intrigaba.

Los antepasados de Ivanna habían derrotado a sus enemigos a un elevado precio, y los supervivientes, para mantener intacto su honor, los habían enterrado con las armas que portaron en el combate. Provenían de tierras lejanas, sitas más allá de los pantanos, de donde habían traído no solo su lengua y su cultura, sino los atavíos de una hueste desintegrada tras una guerra cuyo nombre nadie recordaba. Aquellas armas habían descansado bajo la tierra durante generaciones, pues la mitología de aquellas gentes establecía que en virtud al pacto de la niebla, según el cual sin sus armas las almas vagabundas de los caídos no podrían defenderse en el otro mundo,

los vivos tenían que respetar por encima de todo la paz de los muertos.

Pero aquella gente había recurrido a las tumbas para que los armasen. Los montones de tierra excavados se elevaban como un rosario de pequeños montículos junto a las lápidas, testigos de la profanación. Y con semejante herejía habían roto el pacto. Eso aseguraba Ivanna, por más que Dientes-de-hiena prometiese que seguía intacto.

—Tras tantos años de vivir encerrados en sí mismos —se entristeció la joven—, tras siglos de esconderse en los bosques y las marismas, mi gente ha olvidado la letra de las antiguas canciones.

Yo asentí. No era la primera vez que lo veía: en tiempos de ignorancia, las leyes y el folclore sobrevivían mediante las canciones populares y los ritos de la liturgia. Pero había ocasiones en las que, sin un custodio que se hiciera cargo de mantener la pureza de los salmos, estos se pervertían al ser transmitidos de boca a oreja, y de padres a hijos. El padre de Ivanna había sido uno de esos custodios hasta que su propia gente lo expulsó de la aldea. Por eso ella conocía las estrofas originales de aquel juramento firmado con los muertos, y los rebeldes no.

Nos retiramos de la colina de la embajada. Olaf dio la orden para que la mesnada de lanceros se preparase. Pero, en contra de los deseos de su lugarteniente, que consideraba este el mejor momento para atacar, no ordenó el avance. Todos le miramos, buscando en sus ojos una explicación. Pero Olaf solo prestaba atención a su amada. Ella sabía más que ninguno de las extrañas maldiciones que circulaban por aquella tierra lóbrega.

Dientes-de-hiena y el ejército de sublevados tomaron posiciones junto al pantano, dando la espalda al cementerio. Los zarcillos de bruma se enredaron en sus tobillos y besaron con caricias de escarcha las armaduras. El metal relucía como antaño, viejo pero tenaz; las lanzas no formaban un bosque recto como tendido a cordel, como cabría esperar en una tropa profesional, sino una selva caótica, confusa como las filas de pordioseros que las portaban. El brillo de la furia en las pupilas de los campesinos era el único vestigio humano que destacaba con vigor entre la bruma.

—Que los dioses nos protejan antes de la llegada del alba —barruntó Olaf—, porque ni siquiera nosotros estamos a salvo de los funestos presagios.

—¡Ataquemos sin más demora, mi señor! —urgió Vaglar—. ¡Antes de que conviertan el marjal en un obstáculo para nuestros jinetes!

El rey comprendía la inutilidad de las cargas de caballería en aquel terreno, pero se obstinó en permanecer a la espera. Sus pupilas seguían clavadas en Ivanna, que a su vez contemplaba entre lágrimas las evoluciones de su gente, los gestos de desafío y las bravatas de los inconscientes, los lejanos cuernos y el ondear de banderas de trapo.

Prestando atención al temblor del arpa de la brisa, yo también creí oír una voz que

procedía de la bruma, ese tul de plata que ni la nieve podía dispersar, y que no tenía origen en ninguna garganta humana. Un escalofrío de terror me sacudió desde los pies hasta la frente, pues creí reconocer palabras en esa voz, advertencias pronunciadas en el idioma ancestral del pueblo de Ivanna.

Eran los muertos, que lloraban por el honor perdido.

A pocas personas he hablado en estos años de los terribles acontecimientos de aquella noche, pero llegué a escribir un poema sobre ellos, lo confieso. Esas páginas amarillentas aún aguardan su turno para ser mostradas ante un público sediento de emociones, en un recital sobre la Muerte y sus negros avatares que, al menos yo, no conduciré jamás. Pero puede que otro aedo más joven y sin temor a lo que sus ojos no han visto nunca sí lo haga.

De ser así, estas que a continuación transcribo (sin pronunciarlas en voz alta) serán sus estrofas principales, las que describen con espantosa verosimilitud lo que vimos aquella noche, en la que el ejército del rey no tuvo necesidad de entrar en batalla. Otras manos sedientas de venganza fueron las encargadas de impartir el castigo a aquellos pobres desdichados:

*No es la luz quien exhala
rojas nubes de poder y dominio,
no es el corazón el que ensombrece
con fieras larvas la noche
de guaridas de espantos y rumor de espectros
en las que anida la peste y ronca la rabia.*

(Manos que surgen de la tierra, torsos humanos unidos a caderas deformes que vagan entre las lápidas. El jefe de la turba que escucha los sonidos de pasos y los extraños jadeos y se vuelve hacia las tumbas, y su cordura que se astilla y desaparece de un plumazo cuando ve que los antepasados se han levantado para castigarlos por su atrevimiento, por haber violado el compromiso que los ata a su destino...).

*Cual lobo de hambrienta garganta
cuyo blasón de infortunio se exhibe como máscara
se ha negado a ser ramera
de la Señora de los últimos destinos,
de la que sacude los vientos
para que los truenos agiten
el umbroso ensueño de los muertos.*

(Personas que corren, chillidos histéricos, estocadas inexpertas descargadas por los campesinos sobre los caminantes de la bruma, que alargan manos putrefactas para

arrancarles los paramentos de guerra que una vez les pertenecieron. Dientes, dientes cargados de espanto, cascadas chorreantes de sangre, uñas afiladas que despedazan la carne, tráqueas que regurgitan la carne de los vivos...).

*Angustia que golpeas
las atrevidas frentes guerreras
hielo que anegas
la desabrigada hiel de los poetas,
no nos precipites por la sima
que al abismo del olvido conduce
ni abras las puertas sin candados
que amparan la rima
de los condenados.*

(Los pocos supervivientes son tragados por la niebla y no volvemos a verlos nunca más. Poco a poco se van extinguendo los aullidos de pánico de los rebeldes. El ejército del rey se mantiene alejado de los prodigios que vemos en el camposanto, pues cierto es que cualquiera que pasee esa noche entre los túmulos, yazca la culpa sobre su alma o no, será devorado por los habitantes de la bruma y sus tenebrosas profecías. Al final los muertos se retiran, llevándose consigo las espadas y los escudos de regreso a las fosas, y yo despierto, despierto con lágrimas en mi lecho, como muchas noches, una mortaja de sudor frío empapando mi camisa...).

El rey triunfó aquel día funesto, sin necesidad de disparar una sola flecha.

Ninguno de nosotros ha hablado desde entonces de aquello. Sentí la necesidad de escribir estas líneas porque el secreto de los túmulos aún me reconcome, después de tantos años, y no concede paz a mi descanso. Si hubiera una mínima oportunidad de expulsar todos estos recuerdos de mi mente la aprovecharía sin pensarlo. A menos, claro, que ello requiriese que mis pies volvieran a posarse en las vaguadas de Drakengaard, o en las colinas donde moran los antiguos misterios.

No. Jamás. Prefiero contener dentro de mí todo el horror y la culpa. Mi sobrino, que algún día leerá estas páginas y aprenderá a rasgar un arpa, está profundamente dormido a mi lado. Su negra mejilla se apoya en la negra mesa, su mano cenicienta cuelga sobre el cadalso del ceniciento suelo, mientras mis temores y yo acabamos tomando un vaso de hidromiel sin su compañía. Es mejor sufrir calladamente por un secreto que los oídos humanos no están hechos para escuchar, a exorcizarlo atreviéndome a romper, una vez más, el pacto de la niebla.

Aquella horrible noche, igual que hoy, desandamos el camino a casa en silencio.

EL CARRUSEL DE CALCUTA

Santiago García Albás

Barbastro, 1973.

Aunque nació en Huesca, ha residido en Vitoria casi toda su vida. Compone sus historias con un talento que podríamos denominar «deportivo»: como un desafío que lo estimula y lo divierte a partes iguales. Ha sido ganador en tres ocasiones del Premio Alberto Magno de Ciencia Ficción, y ha cosechado también dos segundos premios y tres terceros en el mismo certamen, a lo que hay que sumar haber sido finalista del Premio Pablo Rido y ganador ex aequo del concurso de relato breve policiaco de la Semana Negra de Gijón.

Ha publicado relatos en la revista Gigamesh y en el primer volumen de la antología Paura. Actualmente trabaja en una serie de novelas de aventuras basadas en el universo de los relatos «Una Larga Descendencia» (primer premio Alberto Magno 2007), «Dioramas» (tercer premio AM 2011) y «Descargó el viento de sus velas» (finalista Pablo Rido, 2005).

En Sportula está en proceso de publicación su ciclo Cybersiones, compuesto de cuatro novelas cortas que lanzan una mirada ácida y dura a nuestro futuro cercano. La primera de ellas, «El rey lansquenete», obtuvo el Premio Alberto Magno el año 2013.

Ocurrió en la ciudad de Calcuta, cuando el pasado siglo escapaba, tambaleándose como ebrio, de una conflictiva adolescencia que, para ruina de nuestra profesión, acabaría por transformarlo en un anciano insospechadamente tedioso. A mí me refirió el caso mi viejo amigo, el burgomaestre Nitín Kapoor, a quien el curioso episodio que voy a reproducir aquí había sorprendido en los inicios de su carrera como oficial de la policía hindú, mucho antes de ser reclutado por nuestra Organización.

Nitín y yo habíamos coincidido, después de casi veinte años sin vernos ni tener noticia el uno del otro, en una convención secreta de antiguos agentes que se celebraba en el barrio parisino del Marais, concretamente en un hotel enclavado entre la Place des Vosges y la iglesia de Saint Paul (cuyas catacumbas habían albergado en otro tiempo, dicho sea de paso, una de nuestras más sofisticadas bases de operaciones). En homenaje a pasados camuflajes, nos habíamos inscrito como veteranos de las Brigadas Internacionales que celebraban su reunión quinquenal, y por tal cosa nos tomaban todos en el hotel. Pero se hacía evidente que la tapadera resultaba en este caso demasiado parecida a la realidad. A ninguno de los concurrentes se le escapaba que no éramos ya más que eso: un puñado de momias obsoletas en un mundo que había renunciado hacía tiempo a nuestros métodos, y que renegaba incluso de nuestra memoria. En consecuencia, el ambiente de la reunión pronto se volvió lúgubre y deprimente, de manera que Nitín y yo nos apresuramos a escabullirnos a la primera oportunidad.

Nuestro restaurante de siempre, al que llamaremos *La Roulette des Désirs*, seguía abierto todavía en una estrecha pero concurrida callejuela paralela al Sena cuyo verdadero nombre prefiero también reservarme. Excepto el sumiller —un viejecito de sonrosada nariz que no nos reconoció, pues jamás había llegado a vernos sin alguno de nuestros disfraces de faena—todo el servicio había sido renovado desde los años en que operábamos en la ciudad, lo mismo que el propietario y la decoración. Aun así, encontramos un acogedor reservado junto a la ventana y tomamos asiento en él, sin poder reprimir mientras nos servían la comida esa actitud de furtiva vigilancia que, como el insomnio y el lumbago, hacía tiempo que se nos había vuelto crónica.

Era una cálida tarde de primavera y la calle hervía de animación, pues nuestra visita había coincidido con la festividad del primero de Mayo. Las aceras acogían una cosmopolita muchedumbre que caminaba apresurada, todos portando un ramo de rosas o algún solitario pimpollo, como es costumbre francesa regalar en tal festividad. El espectáculo nos trajo a ambos a la memoria nuestra larga rivalidad con la Logia de los Rosapúas, temible banda de botánicos envenenadores, y el encarnizado tiroteo en las alcantarillas de Praga que precedió a la detención de El Gran Crisantemo, su pérfido maestro.

A partir de ahí la conversación derivó inevitablemente hacia los casos más insólitos en los que nos había sido dado colaborar a lo largo de nuestros muchos años

en la Organización. Reímos de nuevo a mandíbula batiente al revivir las desventuras de Cliford Van Kloos, el *Asesino del Clavicordio*, el psicópata más contumaz y más frustrado de toda la historia de la criminología secreta, pues nunca fue capaz de consumar un homicidio con su infernal instrumento, si bien no dejó de desvelar con sus serenatas insufribles a más de un probo ciudadano. Discutimos horrorizados la patología del tristemente famoso *Coleccionista de Baberos*, y elucubramos largamente sobre el posible paradero de Tristán Muschnick, alias *Pequeño Atlas*, el único desvalijador abarognósico del que se conserva memoria (Nitín todavía retenía como un tesoro la última imagen que dijo tener de él antes de que se nos escapara para siempre: un diminuto hombrecillo saltando a la luz de la luna sobre los tejados de Bucarest, con dos toneladas de lingotes sobre sus hombros, mientras entonaba a pleno pulmón un olvidado peán helénico).

Recuerdo que, llegados al licor y a los cigarros, nos vimos silenciados por un par de miradas burlonas de los camareros, si bien es poco probable que, aun habiéndonos escuchado estos, hubieran prestado algún crédito a nuestros desvaríos. Al cabo, solo éramos dos ancianos rememorando viejas batallas frente a una opulenta mesa, y para eso, que no para otra cosa, la Organización seguía pagándonos un sueldo a esas alturas de nuestras respectivas carreras: para mantenernos vivos, sanos y cuerdos durante el mayor tiempo posible; y para no olvidar nada de lo vivido durante ese proceso. Para recordar riendo, en definitiva, que es el único medio que conozco de salvaguardar a un tiempo la memoria y la cordura.

De cualquier modo, debo confesar que el revivir todas aquellas aventuras de juventud me había sumido en un sombrío estado de ánimo. Me sentía invadido por una profunda melancolía, y la nostalgia por aquellos tiempos gloriosos se confundía en mi mente, a la vista de los cabales y despreocupados parisinos, con una creciente sensación de irrealidad. Haciendo míos los prejuicios de los camareros, yo mismo habría dudado incluso de si alguna vez fuimos lo que creíamos ser, si eso no supusiera reconocer que todos los ancianos que se hospedaban en el *Mayfair* — incluido el bueno de Nitín—, estaban tan locos como debía de estarlo yo, y que nuestros prolijos recuerdos no enmascaraban sino una gigantesca alucinación senil. Llevaba pues un buen rato callado, contemplando taciturno el interminable desfile de floristas, cuando Nitín, que se había percatado de mi pesadumbre, retomó inopinadamente la conversación. Para mi sorpresa, no vino a rescatar en esta ocasión otra de nuestras pasadas aventuras, sino una anécdota desconocida que bautizó solemnemente como «*El caso del Carrusel de Calcuta*». Se trataba de una nueva versión de la *caza del hombre*, como tantas otras que habíamos protagonizado en conchabanza, pero lo primero que captó mi interés de su relato fue el delito por el que el hombre en cuestión era perseguido, y que resultaba cuanto menos peculiar en los albores del siglo XXI: aporrear a una vaca sagrada.

—La investigación resultaba harto peliaguda —decía Nitín—. El incidente había tenido lugar en una calle tan extraordinariamente concurrida, aun para la ciudad de Calcuta, que nadie había sido capaz de ver más allá de la espalda de su prójimo. En relación con el culpable solo disponíamos de los siguientes indicios: el primero, que se trataba indudablemente de un varón, puesto que todos los habitantes de Calcuta éramos varones en aquella época, circunstancia que, cosa curiosa, no frenaba en absoluto el desproporcionado crecimiento demográfico de nuestra ciudad. El segundo, que dicho individuo de género masculino lucía una tupida mata de pelo moreno y un espeso bigote negro bajo la nariz, en razón de que, en la Calcuta de aquellos años, todos los hombres lucíamos una tupida mata de pelo moreno y un espeso bigote negro bajo la nariz. Y el tercero, que dicho individuo de género masculino, con tupida mata de pelo moreno y espeso bigote negro bajo la nariz, tenía que ser joven, y no precisamente por el vigor con el que las heridas fueron infligidas, sino en razón de que, en la Calcuta de aquellos años, eran tan miserables las condiciones de vida que nadie vivía lo suficiente para llegar a viejo, ya fuere para maltratar a las vacas sagradas o para cometer cualquier otra tropelía de senectud...

—¡Todos erais sospechosos! —observé yo con una carcajada, pues ya había deducido de los derroteros de su historia las intenciones de mi amigo—. ¡Todos deberíais haber acabado en prisión preventiva!

Nitín propinó a su cigarro una bizarra calada y exhaló una voluminosa fumarola, con la que fracasó no obstante en su intento por camuflar su sonrisa.

—Has hecho la definición más acertada posible de lo que era Calcuta en aquellos años: una inmensa y bituminosa mazmorra en la que nadie era completamente inocente de nada. Sin embargo, arremeter contra una vaca sagrada seguía siendo un delito grave, y más aún en aquellos tiempos locos de afirmación nacional. No, el asunto no era para tomárselo a chanza —concluyó con un guiño.

Nitín pasó seguidamente a exponerme el método de investigación adoptado por la policía de Calcuta, y que derivaba, ni más ni menos, que de una aplicación estricta del protocolo habitual para casos similares. Habida cuenta de que no existía arma agresiva (pues el atacante había acometido únicamente a la vaca a base de puñetazos, coscorrones y puntapiés) ni cuerpo alguno del delito con los que iniciar una investigación pericial, y puesto que el único testigo de cargo disponible era la misma víctima de la agresión, al joven teniente Nitín Kapoor y al resto de los detectives asignados al caso no les quedo más remedio que recurrir a la vieja práctica, todavía en uso con excelentes resultados, de la rueda de reconocimiento.

—Se condujo a la vaca —prosiguió Nitín, siempre en el mismo tono de afectada circunspección—, cuyas leves magulladuras habían sido ya convenientemente tratadas por un veterinario, hasta el patio interior de la comisaría, donde había una tarima de tablazones que antaño había servido como patíbulo para las ejecuciones

sumarias pero que, a falta de otra dependencia a propósito, prestaba perfectamente su servicio como sala de identificación. Después se la amarró con una soga al antiguo poste de los fusilamientos, con objeto de que los escasos y ralos matojos de hierba que asomaban por entre los encastres de las losetas no la distrajeran de su deber cívico. Hecho esto, solo nos restaba ya convocar a los sospechosos para que desfilaran delante del testigo. Y no nos resultó nada fácil, puedes creerme. Ni siquiera cuando perseguíamos al alegre Lasalle, *El Pirómano de las Circulares*, recuerdo haber manipulado tantos sobres —suspiró—. Hubo que distribuir miles de octavillas, organizar las colas, repartir citaciones y números de...

—¡No puedo creerlo! —le interrumpí estupefacto—¿Me estás diciendo que todos los habitantes de Calcuta debieron someterse a la rueda de reconocimiento? ¿Que todos debieron pasar frente a la vaca sagrada?

—¡No! —exclamó Nitín—¡No solo pasar, amigo mío! Como en cualquier rueda de reconocimiento que se precie, cada sospechoso debía adelantarse un paso y detenerse unos segundos delante del testigo... —los ojos de Nitín reflejaron aquí una pícaro alegría—Claro que, considerando que las vacas adolecen de una agudeza visual bastante precaria, el sospechoso debía además pintar en su rostro una mueca furiosa y amenazadora, tal como la que lógicamente se suponía que tuvo el agresor al golpearla, con la esperanza de refrescar así la memoria del desdichado animal.

Huelga decir que, al llegar a este punto, estallé en potentes carcajadas. La imagen de una inagotable collera de hombres adultos con mostacho desfilando frente a una vaca lisiada —quizá con la cornamenta escayolada y una pata en cabestrillo—, con el único propósito de dedicarle una serie de muecas grotescas fue demasiado para mí.

—¡Inaudito! ¡Inaudito pero delicioso! —exclamé complacido—Pero, dime: ¿Cómo terminó la cosa? ¿Se pronunció finalmente la vaca? ¿Arrestasteis a alguien?

Nitín se mojó apenas los labios en los últimos restos de *brandy* que quedaban en su copa y, entornando los párpados con picardía, respondió:

—No, la vaca jamás se pronunció, y nunca arrestamos a nadie, pero... ¿Qué te hace suponer que la cosa ha terminado? Al cabo de un año de investigación, todos los habitantes de Calcuta habíamos pasado ya por delante de la vaca, sin que esta diera mayores muestras de reconocimiento que algún meneo ocasional de su rabo, destinado más que nada a espantar a los enjambres de moscas que acudían a alimentarse de los humores de sus heridas. No obstante, durante el año transcurrido desde la agresión, la población de Calcuta casi se había duplicado y, por consiguiente, también el número de hombres con bigote susceptibles de ser reconocidos. Además, todo testigo merece una segunda oportunidad de pronunciarse. Se decretó así una segunda ronda de identificación que resultó igualmente infructífera, pero que fue, con todo y con eso, seguida de una tercera, y luego de una cuarta... —Nitín desplegó las manos en un fatigado ademán teatral—Y el resto creo que puedes imaginártelo...

—¿No irás a decirme que...? ¡De ninguna manera! ¿Intentas a caso sugerir...?

—Pues sí, querido amigo —confirmó con una gran sonrisa, como si me estuviera ofreciendo un hermoso regalo—. Aún hoy en día, transcurrida toda una vida desde el delito original, la rueda de reconocimiento sigue girando en Calcuta. Y puedo asegurarte que no tiene visos de detenerse en un futuro próximo. A este paso, seguirá probablemente girando y girando hasta que la víctima se pronuncie sobre la identidad de su agresor, o hasta que la misma ciudad quede convertida en un mogote de lodo pestífero, o sea engullida finalmente por las ciénagas insalubres del Delta del Ganges, cosa que, créeme, puede todavía ocurrir el día menos pensado...

—Pero, pero... ¿Y la vaca? —musité, patidifuso—No puedo creer que la vaca...

—¡Oh, sí! ¡La vaca! ¡La dichosa vaca! La vaca pereció hace más de medio siglo, desde luego; no por cierto a causa de sus lesiones, sino simplemente de vejez o inanición... O quizá incluso de aburrimiento... ¡Quién sabe! ¿A quién le importa, si me apuras? Ahora es solo un viejo esqueleto amarillo cubierto de algunos jirones de pellejo y de los acartonados apósitos de sus heridas, que han sido ya mil veces roídos por legiones y legiones de polillas famélicas. De hecho, la misma comisaría que acogía el dial de la rueda fue trasladada a un moderno edificio al otro lado del Hugli, en el sector europeo, y donde antes se alzaba la antigua sede ahora existe solo un solar vacío y ruinoso, cubierto de despojos y deyecciones humanas y animales, en cuyo centro todavía resiste no obstante, aunque carcomida por el tiempo y la humedad, la antigua tarima de tablones que deben recorrer los sospechosos, justo frente al poste del que cuelga la soga que ciñe todavía la quijada del testigo.

Recuerdo que, a estas alturas de la narración, mis cejas habían viajado ya hasta la mitad de mi frente, y que me costaba un esfuerzo consciente mantener cerradas mis mandíbulas. Para ser sincero, no sabía cómo tomarme la historia de Nitín: si como una patraña deliberada de mi amigo o como la prueba definitiva de nuestra demencia común. Lo único que puedo afirmar con seguridad es que mi melancolía se había desvanecido como por ensalmo y que un naciente vigor recorría mis miembros, restituyéndoles una excitación que creía ya perdida para siempre.

—Por supuesto, me estás mintiendo —dije gravemente, mientras trataba de ignorar los frenéticos latidos de mi corazón.

Los labios de Nitín dibujaron una enigmática sonrisa.

—Hace ya algunos años —continuó imperturbable—, cuando mi bigote y mis cabellos se volvieron tan blancos como ves ahora, me vi definitivamente exento de acudir a la rueda, y supongo que debería sentirme satisfecho por ello. Pero ¿qué quieres que te diga...? Como tú bien sabes, han pasado ya más de treinta años desde nuestra última misión y, durante todo ese tiempo, el mundo ha cambiado tanto que, en ocasiones, me cuesta creer que hayamos existido. Ya no se persigue a los criminales en desafortunados botes de vapor por las aguas del Támesis, ni a través de la jungla

bengalí, montados a lomos de un elefante venerable, sino que, sin levantarse uno del sillón, se les acosa y captura a través de una pantalla titilante. Tampoco nos batimos a florete, en precario equilibrio sobre los aguilonos de los tejados, con embozados espadachines, ni cazamos a los voraces licántropos en las noches de luna llena. La organizaciones de dinamiteros ya no quieren ser secretas y hasta el más bruto e insignificante de los rateros cree poseer una justificación ética o filosófica, por lo que ya no existen verdaderos villanos como El Gran Crisantemo.

Recuerdo que Nitín se recostó entonces en su asiento, entrelazó los dedos sobre su turgente barriga y cerró muy lentamente los párpados, como si estos quisieran saborear la dulzura de sus pupilas. Un peculiar espasmo de su nuez y sus mandíbulas me sugirió que acababa de reconducir civilizadamente hacia sus entrañas un eructo telúrico, o quizá un bostezo de similar magnitud.

—Sólo tú podrías comprender lo que voy a decirte ahora —declaró confidencialmente, con una voz en la que se empezaba a percibir ciertos indicios de torpor—, aun así, jamás te lo diría si no supiera que esta es, probablemente, la última vez que nos vemos... A veces creo que lo echo de menos. El unirme a esa absurda rueda de reconocimiento, digo. En ocasiones me pregunto todavía, como supongo que se habrán preguntado alguna vez todos los hombres de Calcuta, qué habría ocurrido si, al detenerme yo frente a aquella vieja osamenta bovina, esta hubiera reaccionado de alguna manera... No sé, que hubiera castañeteado sus romas muelas, o emitido un ronco mugido de ultratumba, por ejemplo. Ya fuere por azar, por capricho, por simple aburrimiento o porque, después de tantos años, nos hubiera reconocido finalmente el mérito de nuestros esfuerzos por hacerle justicia. El motivo es lo de menos. Simplemente imagino que eso ocurre, pero no veo en tal imagen nada desagradable ni grotesco. Incluso es probable que disfrutara sinceramente con ello. Sería como descubrir, después de estos últimos años de aburrimiento y ostracismo, que algo de lo que hicimos sigue vivo, que en el mundo sigue existiendo un lugar regido por las viejas leyes de la alegría, de la magia, de la camaradería y del absurdo...

Dicho esto, el burgomaestre cerró los ojos y se sumió en un hermético silencio. Al poco rato, su respiración se volvió regular y ligeramente rocosa, y con la misma certeza con que supe que se había dormido, supe también que envidiaba su secreto para poder hacerlo con tal facilidad. Por supuesto, ni siquiera esperé a que se despertara. Pagué la cuenta, salí apresuradamente del restaurante y, después de reservar desde un teléfono público —con un acento bengalí bastante aceptable— un billete de avión para aquella misma noche, me dirigí con el corazón acelerado hacia la iglesia de Saint Paul. La nave del templo estaba desierta, y el mecanismo que abría la losa tras el altar seguía respondiendo a la última contraseña, así que accedí, sin otra dificultad que apartar de mi camino las espesas telarañas, a nuestra antigua base de

operaciones. Un febril estremecimiento de olvidado entusiasmo me impelía al caminar entre las polvorientas centralitas, los planos de las alcantarillas de medio mundo, los vetustos archivadores y las anacrónicas espadas que colgaban de las paredes. Tristán Muchsnick, Van Kloos, el Alegre Lasalle, El Gran Crisantemo, todos mis pasados adversarios, me observaban desde sus retratos robot y, de alguna manera, presentí que envidiaban el lugar al que me dirigía, y la decisión que había tomado, y que compartían conmigo desde sus gélidos nichos aquella última esperanza que, de prestar crédito a las palabras de Nitín, seguía brillando como un mortecino candil en los tejados y subsuelos del mundo.

En nuestro querido vestidor encontré finalmente todo lo que precisaba para mi viaje: una peluca y un bigote negros, un recipiente con maquillaje oscuro y una respetable cantidad de rupias.

UNA CANICA EN LA PALMERA

Rafael Marín

Cádiz, 1959.

Uno de los más destacados autores españoles de literatura fantástica. A principios de los ochenta se abre camino por varios fanzines y publica un puñado de relatos en la mítica revista Nueva Dimensión. En 1983 aparece su primera novela, Lágrimas de luz, que es recibida como un hito en la entonces incipiente ciencia ficción española.

Con un cuidado casi exquisito en el manejo del lenguaje, Marín se ha movido como novelista por casi todos los géneros, no solo la ciencia ficción o la fantasía, sino el policiaco o la novela histórica, por no mencionar el juvenil. También ha cultivado con fortuna el relato corto, en el que a menudo es capaz de aportar una perspectiva novedosa a elementos sumamente cotidianos.

Enamorado de los cómics como medio de expresión, a ellos ha dedicado algunos de sus mejores trabajos de divulgación, como W de Watchmen, Spider-Man: el superhéroe en nuestro reflejo o Hal Foster: una épica postromántica. También ha sido guionista en ese medio con obras como Tríada Vértice e Iberia Inc. Junto a su amigo el dibujante Carlos Pacheco estuvo al frente de Fantastic Four para la americana Marvel.

En Sportula ha publicado las novelas Elemental, querido Chaplin, La leyenda del navegante, Lágrimas de luz y Nunca digas buenas noches a un extraño, así como los libros de ensayo Hal Foster: una épica postromántica y W de Watchmen.

Ya le podían llevar la contraria en lo que quisieran, pero tener un padre maestro era lo peor, pero lo peorcito que podía tocarle a una en el mundo. No solo te controlaban las comidas, las tareas y las amigas, y te decían Lucía los deberes, y a ver si me haces esta cuenta, y cómo se dice tal palabra en inglés, que a ella no le importaba todavía, porque cuando tuviera edad para ligarse a Leo di Caprio él sería ya una pasa y seguro que había otros actores más monos a tiro, sino porque había que cambiar de casa cada dos por tres, a remolque de los destinos y las oposiciones, que no entendía muy bien de qué venía la palabreja, si su padre a todo aquello no se oponía ni pizca. Primero fue El Coronil, luego Arcos, después Puerto Real, y aunque ella había nacido en la residencia de aquí de Cádiz, en el hospital Puerta del Mar un lunes de junio, había pasado ya por dos guarderías, una escuela infantil, y otra de primaria, siempre en lugares diferentes, como para que la pobre pudiera echar raíces. Tenía ocho años recién cumpliditos y había recorrido más mundo que Ricky Martin con sus maletas, con lo pesado que era cambiar de uniforme cuando lo había, acostumbrarte al agua de los sitios, a que llamaran al pan de otra manera (con lo bonito que era manolete y no baguét, que le sonaba a bigote de tío ruso), y a que cecearan donde otros seseaban, se comieran las terminaciones en ado o al telediario le llamaran el parte y al tocadiscos el picú. Una lata. Pero eso no era lo peor, sino tener que cambiar también de amistades cada vez que a papá el Ministerio o la Junta o quien fuera, aquel tal Pezzi que salía en los periódicos siempre que había una huelga, decidiera que andando, a mover el esqueleto y carretera y manta. Lucía aceptaba todo aquello como un sino inevitable, la maldición gitana que arrastraban como si fueran de verdad gitanos, que no lo eran ni nada, y en alguna ocasión, pero las menos, hasta agradecía cambiar de aires y de aguas. Lo peor-peor, lo más malo de todo, era tener que ser siempre la nueva en la clase, la recién llegada a la plazoleta, la niña que hablaba raro o tenía un padre profe, que unas decían que era mayor y con barriguita cervecera y otras que era muy guapo y se parecía a Luis Fernando Alvés, el de Todos los hombres sois iguales, aunque su padre no era dentista ni ligón compulsivo ni nada por el estilo; vamos, al menos eso creía ella, con lo celosa que era su madre cualquiera lo podía asegurar. Lucía no tenía más que recuerdos amontonados de las niñas y los niños que habían sido sus amigos en las guarderías: Susana, Perico, Elena. En segundo de preescolar se hizo amiga del alma de María Jesús y se ennovió por primera vez con Alberto Cascales, que siempre se ponía colorada al encontrarlo por la calle principal del pueblo, y en primero de primaria otra vez con gente nueva en un cole nuevo: Alicia, otra Susana, Laura y Tomás, Eduardo López y Pili Alba. A estos los recordaba mejor, porque ya iban siendo mayores y estaban más cerca en la memoria. Era una pena saber que nunca más iba a volver a verlos, porque ahora estaban viviendo otra vez en Cádiz, y papá había asegurado que, por fin, ya tenía la plaza fija y no los iban a mover de aquí para allá, que se acabaron los traslados y las casas donde no podían

tener ni muebles propios, salvo el video, el televisor y el microondas. A lo mejor era verdad, y tanto papá como mamá como el mocoso de David, que con tres añitos cortos se había evitado lo peor de los éxodos continuos de la familia, estaban locos de alegría, como si volver a vivir en Cádiz fuera mejor, no sé, que haberse vuelto ricos de pronto o que hubieran aceptado la foto de los niños para ser portada en Crecer Feliz. Lucía también estaba contenta, desde luego, porque le gustaba a rabiarse la playa por las mañanas y ahora había muchos cines en el Palillero, y ya había visto la película de los Rugrats, y La Momia, que ni le dio miedo ni nada, sino mucha risa, y Brendan Fraser estaba como un tren con tantas pistolas, y otra vez Mulán en el cine de verano, mientras se comía una pizza de jamón y bacon, y estaba esperando que pusieran de una vez aquella de Doug, que le gustaba mucho la serie de televisión, sobre todo el perro y el amigo azul, que era total. Lucía estaba feliz también porque así viviría más cerca de la abuela y de los primos, y recibiría lo mismo paguitas semanales y no de higos a brevas, y jugaría más veces con Arancha y con Marimar, y hasta con el brutote de Carlos y su no menos terrible hermano Iván, y no tendrían que pegarse el palizón las navidades y compartir casa con otra familia que era familia pero psé, y soportarse el olor a calcetines y el follón de volver corriendo al pueblo de turno donde le tocara trabajar a su padre, porque los Reyes, que eran unos imbéciles que ya podían venir a la vez que Papá Noel, nunca caían en la cuenta de ponerles los juguetes aquí en Cádiz, para no confundirse con los regalos de los primos, y siempre lo dejaban todo, muy ordenadito y con una capita de polvo, en la casa del pueblo que alquilaban y a la que volvían dos días antes de que tanto papá como ellos empezaran el cole y el segundo trimestre.

Se habían venido, aleluya, a vivir a Cádiz y hasta tenían por fin una casa propia, en la calle Brunete, un piso nuevo y soleado desde donde se veía la iglesia de San Severiano y la Institución Provincial a un lado y más allá, al frente, una muralla blanca con un marinero de guardia y detrás un jardín verde, con una bola enorme de color plateado entre los pinos, el Instituto Hidrográfico. El lugar estaba bien, a menos de cinco minutitos andando de la playa de Santa María del Mar, que bajaban por unas escalerillas muy cucas y donde siempre pasaban señores vendiendo fantas y cocacolas y muchas, pero que muchísimas patatas, y hasta cerveza sin alcohol y pepsi sin, que en la playa y todo hay gente la mar de delicada. Y a dos pasos exactos, de espaldas al balcón, delante de la avenida, una plazoleta muy mona donde había una especie de castillo de cuento antiguo, amarillo y no muy agraciado ya, los jardines de Varela, que antes por lo visto había sido un palacete que englobaba los parterres y los árboles y las fuentes, y era de suponer que también las cacas de perro, las palomas hambrientas y los paquetes que revoloteaban de gusanitos y golosinas.

La plazoleta estaba bien, y mamá en seguida encontró amigas con niño o barriga de seis meses y se puso a charlar por los codos, que era la especialidad que todas las

mamás del mundo comparten, y hasta el mocoso de David se las apañaba muy bien para espantar las palomas y tirar del rabo a los perros y convertirse en un santiamén en jefe de una banda de delincuentes infantiles con pipo y dodotis, pero Lucía lo pasaba peor, porque era así como más tímida, y no había muchos niños de su edad, que era una edad difícil, según decía su padre, y los dos o tres que había eran de un antipático y de un roña que daba asco. Habían vuelto a Cádiz, vale, pero hasta que no empezara el curso no iba Lucía a conocer nuevos amigos, porque los primos estaban bien para la playa o el almuerzo de los domingos, pero no venían aquí todas las tardes, para jugar con las bicis en los jardines, y vivían demasiado lejos (en el casco antiguo, en Cortadura) para poder hacerles una visita, con el calor que hace por la tarde cuando sopla el levante y te da una pereza que lo único que te apetece es sentarte a la sombra y jugar con la videoconsola o leer un libro de aventuras fantásticas o de amores. A Lucía el verano siempre le había entusiasmado, porque le encantaba la playa y siempre soñaba que un día al darse un chapuzón encontraría bajo el mar un reino mágico de unicornios rosa y sirenitas que cantaban, pero la verdad era que las tardes en la placita se le hacían eternas, y acababa con las yemas de los dedos lastimadas de tanto darle al botoncito de goma de la nintendo y los ojos doloridos de seguir prestando atención al Super Mario o de ganas de saber de una vez por todas si Jim Hawkins le volaba los sesos de un disparo al patapalo aquel, que era un malvado mentiroso pero que bien pensado y todo hasta tenía su gracia. Le estaba pasando a la pobre lo que nunca había pensado que le podría pasar: que estaba deseando que empezara el cole, aunque fuera un cole distinto, para variar, porque por lo menos así encontraría caras nuevas.

No se dio cuenta de que tenía al niño al lado hasta que lo sintió respirarle en el cogote, por encima del libro de piratas, y casi casi le dio un susto, porque no lo había sentido llegar y al principio le dio así por pensar como que no había nadie a su lado, que seguía sola. Pero allí estaba, un niño flaco y tirando a feucho, con los pelos cortados al cepillo, como era la moda, y un niki amarillito claro y unos pantalones gris oscuro que le caían hasta por debajo de las rodillas, que una no sabía si eran unos pantalones largos que se le habían quedado cortos o unos pantalones cortos que habían dejado mal al soltarle el dobladillo. Era un niño algo más chico que ella, de unos siete años o por ahí, y a Lucía le llamó la atención que al leer silabeaba, como si no supiera leer muy bien todavía, cosa que ella hacía de carrerilla y entendiendo además lo que ponía. A Lucía, como a papá, le molestaba que le leyeran por encima del hombro, porque se aturrullaba, pero el niño aquel de los pantalones raros se encogió de hombros y se dio la vuelta y se arrodilló en el suelo y se puso a jugar él solo con unas cuantas canicas de colores.

Lucía dejó el tesoro a medio desenterrar en la isla y vio cómo el niño marcaba con la palma de la mano, moviendo los dedos como una araña, el territorio de las

bolas antes de darles un meco y meterlas en el hoyo. Le pareció un juego más bien tonto, como el minigolf de Sancti Petri pero sin palitos, pero el niño parecía muy entretenido jugando allí, de rodillas en el suelo de albero y cacas de paloma, así que ni corta ni perezosa, porque parecía tan solitario como ella, Lucía se presentó y le dijo que a qué estaba jugando, y si le podía enseñar. El niño la miró de arriba a abajo, con ese nosequé machista que tienen los niños de siete años, que se creen que son alguien y no son más que unos lacios, pero al final se metió las manos en los bolsillos kilométricos y le dijo que se llamaba Pablo y que bueno, vale, y le enseñó a dar cosquis a los bolindres y a meterlos en el hoyo a la tercera o cuarta mano, que era más difícil de lo que parecía en un principio, pero se iba a enterar el Pablo aquel cuando mañana le trajera la videoconsola, a ver si era capaz de cargarse a tantos aliens como ella, que ni el temible Iván ni el fortachón de Carlos tenían tanta maña. Se les fue la tarde en un suspiro, y cuando ya oscurecía y empezaba a refrescar, como David se había hecho caca y mami no tenía dodotis de repuesto, se subieron para casa, después de que la tuvieran que llamar dos y tres veces, Lucía que nos vamos, Lucía venga, y por fin ella tuvo que dejar los bolis y despedirse de Pablo a la carrera y decirle bueno me voy, hasta mañana.

Al día siguiente era sábado y fueron al cine con los primos y la tía Patricia, la farmacéutica soltera, así que no les dio tiempo de bajar al jardincito, pero el domingo sí que fueron, después de dar un paseo por la Alameda y acabar comiéndose unos helados en la Calle Ancha, y al rato de estar allí, cuando ya se aburría, apareció otra vez Pablo con sus pantalones extraños y su niki amarillo, y ahora Lucía se dio cuenta de que calzaba además unos zapatos rarísimos, como de tela o de esparto, y cuando le dijo que de donde había sacado aquellos espantos él se los miró y no le contestó al principio, pero luego le dijo que por lo menos sus alpargatas eran cómodas y no ella, que ya había visto que tenía esparadrappo en un talón, qué palabra más antigua, si lo que Lucía tenía era una tirita, y además del gato Isidoro. A Pablo al principio le pareció interesante la videoconsola, pero como ya era de esperar, porque Lucía era un hacha, no fue capaz de pasar de la primera pantalla, pero nunca-nunca, y a veces hasta daba la impresión de que ni siquiera sumaba puntos al marcador. Al final, dijo que aquellas cosas raras eran una tontería, y que él prefería jugar al contra, al puli, al puli en alto, a mangüiti no sabe tocar las palmas, a la leva a la leva a quien coja se lo lleva, al abejorro, al trompo, al látigo, al tula, a las chapas, a la gallina ciega, a pañolito, a la pelota y al balontiro, a las canicas, y sobre todo al pincho, y ni corto ni perezoso se sacó del bolsillo infinito una lima gorda, terminada en punta, y dibujó en la arena ocho rectángulos y marcó ocho números con mucha traza y empezó a lanzar la lima, el pincho como él decía, y a clavarlo primero en los recuadros pares, luego en los impares, después en zigzag, y saltaba a la pata coja de uno a otro, y llegaba al final de la línea y se daba la vuelta, y hacía lo mismo pero al revés, sin fallar ni una.

A Lucía le pareció un poco peligroso el juegucito, que capaz era de no haber pasado las normas mínimas de seguridad de la Unión Europea, o de clavarse la punta en el pie o en la alpargata, pero cuando le tocó el turno de tener en la mano aquel trozo de hierro frío, y sopesarlo en la palma, vio que tirarlo del revés era hasta divertido, le dio mucho morbo, como decía su madre, y más todavía cuando empezó a pasar de las casillas pares a las casillas impares cantando las canciones tan chulis que Pablo le enseñaba.

Tener un amigo nuevo era una sensación parecida a la de sentir en las manos los libros recién comprados al principio de curso, ese olor como a entero y a papel brillante, los nervios de no poder esperar a descubrir qué maravillas ibas a encontrarte cuando llegaras, no sé, a la lección de los minerales o el misterio de la Santísima Trinidad, y además todo venía siempre acompañado de los tejidos recién planchados de los uniformes de estreno y las trencas compradas en Hipercor, y los calcetincitos a juego, y los zapatos marrones y las camisas blancas. Pues lo mismo era tener un amigo al que ir confesando secretos y al que ir descubriendo poco a poco, en busca de aficiones comunes y odios compartidos, los bollicaos contra los gusanitos, los batidos Okey contra el Nesquik, el salami El Pozo contra la mortadela de aceitunas o el jamón de pata negra contra el jamón blanco, pero resultó que a Pablo todo aquello le sonaba a chino, o se hacía el tonto, y a él lo que decía que le gustaba era el chorizo en un cundi, y un pan con aceite y azúcar y migotes en el desayuno, y hasta tuvo la cara de decirle que nunca había probado un batido Puleva, ni sabía lo que podía ser el salami, y el jamón era una cosa que sí, que sabía que existía, pero que él no había catado en toda su vida. Lucía a ratos tenía la impresión de que Pablo era un mentiroso de pronóstico, que se estaba quedando con ella, vamos, pero por otro lado parecía sincero, y la admiración que profesaba por ejemplo hacia el paté, que le dio una vez una rebanada de pan Bimbo con fuagrás Apis, o por los gusanitos, o por el chopped de pavo, la carita que ponía y la sonrisita de agradecimiento le hacían pensar que no, que no mentía, que de verdad que no había probado nada de aquello, pero nada de nada, y entonces Lucía empezó a pensar que además de un poco raro y de aparecer como por sorpresa las tardes que aparecía a verla, que eran casi todas, Pablo era muy pobre muy pobre, pero pobre de verdad, como los de Nueva York, y por eso nunca se cambiaba de ropa y tenía que llevar aquellos alpargatones. Una vez hasta le preguntó dónde vivía, y a qué se dedicaban sus padres, y Pablo dejó por un momento de liar el trompo con su cuerda gastada, y se quedó como sin saber qué decir, como pillado en falta, y dijo que no tenía padres, no que él recordara, y que vivía allí cerca, en la casacuna. A Lucía le dio otra vez la impresión de que se estaba burlando de ella, porque nunca había escuchado una palabra así, bueno, a lo mejor dos palabras, y en su imaginación aquella noche trató de ver cómo era una casacuna, o una casa cuna, o una Casa Cuna, a lo mejor, y a lo más que llegaba era a pintar en su mente una cuna

muy grande muy grande, con barrotes blancos y un tren pintado con colores pastel en la cabecera, y a un niño dentro, como encarcelado y queriendo salir, pero sin saber trepar porque era tan alta como una casa, y de ahí su nombre.

A lo mejor era verdad, no lo de que viviera en una cuna gigante con barrotes, sino que no tenía padres, y que era pobre-pobre, y eso explicaba que no tuviera nintendos ni libros del Barco de Vapor, y que jugara a todos aquellos juegos tan extraños y tan divertidos, y a veces tan violentos, que incluso una vez la lastimó con un cate, pero que al fin y al cabo no costaban ni una peseta, ni había que usar pilas Duracell ni comprar repuestos ni programas nuevos ni todo eso. A lo mejor era verdad lo que decía su padre los días que estaba de mal humor porque tenía sesión de evaluación en el colegio y no podía pasarse la tarde construyendo barquitos de madera de balsa o ir a comprar al hipermercado los avíos del mes, y toda la televisión y los videojuegos y los ordenadores lo que estaban haciendo era matar la imaginación de los niños, con lo bueno que sería que ejercitaran otro tipo de juegos, como los de cuando él era chico, y entonces era el momento de que Lucía soltara la nintendo y cogiera un libro y se pusiera a leer, ya que entonces se callaba porque contra los libros su padre no podía decir nada, si hasta escribía poemitas, si lo sabría ella, y una vez ganó una flor natural en un concurso en Alicante.

Sí que era verdad que Pablo era un niño un poquito triste, como perdido, ensimismado muchas veces en sus juegos extraños. Le gustaba mucho el cine, y le encantaba que Lucía le contara las pelis que había visto últimamente, y hasta decía que no sabía lo que era una tele, y que no seguía los Teletubbies ni las aventuras de Pingu, que eran una risa. Su personaje favorito era Tarzán de los monos, y se descolgaba de vez en cuando desde los árboles como si de verdad viviera en la selva, y hasta se quedó un poquito más triste cuando Lucía le dijo que ya que estaba viviendo por aquí, podían ir juntos al cine cuando estrenaran en Navidad la nueva película de Disney, que era de Tarzán, según había leído, y hasta le enseñó una pegatina, pero Pablo, como era pobre, se puso más triste aún, y miró al suelo y dijo que no, que mejor fuera ella sola y después se la contaba. Lucía le regaló la pegatina del hombre de la jungla, aunque él antes le había puesto pegatas diciendo que no se parecía a Johnny Weissmüller, y él a cambio le regaló una canica, un bolindre pequeñito y blanco tan gastado por el uso que casi no rodaba, porque estaba cambembo.

A pesar de lo valentorro que era, y lo bien que trepaba a los árboles y el tino que tenía tirando el pincho, a Pablo las motos le daban un miedo de muerte. Bueno, las motos no, sino el ruido de las motos, el pum pam pum de los escapes, que pasaban de higos a brevas pitando por la avenida, espantando a las palomas y poniendo de mal humor al vecindario. Se quedaba blanquito, paralizado, y Lucía vio una vez que hasta las piernas le temblaban, pero luego se recuperaba y decía que tenía que marcharse, y

una vez se fue y todo, y ella no pudo convencerlo para que se quedara.

Y claro, con tan poco que hacer durante las vacaciones, y los juegos tan divertidos y tan nuevos que Pablo le enseñaba, a Lucía se le empezó a llenar la boca hablando de él, que si Pablo dice esto, que si Pablo dice lo otro, que si Pablo por aquí que si Pablo por allá, y empezó a explicarle a su hermano chico cómo se bailaba el trompo, y a jugar al pañolito, y su madre le preguntaba quién le había enseñado esas cosas tan antiguas, si la abuela, y ella decía que no, mamá, que ha sido Pablo. Y su madre le decía que quién era Pablo, y ella le explicaba, con la desesperación esa tan típica con que una niña de ocho años tiene que aclarar a su madre lo que es evidente, que Pablo era el niño del pelo al cepillo y los pantalones cortos que le quedaban largos, el niño con el que jugaba casi todas las tardes en la plazoleta. Y fíjate tú cómo podía ser posible que su madre, con tanto charloteo con las amigas, hablando de potitos y dodotis y dando consejitos inútiles a las embarazadas, resulta que no se había dado cuenta de que ella tenía un amigo nuevo desde hacía casi un mes, y que se veía con él todas las tardes en el jardín de Varela, sino que tuvo la osadía de decirle que ya era un poquito mayor, Lucía, para tener amigos invisibles, que iba a empezar tercero de primaria dentro de pocas semanas, y se iba a convertir en el pitorreo padre de su clase.

Cuando mamá se ponía en modo imposible era imposible de verdad, así que Lucía no se empeñó en demostrarle que estaba equivocada, que ella ya no tenía edad para inventarse nada, y en cuanto Pablo viniera a la tarde siguiente iba a enseñárselo, y mientras mamá charlaba con las amigas y cuidaba, es un decir, que David no se cayera al charco de la fuente o devorara viva a una paloma, ella la saludaba con la mano y le señalaba diciendo este es Pablo, no lo ves, y ella le decía que sí con la cabeza y hasta le devolvió el saludo con dos dedos, y cuando de vuelta a casa Lucía le comentó ves cómo Pablo no era un invento mío, si lo saludaste y todo aunque no quiso acercarse a decirte hola, su madre la miró entre fastidiada y algo molesta y le dijo Lucía, por favor, déjate de bromas tontas, que yo te saludaba a ti nada más, si a tu lado no había nadie.

Esa noche Lucía se cogió un berrinche gordo-gordo, y no quiso ni cenar siquiera, y eso que había pizza que trajo la tía Patricia, porque su madre estaba empeñada en que ella era una mentirosa o peor, que estaba loca, si Pablo la había saludado y no era un amigo inventado, y hasta tenía como prueba la canica blanca que le había dado hacía dos o tres días. Su madre podía ser tan cabezota como ella, y se negó en redondo a escuchar más tonterías, así que le tocó a la tía Patricia convertirse en pañuelo de lágrimas y tratar de hacer de correveidile entre una y otra, pero no había manera, ni mamá se iba a bajar del burro ni Lucía iba a decir que se estaba inventando nada, porque se podría inventar una mentira, una redacción para el cole, o incluso una historia, pero no se podía inventar a un niño que se llamaba Pablo y

jugaba al pincho y le regalaba canicas. Tanto discutieron y tanto pelearon, que al final mamá decidió que mañana iba a llevarla a la plaza Rita la estanquera, con lo cual jamás de los jamases iba a poder Lucía demostrarle que estaba equivocada y que la estaba tomando por mentirosa cuando le decía la verdad y toda la verdad y nada más que la verdad, así que al final fue la tía Patricia la que actuó otra vez de moderadora, que era muy sensata y muy guapa y tenía un tipito imponente, según decía papá, a pesar de que seguía soltera, y fue ella la que acabó liada en la discusión y la que hubo de encargarse de bajar a la tarde siguiente con los niños al jardín, porque mamá aprovechó la oportunidad y se marchó con su padre a hacer unas compras, que a ver si Lucía no se iba a dar cuenta de que iban al *toisarás* a buscar juguetes para Reyes entre las ofertas.

Pablo tardó en aparecer, pero apareció cuando ya casi oscurecía, y a una seña convenida, porque Lucía sabía que era tímido y no iba a querer ir a saludarla, la tía Patricia se acercó hasta donde estaban y pudo comprobar que era verdad, que Pablo no era un invento, sino un niño de verdad, un niño de carne y hueso que llevaba un tirador en un bolsillo del pantalón, por encima de un siete, aunque de verdad que al principio, con tan poca luz, hasta llegó a pensar que su hermana Mayte, o sea, mamuchi, tenía razón y no había niño, sino un invento de Lucía, que era muy fantasiosa por culpa de las pelis de terror y todos los libros que leía, que a veces era pasarse. Pablo se quedó un poco cortado de que aquella rubia impresionante se le acercara y le dijera cómo estás, y pareció por un momento como un cervatillo cogido por sorpresa, y hasta miró furtivamente en todas direcciones por si podía escaparse echando leches, pero al final acabó por responder a los saludos de tía Patricia, y hasta le estrechó una mano, y estuvo charlando con ella cosas tontas, que cómo estaba y tal, y si le gustaba la pizza lo invitaba, pero Pablo dijo que no, aunque Lucía ya sabía que no había probado la pizza nunca, y al final la tía Patricia se ofreció a invitarlo a un helado de fresa, y a eso él ya no pudo decir que no, y se le pusieron los ojillos como platos, y hasta dejó de descabezar flores con el tirachinas, que tenía una puntería endiablada, y accedió a acompañarlas a las dos andandito hasta la heladería favorita de Lucía, en el Paseo Marítimo, junto al hotel Playa.

Se tomaron un cucurucho doble de chocolate y fresa, que pagó la tía Patricia aunque ella no pidió nada, porque no quería perder la silueta que si no después no le entraba el bikini ni la bata de la farmacia, y se acercaron al paseo y desde allí contemplaron la playa iluminada, que tal parecía que Pablo la veía por primera vez, las barbacoas asando sardinas a lo lejos, el mercadillo ambulante de negros fugados de su tierra a base de desesperación y de pateras, y ya iban a volverse a casa, porque era tarde y David estaba que se caía de sueño en el carrito al que lo habían tenido que amarrar, cuando el cielo se iluminó de estrellas verdes y de estrellas rojas, y de espirales mágicas y de fuentes luminosas, y Lucía dijo oh, fuegos artificiales, y todos

se pusieron a mirar hacia arriba con la boca abierta. Había tanta gente contemplando el espectáculo nocturno, la despedida del verano, según dijo la tía Patricia, que se cogieron de la mano para no perderse en la bulla, Pablo en el centro, Patricia a la derecha, Lucía a la izquierda, y David dormido en el carrito delante, menos mal, que lo mismo con los fuegos se asustaba, pero qué va, quien se asustó fue Pablo, pero asustarse de verdad, que estaba mirando los dibujos de fuego en el cielo y de pronto se estremeció con el primer zambombazo y tanto Lucía como la tía Patricia lo sintieron temblar, como un calambre contagioso que les subió a las dos por la mano hasta el codo, y oyeron a Pablo murmurar no no no, muerto de pánico, y un segundo sintieron el contacto de su mano agarrada con fuerza y al siguiente ya no estaba, como si se hubiera borrado del mapa, y aunque parecía que la mano seguía allí, y el temblor nervioso, la sobrina y la tía giraron la cabeza para decirle no tengas miedo, no pasa nada, y cuál no sería su sorpresa cuando se encontraron sujetando el aire, porque Pablo ya no estaba allí, Pablo se había volatilizado como en el cielo la pólvora se convertía en estruendo y después en un recuerdo, en nada.

Dejaron de prestarle atención al festival de luces y ruidos, porque ahora lo que importaba era encontrar al niño, y lo empezaron a llamar, Pablo no te asustes, Pablo que no pasa nada, Pablo que vengas, pero Pablo no venía, ni se le veía siquiera entre tanta gente congregada en el filito de la playa. A la tía Patricia le entró un sofoco, y Lucía se puso la mar de nerviosa, y por más que recorrieron el paseo de un lado a otro no encontraron ni rastro del niño, y hasta fueron a dar parte a la policía local, y a los de protección civil, y como Lucía estaba que se caía de sueño tuvieron que volverse para casa, y la tía Patricia se pasó toda la noche esperando que la llamaran con la noticia de que habían encontrado al niño desaparecido, pero nada. Pablo se había perdido viendo los fuegos artificiales, y si no lo hubiera invitado al helado de chocolate y fresa, si no hubiera charlado con él y lo hubiera cogido de la mano, que por cierto estaba muy fría, la tía Patricia hasta habría podido creer que era verdad, que no existía, que se lo había inventado Lucía. Cuando la policía llamó eran las diez de la mañana y la noticia que pudieron dar fue que no había noticia, y como ellas no supieron decirles un apellido la explicación que encontraron a la desaparición del niño fue que habría encontrado a sus padres y se había marchado con ellos, las cosas de los chiquillos, porque de ninguna parte había llegado otra denuncia de desaparición, y esas cosas vuelan.

Lucía se enteró de todo por la mañana, y dijo que era imposible que Pablo se hubiera ido con sus padres, porque padres no tenía, si era huérfano, y que en todo caso habría regresado andando él solito hasta la casacuna. Y en estas que la tía Patricia va y se queda así como extrañada, porque no hay ya ninguna Casa Cuna en Cádiz, que la Casa del Niño Jesús que estaba en las Puertas de Tierra la habían cerrado hacía años, y que ella supiera no había un sitio que se llamara así, y que los

huérfanos ahora los recogían en Puerto Real, o quizá en San Fernando, de eso no estaba segura. Pero que de Casa Cuna nada de nada, que seguro que Pablo se había vuelto a quedar con ella, y entonces Lucía le dijo que no lo creía, si se le veía muy triste y muy solo, y no podía venir desde San Fernando o desde otro sitio sino de más cerca, porque aparecía todos los días por los jardines de Varela, y se marchaba un poquito antes de las diez todas las noches, a menos cuarto exactas, o sea que no, que si vivía en la casacuna tenía que estar por allí cerca.

Esa tarde Pablo no acudió a la plazoleta, para gran mosqueo de Lucía, que le quería decir cuatro palabras por el plantón y el susto que les había dado el día antes el niño sinvergüenza, y la tía Patricia se puso a preguntarle al jardinero si había visto a un niño de aquella descripción, pequeñito y de unos siete años, pelado casi al cero, con orejas de soplillo, algo feucho y muy triste, con alpargatas de esparto y un tirachinas en el bolsillo de atrás, pero el hombre dijo que no, que no lo había visto nunca, ni siquiera cuando Lucía le insistió que jugaba con ella todos los días. Parecía verdad, jolín que a Pablo se lo había tragado la tierra o era una invención de la propia Lucía, qué coraje, si ella y la tía Patricia sabían que no era verdad, que se les había escabullido en las narices mirando los fuegos, cuando se asustó por las explosiones o las luces de las llamas.

Al día siguiente Patricia llegó con un medio noviete que tenía, un antiguo boxeador algo cascado, al que Lucía le tuvo que contar otra vez de pe a pa toda la historia de Pablo y el pincho y el trompo y el abejorro y el puli y los tirachinas, y el novio o lo que fuera dijo qué raro, si yo creía que a esas cosas ya no se juega, y lo único que les pudo sacar en claro fue que la Casa Cuna, sí, estaba aquí al ladito, y señaló a la Institución Provincial, con sus palmeras altas asomando sobre el color crema de la valla, esto era la Casa Cuna, según me han explicado, comentó el boxeador, o lo fue hasta el mismo día en que yo nací, porque se hizo pedazos cuando el polvorín de la Armada destrozó todo el barrio hacía ya cincuenta y dos años.

Preguntando preguntando, la tía Patricia encontró por fin a dos personas que habían visto a un niño así de aquellas características rondando por la zona, sí que recordaban al chiquillo, con el pelito corto y unos pantalones extraños, y un niki amarillo o de color clarito, pero resulta que uno era una vieja beata poco de fiar, algo tarada, a la que encontraron en misa de a ocho y que decía haberlo visto cuando era maestra en la Institución Generalísimo Franco, que era como se llamaba antes la Institución Provincial, o sea, la Casa Cuna, rondando por las clases como para atosigar a las estudiantes, y nada menos que por los años sesenta. Y otro fue el dueño del todo a cien de la esquina, que antes había sido un puesto de chucherías, y el hombre recordaba haber visto a un niño que encajaba con la descripción de Pablo, pero en el año setenta y cuatro, cuando abrió el negocio; lo recordaba porque miraba las golosinas desde la esquina pero no entraba nunca, y al final dejó de prestarle

atención y no lo había vuelto a ver, menuda memoria.

Aquello era la monda. Vamos, que no solo Pablo no existía, sino que si existía tenía un padre o un abuelo que eran clavaditos y hasta vestían la misma ropa, para que dijeran, porque su abuelo y su padre tenían que ser aquellos dos niños que la vieja beata y el vendedor de todo a veinte duros habían visto hacía más de treinta años, hacía casi veinticinco. Lástima, comentó la tía Patricia, que el programa de Lobatón lo hubieran quitado, y tampoco estaba muy seguro de que pudieran irle con el cuento a Carlos Herrera para que les resolviera la papeleta en Así es la vida.

En la tele estaba claro que no iban a encontrar a Pablo, y la tía Patricia tampoco quiso esperar a que volviera la tarde que le diera la gana a la plazoleta, y sin cortarse ni un pelo ni pedir permiso a nadie se llevó a Lucía una tarde de paseo, con el calor tan pegajoso que hacía, y fueron andandito hasta Puertas de Tierra y entraron por el barrio de Santa María y llegaron hasta la iglesia del Rosario, donde estaba la imagen de la Patrona, y subieron luego por una callecita estrecha que tenía un nombre que sonaba a hipo, porque se llamaba Botica, y resulta que ese era el nombre de las farmacias de antes, mira tú qué cosas. Lucía no tenía ni idea de adónde iban, pero sabía que tenía que estar relacionado con Pablo y su desaparición, y no se equivocó, porque tonta no era, pequeña sí, y la tía Patricia la llevó hasta una puerta marrón oscuro y los atendió una mujer con gafas a la que por lo visto había llamado por teléfono, y en eso que Lucía recordó aquella peli de los Poltergeist que reponían cada pocos sábados en la primera de televisión española, y cuando acabaron de entrar en la casa y de recorrer un patio que olía a flores y se sentaron ante una mesita con un paño de croché, le dio un escalofrío pero no de miedo, sino de emoción, porque sin saber muy bien por qué se dio cuenta de que la tía Patricia, a lo mejor por mediación de su medio novio el boxeador, la había traído a la consulta de una bruja.

Se llamaba Chloe, pero eso no significaba que hiciera el mismo ruidito que al poner las gallinas, y escuchó muy atenta las explicaciones que sobre el niño le dio primero la tía Patricia, y después Lucía, y les hizo unas cuantas preguntas, si de verdad que lo habían visto otras personas aparte de ellas dos, que sí, una vieja beata y el dueño del todo a cien, que tenía el pobre los ojos comidos por las cataratas, pero en tiempos distintos, o sea que no podía ser el mismo niño, ni podía vivir en la Casa Cuna, porque Casa Cuna ya no había. La vidente no negaba ni afirmaba nada, ni sacó mazos de cartas ni huesos de rata ni cosas por el estilo, pero dijo muy seria, con tono asustado porque lo mismo aquello se escapaba de sus conocimientos, que notaba una presencia pero no allí ahora mismito, pero sí que habían tocado las dos un alma en pena. La tía Patricia estuvo a punto de decirle que menos lobos, pero entonces la vidente se llevó una mano a la frente y le preguntó a Lucía, mientras cerraba los ojos, que le describiera al niño, cómo iba vestido, a qué jugaba, a qué hora venía y a qué hora se marchaba, y si le había dado algún objeto, algún simbolismo de su alma.

Lucía se quedó sin saber qué decir, porque todo aquello a ella sí que le venía pero que enorme y estaba empezando a entrarle miedo, y hasta la tía Patricia empezó a pensar que había hecho mal en venir con la niña a este lugar, si ella era una científica que siempre se había carcajeado de estos temas y lo que buscaba era una pista del paradero de Pablo y no un cursillo espiritista, pero Lucía asintió a la pregunta de la medium y dijo que sí, que ella le había regalado a Pablo una pegatina del Tarzán de Disney y él le había dado a cambio una bolita, una canica blanca.

Ni Lucía ni la tía Patricia supieron cómo sabía Chloe que la niña llevaba la canica encima, pero extendió una mano blanca y gruesa y le dijo que se la entregara, que aquello era un lazo, un vínculo o una palabra todavía más rara, y Lucía se metió la mano en el peto rosa y sacó la bolita, toda gastada y diminuta, que de pronto le pareció que era una piedra fea y no una canica preciosa, y Chloe la recogió con la palma abierta y la cerró, y tembló un poco y dijo eso es, esta es su alma, aquí dentro está, es verdad que el niño no existe, es verdad que Pablo no es de este mundo, pero vaga por aquí, porque no sabe que hay una salida, ni entiende del misterio de las puertas y solo es un crío perdido entre dos mundos que solo vive porque no sabe que está muerto.

Antes de que Lucía se echara a llorar de puro miedo y de que la tía Patricia se levantara para echarle en cara a la bruja que estaba asustando a la criatura y se dejara de monsergas, Chloe hizo un gesto con la mano izquierda y dijo que no había por qué tener miedo ninguno, porque era un espíritu bueno, un espíritu indefenso, un espíritu ingenuo, y miró la bolita en su mano y la tía y la sobrina la miraron también, y fue como si de verdad se asomaran dentro de una bola mágica, solo que en chiquitita y cambemba, y en sus mentes y en la voz de Chloe se formó una situación, imágenes o palabras o todo mezclado, lo mismo daba, dieciocho de agosto de mil novecientos cuarenta y siete, las nueve y cincuenta minutos de la noche, el fin del mundo, el aire en llamas, el cielo pintado de rojo, y el estruendo.

Era la noche de la explosión, eso lo sabía Patricia, el vendaval de muerte que sembró de cristales medio Cádiz y destrozó paredes y rompió más vidas de las que luego habían reconocido los organismos oficiales de la época. La explosión, el mismo día que había nacido, también era casualidad, su medio novio el boxeador, cuando el polvorín de la Armada estalló y se llevó por delante la factoría de Astilleros, el barrio de San Severiano y la Casa Cuna, que estaba a dos pasos, el lugar donde se alojaban los niños recogidos sin padres, las criaturas sin techo que fueron las primeras en morir, vaya lástima.

Ese niño, dijo Chloe, ese niño fue una de las víctimas, pero no sabe lo que pasó, no estaba en su sitio. Veo un deseo de huida, un capricho de crío, un intento de evasión, lo veo encaramado a una palmera, escabulléndose del dormitorio, porque quería ver a Tarzán, quería conocer cómo era el hijo de Jane y de Johnny

Weissmüller, y la explosión lo debió de pillar camino de algún cine, o todavía en lo alto del árbol, intentando franquear la cancela, y es por eso por lo que tú lo has visto, pequeña, es por eso por lo que lo han visto el vendedor de todo a cien y la maestra jubilada, porque Pablo no sabe lo que pasó, no sabe que está muerto, y solo entiende que hizo algo malo y el cielo se llenó de fuego, y trata de regresar a la Casa Cuna todavía, pero no encuentra el camino, porque ya no hay Casa Cuna a la que regresar, porque está perdido en la autopista sin carteles que va de la muerte a la vida, y por eso juega a la rayuela o a un juego parecido, el pincho, dijo Lucía, y Chloe dijo que eso era, un juego que simboliza el paso entre el cielo y el infierno, volviendo siempre porque no sabe quedarse en la meta.

El problema era explicarle al niño muerto, si volvía a aparecer, que lo que había pasado no había sido culpa suya, que toda la tristeza y la soledad que venía sufriendo desde hacía cincuenta y dos años se debían a una mala jugarreta del destino, a una casualidad o a un sabotaje, que todavía no se sabía segura la causa del explotijo, pero no a que él se escapara de la Casa Cuna por el deseo infantil de ver una película de Tarzán de los monos y de Jane su compañera. Y ahí podía estar el peligro, en cómo contarle al muerto que muerto estaba, que de cualquier manera seguía siendo un niño de siete años y no lo iba a poder comprender de todas formas, y que podría sentarle hasta fatal. Con esas cosas de la muerte y de la vida no se juega, sentenció Chloe, aunque diera la impresión de que jugando estaban, y lo primero que había que hacer era tratar de recuperar el hilo que había unido a la niña con Pablo, y reforzarlo, y a partir de ahí tratar de que el fantasma comprendiera que su futuro estaba al otro lado de la puerta.

Se marcharon de allí con la promesa por parte de Chloe de que iba a investigar por su cuenta el tema, y tía Patricia le hizo jurar por Snoopy allí mismo a Lucía que no iba a contarle nada de todo aquello a su mami del alma, porque la podía poner a caldo a ella y encima le iba a entrar miedo, que su hermana siempre había sido una cagueta. Lucía estaba tan alucinada, tan perdida en todo aquello que era como si estuviera leyendo un libro de aventuras, como si de verdad se hubiera dado un chapuzón en la playa y hubiera encontrado una ciudad mágica y submarina.

Dos días más tarde la tía Patricia llegó con unos cuantos libros y un montón de fotocopias, y resulta que era verdad, que el día de la explosión estaban pasando en el Cine Cómicó una película de Tarzán, una antigua en blanco y negro, Tarzán y su hijo se llamaba, y hasta trajo una lista de los doscientos y pico muertos en la explosión, y el dato de cuántos niños y niñas había en la Casa Cuna en el momento de la catástrofe, y resulta que eran ciento noventa y nueve niños, ciento diecisiete niños y ochenta y dos niñas, todos con menos de siete añitos, la edad que Pablo todavía aparentaba. Con la explosión habían muerto veinticinco de ellos, más algún maestro y alguna cocinera, y el detalle que faltaba, lo que corroboraba aquella locura: el cadáver

de un niño no había aparecido con los demás. Ese tenía que ser Pablo, que se había escapado del Hogar, haciendo rabona, para ver la película de su héroe favorito, y ni siquiera ya su nombre constaba.

Chloe llamó por la tarde, diciendo que había descubierto además que las palmeras que ahora se alzaban en el edificio nuevo de la Institución eran injertos de las palmeras que no habían resultado calcinadas, las supervivientes de la explosión, la continuación en el presente de los árboles que había habido en aquel sitio. Y luego hizo dos preguntas, una a Lucía, la otra a Patricia: si se atrevía a buscar a Pablo en la plazoleta, aunque ya sabía que podía ser peligroso, y si en la casa tenían video.

Las dos respuestas fueron afirmativas, porque sobre todo lo que no querían ninguna de las tres mujeres era que la criatura siguiera sufriendo tanto, estuviera muerto o estuviera vivo, y allá se apostaron las tres en los jardines de Varela, Lucía leyendo un libro al que no podía prestar atención, Chloe en un banco de espaldas a la avenida, la tía Patricia haciendo como que ojeaba un Diez Minutos. Y en efecto por fin apareció Pablo, con sus pantalones raros y sus alpargatas, y su expresión confusa en la mirada y su pelo al ras, y ella lo llamó y le preguntó cómo estaba, y si se había recuperado del susto de la otra noche, y él se encogió de hombros y miró al suelo, más desconcertado que avergonzado. Lucía ya sabía lo que tenía que decirle, porque Chloe y la tía Patricia se lo habían explicado muy clarito, y le preguntó a Pablo si le importaba acompañarla a su casa, que lo invitaba a merendar pan con chocolate y quería enseñarle su habitación y sus cosas, que no se preocupara, que estaba aquí al lado, y como tenía la canica que era su alma en el bolsillo y la presencia de Chloe reforzaba el vínculo, Pablo dijo que bueno, si era un ratito nada más, y las tres se pusieron en marcha y se llevaron al fantasma hasta la casa.

La tía Patricia trajo el pan con chocolate y un vaso de leche entera, nada de desnatada, y el fantasma de Pablo se sentó en el butacón, y vio por primera vez lo que era un televisor, y lo que era un video, y un frigorífico y un ordenador y un lavaplatos, todas aquellas cosas que no había visto porque no existían cuando él vivía. Y entonces Chloe encendió el video y pulsó el botoncito del mando a distancia y salió el león de la Metro Goldwyn Mayer y sonaron los tam-tams y la música algo estridente, y Pablo se asustó, y al principio se puso nervioso, y hasta incómodo, pero Chloe le dijo que no tenía por qué inquietarse, que esto era un video y esa era la película que siempre había querido ver, y entonces se oyó el grito inconfundible del hombre mono que acudía al rescate del avión caído, y Pablo se quedó embobado mirando la pantalla, mientras Chloe le decía en un susurro que no había sido culpa de él, que había sido a causa de un accidente en mala hora, y que si quería volver con sus amigos ellas le podían ayudar, que le podían hacer pasar la puerta y regresar a la Casa Cuna donde estaban los otros niños, y Pablo decía que sí con la cabeza, mientras el hombre mono que había sido nadador olímpico se balanceaba de liana en liana, que

claro que quería volver, que quería saber dónde habían estado todo este tiempo, toda esta noche tan larga, y entonces Jane, que era Maureen O'Sullivan, cascó un huevo de avestruz en el televisor, y Pablo el fantasma se borró del sofá, como se había borrado la luz en todo Cádiz aquella noche de agosto cuando la explosión interrumpió la película en el Cine Cómicamente exactamente en ese fotograma.

Chloe había conseguido permiso por parte del amigo de una cliente de su tarot o de sus trabajos de quiromancia, y al anochecer entraron las tres en el patio de la Institución, y con una pala de la playa Lucía cavó un agujero al pie de una de las palmeras que habían sobrevivido o eran hijas de las que aquí mismo se levantaban hacía cincuenta y dos años, y allí dentro echó la canica blanca que era el alma de Pablo, con el movimiento en mano de araña que él le había enseñado en el jardín el primer día, cuando la buscó para que le diera la paz eterna sin saber siquiera que la paz buscaba, y luego entre las tres cubrieron el hoyo con una semilla de girasol, para que allí creciera una flor que fuera siempre buscando la luz todas las mañanas, y se volvieron cada una por donde habían venido, y la tía Patricia miró la hora y eran exactamente las nueve y cuarenta y cinco minutos de la noche, la misma hora de la explosión del cuarenta y siete, la misma hora en que el fantasma de aquel niño decía que tenía que volverse a su Casa.

Ya había vuelto a la Casa Cuna, eso lo sabía Lucía, ya había podido reunirse al otro lado de la puerta que decía Chloe con los otros veinticinco niños que habían visto quemadas de cuajo las ilusiones de su infancia. Lucía sabía que había hecho lo que debía hacer, que el destino era como sale en los libros, como te cuentan las historias, y lo mismo que Jim Hawkins había dejado escapar a Long John Silver porque sabía que entre los dos había un vínculo mágico que estaba por encima de sus diferencias, ella había ayudado al niño muerto a encontrar el camino que había perdido, el rumbo del que se había despistado cuando escapó del Hogar en busca de la aventura de un salvaje en África.

Y otra vez volvió Lucía a los jardines, a las tardes que cada vez eran más cortas y más frescas, a sentarse en un banco y jugar con la nintendo o leer libros de Armando Boix, que le gustaban mucho, porque tenían aquella misma mezcla de aventura y de misterio que ella misma había vivido, o a lo mejor lo había soñado, aquel verano que tuvo un amigo fantasma, pero estaba en las mismas, como al principio, sin gente de su edad con la que jugar ni relacionarse, hasta que el quince de septiembre empezaran las clases y conociera a gente nueva, que cualquiera sabía cómo iban a ser, si simpáticos o malages o con mucha guasa, vuelta a la casilla de salida aunque por lo menos el verano ya se terminaba.

Oyó roces en las sombras, risas nerviosas, pasos furtivos de pies con alpargatas, y se volvió y allí vio la figura delgada y las orejas de soplillo de Pablo el fantasma, y detrás de él, corriendo y saltando, dándose palmetadas y jugando al pañolito, un

puñado de niños y niñas vestidos como él, con aquella ropa que ahora sabía que era ropa antigua, o ropa de interno, o ropa prestada, los veinticinco niños que habían muerto con Pablo cuando la explosión, que ahora todos se habían dado el reencuentro, que por fin habían cruzado la puerta y satisfecho la ansiedad de su alma, y Pablo la vio y la saludó y le dijo ven, que te quiero presentar a mis amigos, y Lucía soltó el libro y corrió a conocerlos, para jugar con ellos el resto del verano al tula, al contra, al puli en alto, a la gallina ciega, al pincho y sobre todo a las canicas, y anda que no era una chulada tener una clase entera de amigos fantasmas.

EL PASTOR DE NAVES

Felicidad Martínez

Valencia, 1976.

Ingeniera Técnica en Diseño Industrial y escritora amateur desde temprana edad, principalmente de ciencia ficción, donde destaca su universo spaceoperístico UC-Crow, que sigue desarrollando como juego de rol.

En el 2008 uno de sus relatos fue incluido en la antología Visiones 2007 y escribió la presentación de la novela El Circo de los Malditos de Ediciones Gigamesh. Su relato «La textura de las palabras» en la antología Akasa-Puspa no tardó en despertar el interés y la atención de los aficionados.

Horizonte lunar, recientemente aparecida en Sportula, es su primera novela publicada: un inquietante space opera en su universo de Crow.

Recuerdo el día en que todo cambió.

Acababa de cumplir nueve años y creía, estúpido de mí, que estaba dando el primer paso para convertirme en adulto. Y aunque, en cierta forma, no estaba del todo desencaminado, el proceso no iba a ser, ni mucho menos, como esperaba.

Cuando aquel desconocido entró en casa y habló con mi padre de manera desapasionada, como quien da la hora en la calle, poco podía sospechar que sus palabras, sin sentido alguno para mí, marcarían mi destino para siempre.

—Los informes médicos son concluyentes —dijo—. El niño tiene el síndrome de Gerial. En unos años empezará a mostrar los síntomas. Antes de los veinte será improductivo y terminará por convertirse en una carga para esta colonia.

»Pero tiene suerte. Está en la edad adecuada y los marcadores de inteligencia son óptimos para la implantación. Será útil, después de todo.

—¿Cuándo está previsto que empiece el proceso? —replicó mi padre con los dientes y los puños bien apretados.

—Mañana por la mañana.

—¡Mañana! Eso es absurdo. Necesitamos más tiempo. Nos estáis pidiendo un desarraigo...

—Los preparativos ya están en marcha —interrumpió.

—Pues paradlos.

—Detenerlos supondría una pérdida de costes de producción que la colonia no se puede permitir.

—Pero es mi hijo.

—No. Ya no. Y cuanto antes os hagáis a la idea, mejor para todos.

No le dio a mi padre la oportunidad de seguir protestando. Se marchó sin más.

Cuando pregunté qué había sido todo aquello, mi padre se limitó a revolverme el pelo con afecto y sonreírme con tristeza.

Aquella noche, el llanto incesante de mi madre en su cuarto me acompañó en una extraña velada en la que mis tres hermanos mayores me trataron como nunca: con mimo y atenciones.

A la mañana siguiente, antes de que despuntara el alba, mi padre me sacó de casa con cuidado de no despertar a nadie y, sin mediar palabra ni mirarme a los ojos, me llevó a las afueras, hasta unas instalaciones que jamás había visto, cercadas por un muro de alambre y hierros retorcidos.

Tardé en darme cuenta de lo que estaba pasando; tardé en comprender el significado de aquel simple «Adiós» dicho por mi padre con la voz quebrada. Y cuando quise reaccionar ya no había nada que hacer. Patalear, llorar, berrear... Todo fue inútil. Me metieron en la lanzadera y me despegaron, literalmente, del mundo. Sin explicaciones, sin un gesto amable. Sin nada.

Aunque ahora comprendo lo duro que debió de ser para mis padres el entregarme

de esa manera a los intereses de la colonia, y aunque entiendo el porqué de ese trato desapasionado por parte de los técnicos que me atendieron, a día de hoy, una pequeña parte del niño que fui no podrá perdonarlos jamás.

A veces estoy convencido de que ese sentimiento es lo único que me permite seguir siendo humano. Pero la sensación pasa deprisa.

El viaje fue aterrador. Seis horas de ascenso amarrado a un asiento sin poder moverme, aunque tampoco me atreví a intentarlo. El miedo me tenía preso, y las dudas y el rencor tampoco me dejaban pensar. ¿Qué había hecho mal? ¿Por qué me castigaban de esa manera?

—Lo siento. No lo volveré a hacer. Sea lo que sea, no lo volveré a hacer —repetí hasta la saciedad entre lloros y balbuceos.

De repente cesó el estruendo que me había estado acompañando durante horas, y una extraña sensación de vacío se me columpió en el estómago durante un buen rato. Tenía una sed brutal, y me dolía cada músculo y cada articulación de tanta tensión acumulada.

Entonces caí en la cuenta. La estrecha ventana, por la que apenas me había atrevido a mirar durante el trayecto, ya no mostraba las tonalidades anaranjadas rugientes, sino un negro uniforme que transmitía una calma perturbadora.

Me volví hacia ella, me atreví a mirar y, pasado un rato, la oscuridad quedó salpicada de estrellas. Ni en la noche más despejada recordaba haber visto un espectáculo tan hermoso y embriagador.

Poco después sentí un acelerón que me encogió las tripas, e instintivamente estrujé los reposabrazos del asiento y apreté mucho los dientes. En aquella ocasión, sin embargo, no aparté la vista de la ventana. Y así fue como vi al monstruo.

Al principio parecía una lágrima de metal oscuro y reluciente suspendida en mitad de la nada. Pero conforme el transporte se fue acercando empecé a apreciar no solo su enorme envergadura, sino también sus aristas y salientes, la media docena de tentáculos largos y retorcidos que estiraba y encogía con parsimonia para rascarse la tripa o la espalda, y los cientos de insectos metálicos que lo sobrevolaban como moscas alrededor de un moribundo.

Aquel monstruo fue creciendo más y más. De repente empezó a abrir, con horrenda lentitud, una boca descomunal, y yo comprendí que, por la trayectoria, iba directo a ella.

Chillé, pataleé, intenté soltarme, pero nada funcionó. Aquella bestia iba a tragarme.

El miedo me hizo perder la cordura. Solo podía pensar en las historias que me habían contado de niño, donde el jefe de un asentamiento ofrecía a su hija en sacrificio para aplacar la ira del monstruo. Y ese, sin duda, era yo. Arrancado de los

brazos de mi familia para satisfacer el hambre del dios de los cielos nocturnos. Pero en esta ocasión no aparecería nadie para plantarle cara a la bestia, nadie acudiría al rescate.

Entre gritos y espasmos, envuelto en una oscuridad insondable, fui engullido.

La impresión fue tal que caí inconsciente, no sé durante cuánto tiempo. Solo sé que al abrir los ojos me encontraba peor de lo que recordaba antes de llegar y que, para mi sorpresa, no estaba amarrado al asiento ni al interior del transporte, aunque el cuartucho en que me encontraba era aún más claustrofóbico que el anterior. De hecho, me recordaba mucho el cuarto de la limpieza en el que una vez me encerró la maestra como castigo por una trastada.

Una luz roja cubría el habitáculo con sombras grotescas. Entre lo poco que veía y lo que palpé me di cuenta de que las paredes estaban forradas de estanterías llenas de cubos metálicos. Apenas quedaba un pequeño espacio en el que cabía tumbado y apretujado como un ovillo.

¿Cómo había llegado hasta allí? Ni idea.

¿Estaba muerto? Lo habría afirmado sin dudar de no ser por el hambre, la sed y el dolor que me laceraba el cuerpo.

Me puse en pie; intenté dar con una salida; lloré, pataleé, pero nada surtió efecto.

De pronto se oyó un crujido. Era el mismo sonido desagradable que emitía la radio de mi padre cuando los trabajadores de la fábrica empezaban a transmitirle algún informe.

—¿Has llorado suficiente? —dijo una voz metálica salida de todas partes.

—Quiero ir con mi padre —respondí sin demasiada convicción—. ¡Quiero ir con mi padre! —ordené mientras golpeaba lo que suponía que era la puerta.

—Cuando hayas llorado todo lo que tenías que llorar, informa.

—No. ¡No! —Pataleé la pared.

En respuesta obtuve silencio. Y así durante... ¿horas? Imposible calcular cuánto tiempo estuve encerrado.

Lloré sin descanso, destrocé todo lo que encontré, pataleé, me meé encima, me cagué, me hice un ovillo, y me estrujé y me estrujé el estómago mientras el hambre me agujereaba las entrañas. La sed me agrietó los labios hasta que sangraron y me sacié con el metálico sabor.

Ahora sé que estuve allí tres días.

Un infierno que jamás le haré pasar a mi sucesor.

—¿Has llorado suficiente? —preguntó de nuevo la voz metálica.

Abrí los ojos con dificultad y, con mucha más, conseguí ponerme en pie.

—Sí —respondí derrotado.

Una pared se desplazó lateralmente tras un bufido. Crucé el umbral a tientas, y a la salida me esperaba uno de aquellos cubos metálicos, que empezó a desplazarse con un chirrido muy peculiar por un estrecho pasillo.

Lo seguí como pude, arrastrando los pies y apoyándome en las paredes, mientras una luz rojiza se iba encendiendo durante el avance para apagarse cuando la dejaba atrás.

Recorrer el camino fue tan claustrofóbico como estar encerrado en aquel cuartucho. Enormes tuberías, conductos y cables lo cubrían todo; a veces incluso hasta parte del suelo, lo que dificultaba considerablemente mi avance entre tropiezo y tropiezo. De hecho, algunos tramos eran tan estrechos que dudaba mucho que un adulto pudiera atravesarlos.

Y cuando empecé a respirar con dificultad, debido a la angustia que me provocaba la prolongada falta de espacio, vi por fin una luz blanca al final de aquellas entrañas retorcidas.

Más por inercia que por las pocas fuerzas que me quedaban, conseguí llegar a la cámara. No era especialmente amplia, pero al menos podía ponerme en pie y estirar brazos y piernas sin tropezar con nada.

No había tuberías ni otros obstáculos, pero las paredes estaban cubiertas de monitores, cuadros de mandos, pulsadores de todos los tamaños, formas y colores, marcadores luminiscentes... En el centro había un enorme y aparatoso sillón que me recordó horrores mi última visita al dentista. Así que no me hizo mucha ilusión comprender que los pitidos del cubo que me había guiado hasta allí, más los golpecitos que se daba contra la base del sillón, me estaban indicando que tomara asiento. Asustado y desorientado por el hambre y la sed, al fin me decidí a trepar y arrastrarme con mucho esfuerzo hasta que conseguí acomodarme.

Como recompensa, a la altura de mis hombros salió de la nada un tubito transparente del que empezó a caer agua. Rápidamente me amorré y bebí hasta que, de tanta ansia, terminé por toser.

Poco después, el sillón se movió y pasé de estar casi tumbado a quedar sentado con la espalda bien recta. Seguidamente, del techo descendió una enorme pantalla. De un reposabrazos surgió un monomando, y del otro, un teclado numérico.

Tras un pitido y un parpadeo, el monitor se encendió y me mostró lo que no tardé mucho en identificar como un juego: una pelotita blanca salía de la esquina superior de la pantalla, rebotaba en el borde inferior y ascendía. Cuando desapareció por el lateral derecho, el sillón se sacudió acompañado de un sonido estridente.

La escena se repitió un par de veces más hasta que comprendí el funcionamiento de los controles de mi asiento. El juego consistía en mover las paletas laterales (dos rectángulos blancos verticales) para mantener la pelotita dentro de la pantalla.

Cuando superé el primer nivel obtuve mi recompensa: apareció otro tubo de la nada y de él empezó a caer una pasta blanca que olía a pollo con patatas, y que al comerla dejaba un regusto de manzana con trazas de caramelo. A pesar de la extraña combinación de sabores me supo a gloria, aunque solo pude darle un par de lametazos.

Sin embargo, cuando el juego se inició de nuevo no me hicieron falta más pistas para deducir que por fin podría saciar el hambre y la sed.

Poco podía imaginar que así sería el resto de mi vida.

No sé durante cuánto tiempo estuve viviendo en esas condiciones. Acurrucado en el suelo, pegado contra una pared cuyas luces y procesadores me proporcionaban calor, orinando y defecando en un rincón que luego limpiaban los cubos metálicos, saciando el hambre y la sed con diversos juegos de dificultad creciente, internándome en los pasillos que comunicaban con la sala, a cual más tortuoso, en una búsqueda desesperada de la salida que nunca alcanzaba y que me sumía más y más en la desesperanza.

Sin ventanas al exterior, acompañado siempre de una luz artificial que gradualmente fue bajando de intensidad hasta alcanzar la penumbra sin que me diera cuenta, y sin horario de comidas, dado que podía jugar cuando quisiera para obtener la recompensa, las horas, incluso los días, no existían. Era una pesadilla continua que se prolongaba incluso durante el sueño.

Así fue mi espantosa rutina hasta que en cierto momento, consumido por la desazón, tuve un arranque de locura y empecé a golpearme contra todo aquello que encontraba. Tras abrirme la cabeza con un saliente, perdí el conocimiento.

Cuando desperté, la cámara estaba llena de cubos metálicos que se afanaban en recoger la sangre del suelo y el mobiliario; otros arreglaban los desperfectos y tres se dedicaban a cauterizarme las heridas abiertas. Menudo susto me pegué con estos últimos.

—No vuelvas a cometer una estupidez como esa —dijo la voz metálica que me había hablado aquella vez en el cuartucho.

—¿Y por qué no? —lo desafié.

Como obtuve el silencio por respuesta, cogí uno de los cubos metálicos y me puse a estamparlo contra el suelo.

—¡Basta! —rugió la voz.

—¡Pues contesta cuando se te pregunta!

—Porque el coste es inadmisibile —replicó.

—¿Y qué es eso del coste?

—El gasto que se realiza para la obtención de un bien o servicio.

—¿Eso es lo que soy? ¿Un gasto?

—Eres un recurso.

—¿Y eso qué significa?

—Eres un medio para conseguir un propósito, y que a su vez consume recursos. La finalidad justifica el coste, pero si se encarece, hay que remplazar el componente. Y en este caso la inversión inicial pasaría a fondo perdido. Algo inadmisibile.

—No entiendo nada de lo que has dicho —bufé con frustración.

De nuevo se hizo el silencio y, ante su prolongación, alcé otra vez el cubo que sostenía entre las manos, cuyas ruedecitas chirriaban sin cesar, e hice el amago de golpearlo contra el suelo.

—¡No! —ordenó la voz.

—¡Habla!

—No has formulado ninguna pregunta.

—Explícame qué hago aquí.

—Aprender.

—Aprender, ¿qué?

—Los procesos para ser el próximo pastor de naves.

—El ¿qué?

—Un bien y servicio para la colonia.

—¡No me da la gana!

—No tienes otra opción.

—Me da igual. Quiero irme a mi casa.

—No es posible.

—No me importa.

—Eso no tiene sentido.

—¡No me importa! Mi padre dice que querer es poder.

—Eso es refutable. Si no hay recursos...

—¡Pues los pinto!

—Eso es absurdo.

—¡Porque no tienes imaginación!

Para mi sorpresa, tras un breve e incómodo silencio, empezó a oírse un ruido que parecía una mezcla de estática y entrechocar de rocas. ¿Se estaba riendo, o rugía enfadado? Fuera lo que fuese, me puso la carne de gallina.

—Hagamos un trato —dijo—. Supera el último nivel del juego y pintaré los recursos.

—¿Y si no lo consigo?

—Morirás. Después de todo, ese habría sido tu destino de haberte quedado en casa.

Calculo que pasé tres años en aquella cámara. Y digo «calculo» porque desde

aquella conversación empecé a contar los días en función del sueño. Cada vez que caía reventado añadía una muesca en el suelo cuando despertaba.

La mayor parte del tiempo la pasaba sentado en el sillón.

El juego no parecía tener fin. Cuando creía que lo había superado aumentaba el nivel de dificultad.

Llegué a controlar hasta cuatro monitores a la vez, y no todos mostraban el mismo juego. Estaba el de la pelotita, el de combinar formas y colores, el de las operaciones matemáticas y el de memoria.

Tampoco obtenía siempre la misma recompensa. Lo básico era papilla y agua, y más adelante pude combinar sabores, aromas, colores. También obtenía otras cosas, algunas necesarias como la limpieza en seco, los analgésicos para la fiebre, que el asiento se calentara y quedara totalmente horizontal para no tener que dormir en el suelo... y otras menos necesarias pero igual o más interesantes, como la posibilidad de abrir compartimentos e inspeccionar su contenido, o el desbloqueo de puertas en los pasillos que me conducían a otros pasillos, o el acceso a archivos que aparecían en pantalla y ofrecían lecturas densas sobre meteorología, materiales, recursos, gráficos de población de todo tipo... Aunque no entendía muy bien el contenido, lo devoré igualmente e intenté sacar mis propias conclusiones. Al menos así encontraba algo con que mantenerme entretenido.

Fue precisamente hacia la mitad del último año cuando empecé a tener problemas de movilidad. Primero comenzaron a dolerme las articulaciones; luego surgieron las molestias musculares. Los dedos de las manos, sobre todo, se llevaron la peor parte, lo que supuso una dificultad añadida para superar los distintos niveles del juego. Cada vez intentaba con más asiduidad combinar pantallas para obtener como recompensa los calmantes.

En ocasiones, pies y pantorrillas se me quedaban dormidos, y más de una vez me las vi y me las deseé para desandar el camino y volver a la cámara tras haber explorado un nuevo pasillo.

La incertidumbre y el miedo se apoderaron de mí. ¿Cuánto más iba a durar aquello? ¿Tendría que volver a casa a rastras? ¿Me quedarían fuerzas para intentarlo siquiera?

Hasta que un día, mientras intentaba superar tres pantallas complicadísimas empapado de pies a cabeza por el sudor del esfuerzo, sentí unas terribles sacudidas y todo empezó a bambolearse a mi alrededor. No había cometido ningún error durante el juego, así que ¿a qué era debido?

De repente, los monitores se apagaron y desaparecieron en el techo; las máquinas que tenía delante avanzaron y a continuación se apartaron a un lado; la pared que las contenía se hundió en el suelo y dejó al descubierto una amplia sala contigua; el sillón se despegó de la base y empezó a moverse solo, en línea recta.

La habitación a la que accedí no era muy diferente de la que había dejado atrás. No había sillón en el centro, eso sí, pero en su lugar había una plataforma circular elevada donde supuse que se ajustaría el asiento móvil.

Sin embargo, y contra todo pronóstico, este pasó de largo y apenas se detuvo mientras los ordenadores del fondo se apartaban y la pared se hundía en el suelo para allanar el camino a una cámara circular enorme con grandes ventanales que mostraban un firmamento plagado de estrellas y salpicado esporádicamente por explosiones de luz anaranjada que acompañaban cada sacudida.

Entre temblor y temblor llegué hasta el centro de la sala, donde un sillón, el doble de grande que el mío, giraba en semicircunferencia hacia unas pantallas u otras colgadas del techo. En él había sentado un saco de piel y huesos unido a un cráneo que me pareció deforme, del que salían por todas partes tubos que conectaban directamente con el asiento.

—No es el lugar más seguro ahora mismo —dijo la voz metálica que salía de todas partes. Supe, sin embargo, que se trataba de la persona sentada en el sillón, porque a pesar de no haber movido los labios, se giró hacia mí—, pero te necesito cerca. Tal vez tu movilidad sea útil.

—¿Qué está pasando?

—Nos atacan.

—¿Quién?

—Otra colonia.

—¿Otra colonia? ¿De dónde?

—De otro planeta. Y no preguntes de cuál, porque no lo sé. Mis exploradores no la detectaron.

—Pero ¿por qué nos atacan?

—Por favor, deja de hacer preguntas. Sé que llegamos a un acuerdo, pero no tengo tiempo para darte respuestas. Ahora no.

Obedecí. A pesar de que la voz metálica carecía de entonación, comprendí que no estaba de humor. Y no era para menos. Al activar la palanca de control pude acercarme a los ventanales y así observé lo que sucedía en el exterior: una lágrima de tamaño medio lanzaba fogonazos de luz contra nosotros mientras un enjambre de insectos metálicos atacaba a los del monstruo.

Era un espectáculo hipnótico. Las explosiones se sucedían sin descanso, como un castillo de fuegos artificiales, y los cascotes pasaban de largo o se estrellaban contra cualquier estructura con la que se topasen, provocando desperfectos.

Volví al centro de la sala con la emoción y el miedo trepándome por la boca del estómago. El sillón central giraba frenético de una sección de pantallas a otra. Estas vomitaban cascadas de datos, gráficos y mapas de situación mientras una secuencia de luz rojiza y anaranjada lo bañaba todo, y una estridente alarma me traspasaba los

tímpanos cada vez que un monitor irradiaba un verde intenso.

Algunos de los cuadros de mandos de las paredes empezaron a soltar chispas después de una sacudida, y un enjambre de cubos metálicos salió de todas partes: unos para hacer reparaciones; otros para apagar los pequeños incendios provocados por los cortocircuitos. Yo mismo tuve que bajar de mi asiento, coger uno y alzarlo sobre mi cabeza para que pudiera espolvorear el humo blanco directamente en las llamas.

¿Cuánto duró la batalla? ¿Una hora? ¿Puede que más? Lo desconozco. Solo sé que terminó con una potente luz que travesó los cristales y bañó cada rincón de la enorme sala hasta cegarme, y que la acompañó una sacudida brutal en la que acabé dándome de bruces contra el suelo en un tremendo golpe que me dejó inconsciente.

—¿Qué ha pasado? —dije medio atontado mientras me dejaba acomodar en el asiento con ayuda de los cubos metálicos y unos brazos mecánicos que jamás había visto.

—Una batalla —replicó la conocida voz.

—Eso ya lo sé —gruñí—. Pero ¿por qué?

—Captación de recursos. Debe de tratarse de una colonia antigua y por tanto con las fuentes agotadas. O puede que el planeta en el que se asentaron no fuera tan provechoso como creyeron en un primer momento y ahora necesiten expandirse.

—¿De qué hablas? No entiendo nada.

—Estás cansado. Yo también. Lo mejor es que vuelvas a tu sala, te recuperes y sigas con el entrenamiento.

—¡No! —exclamé antes de dar un salto, ponerme en pie y sujetarme al asiento como buenamente pude antes de caer redondo por el sobreesfuerzo—. Te he hecho una pregunta.

El sillón que ocupaba el pellejo que mucho tiempo atrás debió de ser una persona se volvió hacia mí. Aquellos ojos enormes hundidos en las cuencas se clavaron en los míos. Yo, a pesar de la repulsión, le sostuve la cadavérica mirada.

—¿Cuándo vas a comprender tu papel? —replicó por los altavoces, sin mover los labios.

—Cuando me lo expliques.

—Aún es pronto.

—Y yo creo que es demasiado tarde, así que habla. No soy tonto. Está claro que no puedes levantarte, pero yo conservo la movilidad, así que, si quieres que vuelva a ocupar mi asiento, desembucha.

Tras un largo y tenso silencio, las pantallas del techo parpadearon y se apagaron todas menos dos. Una mostraba una esfera semitraslúcida que giraba sobre su eje, y en la otra se fueron sucediendo imágenes tridimensionales de lo que parecían ser los

insectos y la lágrima enemiga.

—Nuestra colonia ha sido atacada por otra rival —empezó a decir—, probablemente con la intención de destruirla y apropiarse de los recursos del planeta. Mi misión, como pastor de naves, es impedirlo y hacer todo lo posible para que mis protegidos prosperen. Algo no muy distinto de lo que ha intentado el de la otra colonia.

—Pastor de naves... Recuerdo que lo mencionaste hace tiempo. ¿Qué es eso?

—Lo que ves.

—¿Y qué es lo que veo?

—¿Te refieres a mí?

—Sí

—Soy el corazón de esta nave, y ella es el cerebro del mundo del que procedes. Desde aquí controlo los cambios, estudio los yacimientos, las posibilidades de mejora y expansión, y doy instrucciones a los habitantes sobre dónde es mejor que construyan una mina, dónde deben instalar los campos de cultivo, qué animales son más aptos para la ganadería, cuándo deben resguardarse de un temporal, qué necesitan construir y dónde, qué oficios son más necesarios, qué tecnologías deben desarrollar...

»Los instruyo, les envío los datos a la consola principal de cada asentamiento y, con los recursos que solicito y que me mandan por lanzadera, erijo las defensas apropiadas, construyo exploradores para que cartografíen el espacio, localizo otras colonias y ataco a las que considero más débiles, bien para hacerme con sus recursos, bien para evitar que nos planten cara. Esa es la labor de un pastor de naves.

Llegó mi turno de quedarme en silencio y pensar bien lo que me acababa de decir.

—¿Eres humano? —fue lo único que se me ocurrió preguntar.

—Lo fui. Ahora soy una pieza integrada de esta nave.

—¿Y por qué estoy aquí?

—Porque el cerebro humano tiene una vida limitada y tampoco sabemos cómo prolongar su existencia fuera de un cuerpo. El mío se deteriora. En menos de una década seré un gasto más que una contribución, así que hará falta un remplazo: tú.

—¿Por qué yo?

—Porque estás enfermo.

—¿De qué?

—Ya has empezado a notar los síntomas. Las articulaciones no te responden como antes. En un año, tus huesos no soportarán el peso del cuerpo y los músculos no te responderán. Tal vez puedas realizar acciones sencillas, pero poco más. Tu movilidad quedará condicionada al uso que des al sillón, pero tu mente quedará intacta, encerrada en un cuerpo atrofiado.

»Ahí abajo, en el planeta al que tanto deseas regresar, nadie invertirá recursos en

ti porque el coste de manutención es demasiado elevado para alguien que no es productivo. Aquí, sin embargo, tu motor, el cerebro, es indispensable y ha demostrado de sobra que es viable. Si lo ejercitas correctamente, me sucederás. Es lo que hay.

—Pero... Pero...

—He pintado los recursos. Casi nos cuesta la aniquilación. He mandado a los exploradores, pero sigo sin saber de dónde venía el ataque. Puedo usar la lanzadera modificada para llevarte sano y salvo al planeta y recoger al próximo niño elegido, y trabajar en él a pesar de los años de retraso para la implantación; o puedo reutilizar las piezas y empezar a fabricar las defensas que hemos perdido durante la batalla. A fin de cuentas, nada nos asegura que no habrá una segunda ofensiva, y ahora mismo estamos desprotegidos. Pero tú decides.

Me mordí el labio y apreté los puños. Tenía la maldita sensación de que intentaba hacerme sentir culpable, y en cierta forma así era. Aunque no quisiera mirar hacia ese lugar incómodo, sabía que él tenía razón por mucho que las tripas siguieran tirando de mí hacia el hogar. Al fin y al cabo, ese había sido mi propósito durante los últimos años, mi razón de vivir, así que no iba a tirar tanto esfuerzo por la borda, sin más.

—¿Puedo pensarlo? —respondí con inseguridad.

—¿Qué tienes que pensar? La elección es fácil: morir sin dignidad ahí abajo, rodeado de tu querida familia mientras ves en sus ojos como poco a poco el atenderte se convierte en una carga tediosa, o morir con un propósito aquí arriba, ser útil a la colonia, protegerla mientras puedas.

»¿De verdad es una decisión tan difícil de tomar?

Lo fue. Lloré durante días antes de darle una respuesta. Desde el minuto uno supe que quedarme era la mejor opción, pero necesitaba tiempo. No para pensarlo, sino para asumir las consecuencias de aquella decisión.

Jamás volvería a ver a mi familia; jamás disfrutaría de la compañía de otros; jamás podría soñar con tener una vida normal, equivocarme, aspirar a algo más... Acabaría confinado en aquel enorme sillón sin más compañía que mi sombra.

Y cuando más se impacientaba él, pidiéndome cada poco una respuesta, más ganas me entraban de mandarlo todo al garete y exigir que me dejara marchar.

No me atreví al final, claro, pero me arrepentí durante mucho tiempo y desde el mismo instante en que, cuando accedí, lo primero que conseguí fue que el sillón me llevara a la sala intermedia y descendieran cinco pantallas del techo. Sin preámbulos, sin explicaciones.

Año y medio después, mi vida estaba atada al sillón. Además de las durísimas pruebas que acaparaban cada vez más mi atención, había perdido ya la movilidad, tal como me advirtió el pastor. Ni siquiera era capaz de utilizar los mandos. Controlaba

las pantallas con el parpadeo, el movimiento de los ojos y un tubo flexible situado cerca de la boca. Tampoco el día en que la colonia enemiga nos volvió a atacar pude acceder, como en aquella ocasión, a la sala principal. ¿Para qué? Ya no podía levantarme del asiento y ayudar a los cubos metálicos a apagar incendios.

—¿Qué sucede? —pregunté tras la primera sacudida.

Las pantallas parpadearon y pasaron de mostrarme los diversos juegos a vomitar cascadas de datos, gráficos y mapas de situación. Después de un vistazo rápido comprendí que la cosa no pintaba bien.

—¿Estás seguro de que es la misma colonia que la otra vez? El diseño de algunos de sus insectos es diferente.

—Porque son naves tripuladas.

—Y eso, ¿qué significa?

—Que no las dirige un pastor de naves.

—Entonces, ¿quién las controla? ¡Espera! —Caí en la cuenta, horrorizado—. ¿Me estás diciendo que hay gente ahí dentro? ¡Estás matando personas!

—No puedo permitir que lleguen a la atmósfera del planeta. Si esas naves consiguen aterrizar, masacrarán a los colonos.

—Pero ¿por qué querrían hacer algo así?

—Porque yo proveo de información a la colonia, y si no pueden anularme desde aquí arriba, intentarán cortar la transmisión de datos desde abajo.

—¿Cómo?

—Conquistando las instalaciones en las que se encuentra el ordenador de enlace con esta nave. En cuanto la colonia esté a ciegas, podrán atacar desde cualquier punto sin anunciarse.

—¿Y si eso sucede...?

—No puedo seguir respondiendo a tus preguntas. Me restas capacidad de reacción. Esto no es uno de tus juegos. Imagínate el peor escenario y ayúdame a solucionarlo. Sé útil por una vez.

A pesar de que sus palabras carecían, como siempre, de entonación, se me antojaron como una bofetada que escoció con un enorme sentimiento de culpa. Estaba actuando como un niño y se suponía que había dejado de serlo desde que acepté mi papel.

Pero ¿qué podía hacer? No estaba preparado. Aún no. ¿Cómo iba a ponerme a «jugar» con el destino de toda esa gente? ¿Cómo iba a ayudarlo a matar?

—Te acabo de transferir parte de los procesos de control de la colonia —me dijo—. Analiza la información que te estoy enviando y transmite las órdenes que consideres oportunas.

El corazón me latía a mil por hora. Me costó calmarme y encontrar sentido a aquella oleada de datos que cubría las cinco pantallas. Los segundos iban pasando y

me sentía incapaz de reaccionar, lo que acentuaba la terrible sensación de que mi indecisión podría provocar la muerte de colonos y, al mismo tiempo, si hacía algo podría cometer un error irreversible.

—¡Reacciona! —gritó.

Parpadeé y me imaginé sacudiendo la cabeza. Seguidamente mordisqueé el tubo de goma y empecé a informar a la colonia de lo que estaba pasando antes de empezar a transmitir órdenes.

Calculé los posibles puntos de entrada de las naves tripuladas, reforcé las defensas de las instalaciones principales, mandé hacer acopio de armamento y munición, dispuse las milicias, aconsejé a los civiles que se refugiaron en los edificios que consideré más seguros ante un ataque, y estudié la orografía para localizar las zonas hacia las que empujar a las fuerzas atacantes y situarlas en una posición desaventajada en caso de que alguna nave llegara a aterrizar.

Una vez cogida la dinámica, todo se convirtió en un juego, impersonal. Los colonos pasaron de ser personas a simples efectivos, recursos; las muertes se volvieron meras estadísticas; el cambio de estrategia del enemigo, un nuevo nivel de dificultad.

Seis horas nos costó derrotar a las fuerzas invasoras, y vencer al enemigo final, dieciséis más. Y es que en aquel año y medio el pastor de naves había estado enviando insectos de ataque a la colonia rival. Yo mismo lo ayudé a coordinar el ataque simultáneo en ambos frentes.

Destruimos a su pastor; dejamos a sus colonos ciegos, y menos dos años después, nuestras naves tripuladas alcanzaron el planeta enemigo y lo conquistaron. La partida había terminado.

Hasta que me puse a estudiar con atención los datos que estábamos recibiendo sobre las características de nuestra nueva adquisición no comprendí el porqué de aquel ataque a la desesperada por parte de nuestro rival. Con toda la información recopilada recompuse una historia que difería de la que yo creía, lo que me provocó una picajosa desazón.

—¿Alguna vez has establecido comunicación con otro pastor? —pregunté sin darme cuenta, mientras corroboraba por tercera vez el resultado de mi estudio.

—No. ¿A qué viene esa pregunta?

—¿Siempre es así?

—¿El qué?

—Cuando los recursos son escasos, ¿se intenta tomar por la fuerza los de otros?

—Siempre.

—¿Por qué?

—Porque no hay otra manera.

—¿Por qué? ¿Nunca has intentado negociar?

—¿Negociar?

—Mira los gráficos. Podríamos habernos evitado el enorme coste de esta guerra de haber llegado a un acuerdo. Tenemos suelo fértil de sobra. Podríamos haber cambiado parte de nuestra comida por recursos energéticos. A poco que lo pienses, hemos tenido suerte. Si hubiesen retrasado el ataque otro año, habrían construido naves de sobra para aniquilarnos.

—Su pastor de naves se impacientó. Mejor para nosotros. No le des más vueltas.

—Pero... debe de haber otra manera. Si hubiéramos colaborado tendríamos una nave más y a su pastor perfectamente entrenado. Dos colonias unidas, por fuerza, deben de ser más eficaces que una. Imagina las posibilidades. Los demás insisten en seguir en solitario, pero si nosotros...

—Como dijiste una vez —interrumpió—, no tengo imaginación. Cuando me sucedas, actúa como creas conveniente. Pero cuando llegue ese momento hazte la siguiente pregunta: ¿estarás dispuesto a correr el riesgo y poner en peligro a toda la colonia solo para averiguar si es posible un entendimiento que ningún otro pastor ha intentado jamás?

«Sí», pensé sin dudarlo.

Seis años después, mientras aprendía a controlar dos sectores de pantallas, la pared del fondo se hundió en el suelo, y el sillón se despegó de la base y me llevó a la sala principal.

Estaba hecha un desastre.

Muchos de los ordenadores estaban apagados y de tanto en tanto se acercaba a ellos un cubo con alguna pieza para incorporársela o soldársela. Otro destripaba un cuadro de mandos y se llevaba algún componente fuera de la sala, tal vez a algún otro aparato que necesitase reparación.

Había machas oscuras, de impacto, e incendios por todas partes. De los enormes ventanales del fondo, tres estaban sellados con chapas metálicas.

Recordé lo que el pastor me había dicho la otra vez. Aquella sala no era la más segura en una batalla. Lógico por otro lado. Si se consigue destruir al pastor, todo lo demás viene rodado. Así que aquel día el coste fue más alto de lo que había calculado.

Al llegar al sillón central descubrí el cadáver.

Estaba cubierto de feas cicatrices, probablemente producto de las quemaduras provocadas por los cubos para cauterizar las heridas. Me asombró que aquel maltrecho saco remendado aguantara tantos años e intenté no imaginarme el terrible dolor que debió de acompañarlo todo ese tiempo.

De repente, los tubos se desacoplaron del cuerpo con un silbido, se abrió una trampilla a los pies de la base, el sillón empezó a inclinarse y el pellejo se escurrió

hasta desaparecer por el agujero. Tan en silencio como había muerto.

Seguidamente aparecieron unos brazos robóticos que me levantaron del asiento y me acomodaron en el nuevo trono.

Una hilera de agujas salieron de la nada y me taladraron de pies a cabeza.

En menos de un minuto había caído inconsciente.

Al despertar tenía el cuerpo cubierto de tubos y una sensación de poder descomunal. Las pantallas se activaban y desactivaban acordes a mis caóticos pensamientos. No tardé mucho en comprender que se me había transferido el control total de la nave.

Chorros de información aparecían ante mí; cientos de procesos solicitaban mi aprobación. La sensación era abrumadora.

Estaba claro que el anterior pastor de naves había muerto antes de que terminase mi entrenamiento. Tenía que ponerme al día cuanto antes o sería fatal para el bienestar de la colonia.

Pasaron horas antes de que encontrara treinta segundos solo para mí, y consumí veinte en asimilar lo que me había sucedido y las implicaciones.

Me imaginé sonriendo con tristeza.

—Nunca supe tu nombre —logré decir antes de agotar mi último segundo de descanso.

Han pasado veinte años desde que me convertí en pastor.

Veinte años en los que apenas he tenido tiempo de pensar en otra cosa que no sea recopilar datos, entrecruzar información y transmitir órdenes.

De tanto en tanto me he permitido unos segundos solo para mí.

Ya no sé si echo de menos la compañía humana, el consumir valioso tiempo en comentar trivialidades.

Ya no recuerdo la cara de mis familiares y me sorprende a veces pensando que es irrelevante.

¿Lo es?

Mi cuerpo, eso sí, empieza a resentirse.

He solicitado un replazo.

En breve estará aquí.

Es curioso. Jamás me he preguntado cómo empezó todo ni por qué se estableció así.

No he encontrado ni un solo archivo que hable de historia.

Nada sobre los pastores de naves, nada siquiera sobre la colonia.

Tampoco de lo que recuerdo que llamaban arte o literatura, ya que estamos, pero eso es irrelevante.

Ah... Lo he vuelto a decir.

La maldita palabra.

Pero ¿de verdad lo es?

¿Irrelevante?

Tengo todo lo que necesito saber. ¿Verdad?

Lo justo y necesario para salvaguardar la colonia y cumplir mi función.

Entonces, ¿por qué estoy archivando estos pensamientos?

Apunte: Estoy cansado.

Anotación: Usar frases cortas. Consume menos tiempo.

Anuncio: El remplazo ya ha llegado.

Añadido: Debo hablar con él.

Un pastor de naves, eso es lo que soy.

Un servicio. Es como me consideran los de abajo.

Pero sé la verdad. Vosotros sois los recursos. Yo controlo vuestra vida.

Información entrante: Detectada colonia rival.

Reviso los últimos datos recopilados.

Estamos en una época próspera; he mejorado las defensas considerablemente.

Calculo los costes.

Puedo correr el riesgo.

Llamada entrante: Quiero irme a mi casa. ¡Quiero irme a mi casa!

No tengo tiempo para contestar al remplazo.

Debo establecer contacto con la otra colonia, poner a prueba mi teoría, establecer comunicaciones.

Llamada entrante: ¡Dejadme salir!

Devolver llamada: Cuando te calmes, hablaremos.

Orden: Silenciar llamadas internas.

No puedo distraerme. Ahora no.

Soy un pastor de naves. Mi tiempo es valioso.

Orden: Ejecutar llamada a colonia rival.

Orden: Dar de comer y beber al remplazo.

EN LA MENTE DE DIOS

Rodolfo Martínez

Candás, 1965.

Rodolfo Martínez publica su primer relato en 1987 y no tarda en convertirse en uno de los autores indispensables de la literatura fantástica española, aunque si una característica define su obra es la del mestizaje de géneros, mezclando con engañosa sencillez y sin ningún rubor numerosos registros, desde la ciencia ficción y la fantasía hasta la novela negra y el thriller, consiguiendo que sus obras sean difícilmente encasillables.

Ganador del premio Minotauro con Los sicarios del cielo (ahora en Sportula como Este incómodo ropaje), ha cosechado numerosos galardones a lo largo de su carrera literaria, como el Asturias de Novela, el UPV de relato fantástico y, en varias ocasiones, el Ignotus (en sus categorías de novela, novela corta y cuento).

Su obra holmesiana, compuesta hasta el momento de cuatro libros, ha sido traducida al portugués, al polaco, al turco y al francés y varios de sus relatos han aparecido en publicaciones francesas.

En 2009 y con El adepto de la Reina, inició un nuevo ciclo narrativo en el que conviven elementos de la novela de espías de acción con algunos de los temas y escenarios más característicos de la fantasía.

En la mente de Dios, quizá él no está aquí y ahora, con el frío cañón de su pistola en la boca y el dedo en el gatillo.

En la mente de Dios, los acontecimientos son un mazo de cartas que se baraja una y otra vez.

En la mente de Dios, se dice, acaso los pocos que le conocen no piensan que es un ser frío, impasible, que cumple con su deber sin pestañear, sin que el pulso se le altere o le cambie la expresión; una criatura sin emociones, totalmente entregada a su deber, que no cuestiona jamás las órdenes y las ejecuta con una precisión que pone los pelos de punta.

En la mente de Dios, sin duda no estuvo en el montículo con el corazón hirviendo de rabia, el ojo en el punto de mira, el dedo ansioso alrededor del gatillo, los dientes apretados y la respiración convertida en un murmullo afilado y ronco.

En la mente de Dios, al fin y al cabo, el tiempo es un puñado de fichas de dominó que nunca se mezclan de la misma manera.

En la mente de Dios, seguro que él no cumplió la orden que le dieron, no se acercó a la casa de la actriz, no entró, no esperó oculto a que ella llegara, no la drogó y no provocó su muerte; y, sobre todo, no vio sus ojos frágiles cerrarse para siempre, no contempló una última vez aquel rostro desvalido que nunca había encontrado el padre que buscaba, no se maldijo a sí mismo por lo que acababa de hacer y no se fue de allí con una cosa hambrienta y rabiosa creciéndole poco a poco en las tripas.

En la mente de Dios, es posible que él jamás se arrepintiera de lo que acababa de hacer, que nunca cuestionase la orden que le dieron, que ni por un solo instante pensase en la vida quebradiza que acababa de romper para siempre.

En la mente de Dios, tal vez nadie estuvo en su casa, nadie la mató, nadie la impidió envejecer y destruir su leyenda con su propia vida.

En la mente de Dios, después de todo, el universo es un dado de caras infinitas que siempre está cayendo.

En la mente de Dios, quién sabe si la ira fría y ansiosa que nació en su vientre aquella misma noche no apareció jamás, si el dolor que a partir de entonces desgarraba sus entrañas cada vez que respiraba nunca existió, si el recuerdo de una última mirada, justo antes de adentrarse en el país desconocido de cuyas fronteras nadie vuelve, no atormentó su mente.

En la mente de Dios, a lo mejor él ni siquiera estaba allí por aquella época; ocupado, por qué no, en derrocar un régimen de izquierdas en el Sur o poner en el sillón del poder a un tirano de baratillo en el Este.

En la mente de Dios, piensa, puede que él no haya nacido jamás.

En la mente de Dios, existe la posibilidad de que él no haya estado en aquel montículo en Dallas quince meses más tarde, ansioso por apretar el gatillo y borrar para siempre de la existencia al hombre que dio la orden de matarla, la orden que él

cumplió, la orden que, a partir de aquel momento, llenó su vida de la imagen de unos ojos tristes, un rostro de belleza frágil y un último suspiro lanzado hacia la nada, la orden que convirtió su existencia en una guarida de fantasmas desconsolados de la que no puede escapar.

En la mente de Dios, no hay nada que haga imposible la idea de que él y ella no fueron más que dos personas anónimas y grises que quizá se conocieron o quizá no, que tal vez se amaron o se resultaron indiferentes, que a lo mejor se hicieron daño o se curaron sus heridas.

En la mente de Dios, es muy probable que todo haya ocurrido exactamente igual a como pasó.

En la mente de Dios, ¿estará llorando cuando introduzca el cañón de la pistola en su boca; seguirá contemplando su mente esos dos ojos desvalidos que lo van a acompañar incluso al otro lado de la muerte cuando apriete el gatillo y sus sesos hayan decorado el papel pintado barato de la habitación del hotel?

En la mente de Dios, todas las balas disparadas al vacío acaban, tarde o temprano, encontrando su destino.

**UN MAÑANA MEJOR
(VERSIÓN DEL ESCRITOR)**

Manuel Miyares

Santander, 1977.

Técnico superior en ASC, ha colaborado con sus poemas en la revista Absenta poetas así como también publicado en las antologías poéticas Verano encantado, Atardecer sereno, Noche otoñal y Un paseo entre versos.

En Sportula ha publicado la novela corta Garaje 451 y la novela Entre las cenizas.

Cuando me reuní conmigo mismo y me ofrecí hacer una versión revisada y con tres palabras más de extensión mi respuesta no se hizo esperar:

—Claro, hagámoslo.

Habían sido semanas muy duras en las que tuve que meterme en la piel de un protagonista de una gran complejidad. Para ello me iba todas las mañanas a la pescadería y me sentaba a observar los comportamientos de la gente. Estuve una semana entera mirando un cangrejo colocado sobre unos finos cuadrados de hielo. Con ello comprendí lo inescrutables que podían llegar a ser sus sentimientos... y que el género no se renovaba muy a menudo.

No estaba demasiado dispuesto a volver a pasar por ese duro reto que casi supuso mi abandono como dramaturgo, pero por otro lado había madurado durante esos días y decidí que me debía, no solo a mis lectores, sino a la humanidad. Es por eso por lo que no dudé cuando, por sorpresa, me lo ofrecí.

*Y es por eso por lo que ahora podréis disfrutar nuevamente de *Un mañana mejor* (Versión del escritor). Creo que esas tres palabras de más dan un nuevo sentido a la narración, una nueva forma de comprender la obra y una manera distinta de interpretar el mensaje que *El Intento de Relato* os lleva hasta la comodidad de vuestras casas.*

Espero que lo disfrutéis tanto como yo lo hice mientras creaba arte con la única ayuda de la imaginación y unos hongos que crecieron en mi yogur.

La nave llegó finalmente a su destino. Sí. ¿Pero a qué precio? El cadáver del capitán Strelok yacía a escasos metros de mí. El ingeniero de a bordo había atravesado el parabrisas y su cuerpo pertenecía ahora a las rocas sobre las que había aterrizado. La *stripper* contratada para el viaje intergaláctico no podría ya bailar más sobre la barra fija... Por lo menos no sin rampa de acceso.

Intenté permanecer consciente mientras una nube de arena penetraba por las heridas de mi cara. Éramos la última esperanza para la tierra. Nos consideraban héroes muchos meses antes de iniciar nuestra particular epopeya. Demasiado peso en los hombros de unos simples humanos.

Los recursos de la tierra amenazaban con acabarse. El agua se había puesto en huelga, el viento solo cubría servicios mínimos y las frutas habían protagonizado el piquete sindical más sanguinario jamás visto. Yo, por aquel entonces, un modesto antidisturbios que había sido obligado por sus superiores a actuar con contundencia sobre ellos. Solo cumplía órdenes. Pero entonces, ¿por qué me perseguían las imágenes de las naranjas que aporreé? Me lavaba las manos tres veces al día creyendo que todavía estaban manchadas de su jugo. Las pesadillas eran solo un reflejo de la realidad que viví. Quizás fuera eso lo que estaba acabando conmigo. Quizás mi alcoholismo.

Eran en todo caso preguntas que no quería responder. El vídeo en que me personé en la ONU proponiendo salir de nuestra atmósfera en busca de un crustáceo inteligente que tomase el mando batió récords de visitas en Youtube. En la ONU se rieron de mí... ¡Gilipollas! Meses más tarde se aprobó el acta 3719. Se aprobaba el proyecto «Vida nueva». Explorar los confines de lo desconocido en busca de un planeta que presentase condiciones de vida viables para los seres humanos. El esfuerzo de todas las naciones hizo posible la creación de la nave más tecnológicamente avanzada que había visto el hombre.

Solo yo parecía saber la verdad. No buscaban planetas habitables, buscaban crustáceos inteligentes. Demasiado orgullosos para reconocerlo. Fueron tiempos de dura preparación. Millones de personas que cada semana abandonaban debido a las brutales pruebas selectivas. Prueba de esfuerzo físico máximo, maratón, peleas en barro, desfile en bañador, test de umbral del dolor, caligrafía avanzada, pilotaje bajo condiciones atmosféricas terribles, concurso de tartas, pruebas psicotécnicas, concursos de popularidad...

Nunca lo reconocerán oficialmente pero fue mi tesina en la que presentaba un cuadernillo rubio de sumas con decimales la que les convenció quien debía estar al mando... No sabría explicarlo pero con el tiempo esos recuerdos habían fermentado dolorosamente en mi interior.

Una sombra en el horizonte me devolvió al presente. Un alienígena cuadrúpedo se acercaba con calma a mí. Su rosada y suave lengua parecía esconder una letal amenaza. Su cola se movía de un lado a otro con celeridad. Podría tratarse de una suerte de radar y arma defensiva a la vez. La preparación hacia que mantuviese la mente clara pese a mi precaria situación.

Lo vi con claridad cuando ya estuvo encima de mí. Demasiado tarde para una maniobra evasiva que, por otro lado, no había pensado realizar por pereza. Los estudios científicos sobre las posibles morfologías de habitantes extraterrestres hicieron que lo reconociese de inmediato. Un San Bernardo. De Gran tamaño. Orejas caídas. Mirada ausente. Barril de ron en la correa. Pelaje marrón y blanco. «El mejor amigo del hombre», expresé con dificultades mientras una sonrisa luchaba por aflorar

en mi rostro. Agarré el barril de ron y lo vacié de un largo trago sin abandonar mi yacente postura. Subí la cabeza y contemple la mirada indiferente del can. «Y viene con un perro», logré añadir mientras me incorporaba.

El San Bernardo pareció rezongar y protestar por la pérdida del etílico contenido del barril. Debía mostrarme firme y no parecer dispuesto a negociaciones. No con cualquiera. En esos momentos yo era el máximo representante de los intereses de la tierra. Adopté postura marcial, saqué pecho y me expresé con mí más enérgico tono.

—Llévame ante tu líder.

El San Bernardo caminaba perezosamente sobre el devastado páramo. Evaluación inicial: profesional altamente preparado. Una máquina de guerra perfecta. Recordé cómo intentaron convertirme en lo más parecido a un asesino implacable. Inyecciones de células madre diarias para conseguir una regeneración inmediata de cualquier daño. Intentos de recubrir mis huesos con un exoesqueleto virtualmente indestructible. Garras retráctiles ocultas en el dorso de la mano. Dos conclusiones. Leían demasiados cómics. Y nunca te fíes de una subcontrata.

Resultados del doloroso procedimiento. Inyecciones diarias de una mezcla de solución salina y laxante: colón limpio (siempre es una preocupación menos), irritación anal y un profundo odio hacia los ingenieros genéticos que me procuraron el procedimiento. Regeneración parcial de células epiteliales en fase tres del proyecto, la crema exfoliante había dejado los poros limpios. Odio hacia los ingenieros: sofocado.

Exoesqueleto indestructible: la mayor cantidad de fotógrafos que había visto en mi vida me cegaba con sus flashes mientras el concejal de urbanismo y la ministra de igualdad posaban con sonrisa de satisfacción. Por mi parte logré esbozar una mueca mientras yacía tendido sobre una mesa de quirófano. Juntaron las manos e hicieron una dolorosa incisión en el vientre con el bisturí mientras los presentes aplaudían. Instantes después todos, equipo médico incluido, desaparecieron, dejándome absorto en lo que ampulosamente denominaría «mis pensamientos». Logré inclinar la cabeza hacia arriba y para mi sorpresa, me encontré con una pegatina sobre el lado del vientre que no me habían rebanado. En ella observe la fecha de finalización del proyecto y el presupuesto para tal acometida. «Hijos de puta». Tiempo después me comentaron que el presupuesto se elevó diez veces más de lo proyectado pese a que únicamente me colocaron velcro en la herida abierta para cerrarla.

Por lo visto también hubo problemas con los cimientos, al estar sobre una superficie arenosa y a causa de la inesperada construcción de rotondas a lo largo del intestino grueso y de diferentes arterias y venas. Dijeron que así solucionaron posibles problemas circulatorios.

Clara conclusión: si quieres que algo salga bien procura que no haya políticos por medio.

Garras retráctiles ocultas en el dorso de la mano: según el médico de la seguridad social «Operación a plena satisfacción». Soldaron en cada mano una navaja multiusos, de tal manera que al doblar la mano hacia abajo lograba que asomasen un tenedor, una cuchara o un palillo para los dientes. Quedé especialmente satisfecho de los resultados pese a que no lograba controlar tan avanzada tecnología y por ende la herramienta que asomase era por puro azar y no por deseo de sacar ese utensilio en concreto. Había que reconocer que cuando utilizaba ese mortal arma mi aspecto resultaba insultantemente amenazador. Para redondear el elemento disuasorio me dejé las patillas largas.

Vuelta al presente. Cuando creía que no aguantaría más la visión del bamboleo testicular de la amenaza extraterrestre logré divisar construcciones alienígenas. Tejados a dos aguas y paredes de ocume toscamente pintados de llamativos colores. Todas parecían tener una única entrada con forma de puerta pero sin puerta. Tomé nota mental. Los habitantes parecían tipos confiados... o habían logrado erradicar la subcultura criminal tan propia de mi planeta de origen. Todo apuntaba a una civilización avanzada.

Con la mandíbula tensa apreté los puños hasta notar el arma multiusos apretándose contra la piel. La teoría de la evolución me enseñó que las especies más dotadas sobrevivían. Y no me refería a los bamboleantes testículos del San Bernardo. O creo que no. Nunca leí *El origen de las especies*. Recé porque esta nueva y extraña raza también hubiese aprovechado las clases de Ciencias Naturales del nuevo plan de estudios para intentar ligar con la compañera de pupitre mediante la capacidad para escupir un chicle al aire y lograr recogerlo con la boca (en ocasiones sin mediar rebotes contra el suelo).

El San Bernardo me guió hasta una caseta de techo alto. A estas alturas estaba ya rodeado por extraterrestres que meneaban la cola trasera de un lado hacia otro. Tal vez un intento de lograr cobertura. Quizás una muestra más de lo evolucionado de su sistema de comunicaciones. Momento de probar a comunicarse con ellos. Y una siempre agradecida oportunidad para bajarme los pantalones. Por una vez estaba justificado.

Saque mi aparato genital y probé a moverlo de un lado a otro. Gracias a unos generosos golpes de cadera el miembro realizó escorzos y giros nunca antes logrados hasta la fecha. Redondeé la actuación poniéndome de perfil y haciendo sombras chinescas únicamente con él y sus dos fieles acompañantes. Ante la escasez de personajes de que disponía interpreté *Esperando a Godot*. Era como volver a estar en la representación navideña del instituto.

Cuando acabé mire a mí alrededor en busca de una respuesta a mi proposición de paz. Solo encontré indiferencia. Un perro olisqueaba el trasero de otro con deleite, varios de ellos dormitaban sin fingir interés alguno y el resto se ladraban en una

discusión sin interés alguno. Revolví en mi memoria. Tal vez se tratase de un rito ancestral ya realizado por los primeros homínidos. Algo que diese lugar a comportamientos tan primitivos debía tener un símil terrícola. Lo acabé encontrando. Imágenes que llenaban de desolación e indignación a la gente. Impotencia ante la estulticia (era mi palabra del día) que contemplaban a intervalos regulares. Una siniestra sombra que reclamaba parte de sus bienes para tan pernicioso espectáculo. Me hallaba sin duda ante un Congreso de Diputados.

DÍA 7

La pacífica convivencia ejercía un efecto balsámico sobre mí. Emplear el día en rascarme la oreja con ayuda de mis cuartos traseros era un magnífico ejercicio a nivel mental y físico. Un irresistible desafío. Pese a que algunos de mis anfitriones se jactaban de sus habilidades atléticas obsequiándose con generosos lametazos en sus partes genitales logré mantener la sangre fría y no entrar en provocaciones. El haberles mostrado la verdadera utilidad del dedo prensil podría haber enrarecido una cumbre como aquella en la que me hallaba... Además de elevar un punto más el tono de este relato en principio concebido como juvenil.

DÍA 8

Creo haber establecido el ritmo circadiano del planeta. Me hallo en una fase de días de dos horas, seguidas de noches sin oscuridad de dos horas. Unos tres días seguidos. Después se pasa a una fase de días nocturnos de dos horas y diurnos en oscuridad de otras dos. Así otros tres días seguidos. Por fin he logrado establecer el calendario. Me pregunto si en días próximos podre establecer el tiempo verbal en que escribir el diario.

DÍA 9

Momento de aprovechar la fase nocturna con luz para hacer un reconocimiento más amplio del territorio. Agarré una extraña piedra de forma esférica que parecía estar en fase de pubertad debido a su tacto áspero y velludo. El líder se dirigió hacia mí con tono apremiante. Sabía que se trataba de una especie de corona o fetiche de poder para ellos. Me rodearon con impaciencia. Alguno de ellos incluso intento saltar sobre mí. Nueve días en un planeta y ya había establecido un golpe de estado.

Con todas mis fuerzas lancé el brazo hacia adelante, los perros corrieron con desesperación. Quien recogiese la piedra amarilla y peluda sería el nuevo Rey. Esa al menos era mi teoría.

Corrí en dirección contraria antes de que se diesen cuenta de mi ardid. La piedra continuaba en mi poder. Una jugada sagaz, sí, pero arriesgada. En caso de volver a encontrarme con ellos tendría algo que negociar gracias a mi astuta maniobra.

DÍA 10

La noche luminosa había dejado paso al día sin oscuridad. Ya no podría ampararme en las sombras luminosas para ocultarme. Y sabía que era cuestión de tiempo que descubriesen mi triquiñuela. No obstante decidí dedicarme unos momentos de recreación. Mi artimaña había sido de una astucia sin igual. No volverían a subestimarme. Ya sabían de qué pasta estaba hecho.

DÍA 11

Tantos días huyendo sin descansar empiezan a hacer mella. No logro pensar con la cristalina claridad de antaño. Sin embargo. ¡Oh, si! Me parece haber visto construcciones de gran complejidad en el horizonte. Hacia allá me dirijo. ¡Oh, Mandy! ¡Te echo tanto de menos! Ojalá algún día el hacedor tenga a bien volver a juntarnos en el cielo. Tu sonrisa, la delicada manera de apartar los mechones de cabello de tu frente, el brillo de tus ojos, la calidez de tus abrazos, tu nuez... ¡Te añoro tanto!

DÍA 12

Inevitable el bajo estado emocional en que me encontraba ayer. Durante demasiado tiempo había estado oculto el dolor por la distancia respecto a tan completa mujer. Siempre llena de sorpresas. Me habían advertido en el entrenamiento del peligro de viajar con tu mujer a bordo (emocionalmente hablando). Por eso solo enviaron solteros sin posibilidad de emparejarse en tan compleja misión. Juré ante mi anillo de casado que no me afectaría pero... Los sentimientos siempre se imponen ante la razón.

DÍA 13

Corrí hasta una extraña estructura en la que podían verse reflejados los rayos del foco solar nocturno. De alguna manera esas extrañas criaturas parecían estar siguiendo mi rastro. Podía notar su cálido aliento detrás de mí. Podía sentir el fragor de la persecución. Podía palpar la ansiedad de mis seguidores. Podía apreciar cómo el

relato de hechos de los dos últimos días nos había desviado de la trama principal creando un tan ilógico como innecesario anticlímax. De alguna manera percibí que el fin estaba cerca.

DÍA 14

Amaneció una oscuridad sin nombre. El suelo que pisaba se hundía bajo mis pies. Una extraña solución líquida subía y bajaba comprometiendo las costuras del bajo del pantalón que no obstante no llevaba. En su extremo parecía formarse espuma de lanoso aspecto. Maravillas de un desconocido mundo que por mi precaria situación no podía pararme a disfrutar. Tropecé y caí rodando sobre la arenosa superficie. A mi mente solo llegaron imágenes de cómo la última esperanza de la humanidad era arrasado por la jauría. La piedra redonda de poder cayó del slip y rodó hasta detenerse.

Tal vez podría aprovechar el momento de distracción que crearía para una nueva maniobra evasiva. Para mi sorpresa los extraterrestres se habían detenido. Seguí con los ojos la dirección de su mirada.

Allí estaba.

Puse a trote mi caballo (pequeña licencia literaria que sin duda pasara desapercibida para la mayoría) mientras daba una vuelta a su alrededor intentando asimilar su significado.

Bajé del corcel y lo contemplé con una mezcla inédita de sentimientos. (Hasta ese momento mi abanico de sentimientos eran básicamente: ira, furia, cólera y enajenamiento. Lo que sin duda me convertían en un tipo de vasta complejidad). Fue entonces cuando comencé mi monólogo:

—¡Maniáticos! ¡Lo habéis destruido! ¡Yo os maldigo! ¡Os ultrajo a todos y cada uno de vosotros! ¡Oh, ganas de zaheriros incluso tengo! ¡La habéis destruido!

Un border collie levantó la cabeza hasta que entró en su campo visual un payaso de casi tres metros de altura dirigiéndome una mirada burlona. Debajo de un medio arco se podía leer: Big Mac-87'95€.

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

Carmen Moreno

Cádiz, 1974.

Licenciada en Filología Hispánica. Máster en Contabilidad y Finanzas por CEREM, Máster en Edición del Grupo Santillana por la Universidad de Salamanca.

En 1996 trabaja con Fernando Quiñones en sus libros Crónicas Yugoslavas y en Y al Sur, Jimena.

Ha colaborado con diversos medios de comunicación como el Diario de Cádiz en la Página de Poesía que aparecía los jueves, y como crítica musical y en la SER recomendando libros. En estos momentos coordina la colección de poesía de Sigue Leyendo y codirige la Colección de Bolsillo de la Diputación de Cádiz. Escribe actualmente en Culturamas, Cambio 16.

Desde el 2004 da lecturas por diversos puntos de Andalucía a través del Centro Andaluz de las Letras.

También ha trabajado realizando guiones para televisión, para el programa Cifras y Letras edición Andalucía, y como correctora ortotipográfica para varias editoriales nacionales como Algaida, Bóveda, Salto de Página y Fondo de Cultura Económica de España. Ha sido asesora cultural del INJUVE (Ministerio de Igualdad) en Madrid y editora de contenidos en la Fundación Giner de los Ríos en Madrid.

Con Sportula ha publicado su primera novela, Principito debe morir.

Mi vida se disipa en un banco de niebla. Lo veo cada día. A través de las ventanas, incluso si están cerradas lo veo. El invierno tiene una gran sábana gris que va cubriendo todos los rincones de mi memoria.

Las manos, estas manos mías con las que tejí tanto tiempo antes palabras como cuentas de cristal sobre un papel en blanco, van perdiendo sus movimientos de siempre, olvidando el tacto de la piel de las mujeres que acompañaban mi lecho. Apenas se convierten en dos apéndices con diez dedos que se mueven torpemente alrededor de mi existencia.

Antes de llegar a este momento, recuerdo que todas las mañanas, alguien me aseaba. Sé que debería haberla conocido. Me quitaba la mierda del culo. Intentaba no cagarme encima durante la noche. No es fácil controlar los esfínteres cuando ni siquiera sabes quién eres. Por eso sé que debería conocerla, porque ella sabía quién era yo. Mojaba la esponja en agua tibia con jabón.

Zoe, la que mata los dragones que acechan por el jardín de la casa, corre tras una lagartija blandiendo en su mano la espada de madera que le tallé a la sombra del almendro. Y pasa por mi lado, blandiendo el arma alzada y hace como si yo no estuviera allí. Corre como si se hubiera escapado de un libro de Dumas. El sudor perla su diminuta frente. Achica los ojos ante el enemigo que, reptando, se esconde tras cualquier piedra grande. Zoe se sitúa frente a la lagartija, intenta alcanzarla alargando su bracito. A la tercera se da por vencida.

Cae extenuada tras la persecución. En silencio, hace dibujos extraños en el suelo de tierra.

—Cuando sea mayor dibujaré arena en el aire.

—¿Cómo lo harás, Zoe? —le pregunto extasiado por su ímpetu. El ímpetu de los niños es una fuerza superior a Dios.

—Con la mano cerrada y la boca abierta. Mira, así.

Ahora, da igual. Da igual todo lo que en algún momento fui. Yo soy ese hijo de puta que me mira con el desprecio del desconocido, que sabe tanto de nosotros que nos avergonzaría oírle hablar de todo lo que hicimos o dijimos un día cualquiera. A ese que conoce cada ángulo del cuerpo de la única mujer a la que he amado, y la puede poseer con solo recordarla. Porque él sí puede. La recuerda vestida de novia; la recuerda tendida en la cama, esperando nerviosa sus besos despoblados de tiempo; la sabe en la ducha, oliendo a lavanda y a la humedad cálida del agua recién caída sobre ella.

A Zoe le gusta ir a la estación a ver pasar los trenes. Yo siempre la acompaño. Me

siento a su lado y ella me va señalando uno a uno los destinos, balanceando sus pequeñas piernas en el aire. Sus piernas que se quedan demasiado lejos del suelo. Su dedo escuetísimo va marcando cada una de las máquinas.

—Ese, va a París; ese otro, a Moscú; aquel, a Viena; el que llegará ahora se dirige a la corte del Rey Arturo. Allí le espera un caballo blanco y la Reina de Corazones para cortarle la cabeza porque le ha robado el reloj al conejo.

Y yo imaginaba a Cleopatra en el andén, un áspid en una de sus manos, en la otra, la cabeza de Julio César. No le decía nada a Zoe, solo la escuchaba, la oía respirar y yo me sentía vivo también.

Me mira desde el otro lado del espejo y se piensa mejor que yo porque no le retengo en mi cabeza más de una escueta ráfaga de tiempo al día, hasta verle desaparecer, como a tantas cosas que ya no están, que se han esfumado sin aviso previo.

Me limito a vivir tras la ventana, y observar cómo todo lo que era se monta en los autobuses que hacen parada frente al hospital. Me limito a luchar a muerte contra aquellos que vienen a recordarme que existo porque ellos me saben, que sin ellos yo desaparecería como el humo del tabaco.

Todos los días son iguales ya.

Zoe recuenta gominolas. Abre su manita pegajosa y me ofrece una mora de azúcar. Sonríe con la boca apretada para que no se le caiga ni una gotita de saliva. La saliva de Zoe es dulce y la extiende por mis mejillas cuando se agarra a mi cuello y se levanta sobre las puntas de sus zapatos.

—Te quiero para siempre.

—Siempre es mucho tiempo, ¿no crees, Zoe?

—¿Más que todo esto?

Y abre sus brazos en el infinito.

—Más.

—Bah —dice quitándole importancia y alzando sus ojos al cielo—. ¿Más que un tren?

—Más.

Zoe guarda silencio porque no entiende las medidas, pero, de pronto, me coge la mano y me la aprieta con todas sus fuerzas.

—¿Sabes? Un día te llevaré en tren hasta Marte y allí te querré para siempre. Allí sí que se puede, ya lo verás.

Recuerdo a Zoe con sus zapatitos rojos de charol y su vestidito blanco con un lazo rosa en la cintura; con los lápices de colores esparcidos a su alrededor y las hojas en blanco dobladas en cada una de sus esquinas. La recuerdo contando las lentejas de su plato o poniéndole nombre a cada uno de los garbanzos que iban a parar a su boca.

Ayer estuvo aquí una mujer de ojos azules y cabello rojizo. Ayer vino a verme una mujer que decía ser Zoe. Mis ojos se llenaron de lágrimas e ira. La emprendí a golpes con ella. Cogí el orinal y se lo vacié encima.

La otra, la que dice ser mi esposa, me gritaba e intentaba sujetarme los brazos; me suplicaba que parase. Yo no podía dejar de odiarla, aunque algo por dentro me llenó los dedos de aquella infancia entre dulces e historias. La pelirroja también gritaba: «¡Papá, por favor! Deja eso en su sitio, papá». Pero ¿cómo creer a quién dice ser aquello que no recuerdas?

La calma llegó cuando dejó de repetir un nombre que resonaba en algún lugar desaparecido y me asió por las muñecas y con los ojos clavados en los míos, sin soltar siquiera una lágrima me susurró mientras acercaba su cara a la mía:

—Mira, papá, el que llegará ahora va a la corte del Rey Arturo. Ese tren está entrando ahora mismo en el andén.

Me rendí.

No quise seguir luchando porque no sabía por qué hacerlo. Me senté en la cama y decidí esperar.

Nunca fui violento. Al principio, me limitaba a estar en la esquina más oscura de mi despacho. Así dejaba que ellas siguieran sus vidas. Era un espacio en blanco. Eso era yo. Al paso del tiempo me fui enfadando conmigo y era fácil que me encontraran con algún corte superficial que yo mismo me había hecho. Dejé de comer deliberadamente para ver si, así, la muerte adelantaba sus plazos. No lo hizo.

El primer golpe se lo di por llevarme la contraria. Eso creo. En treinta años de matrimonio, jamás le puse la mano encima. Yo no era yo. Le pegué con el puño cerrado. Ella se desplomó junto al radiador de la sala de estar. Corrí a socorrerla. Le pedí perdón. Le limpié la cara con mi camisa. Ella me apretó la mano y calló. No se lo contó a nadie.

La situación fue empeorando y, cuando no pudo más, se tomó un café Zoe. Y, entonces, ella también lo supo. Entre las dos buscaron el mejor centro. Allí me cuidarían. Mi mujer no me olvidó cuando yo apenas recordaba.

La primera vez que intenté agredir a la enfermera, me partió un diente. Dijo que me había caído en la bañera. Me llamó escoria y me gritó como si hiciera recuento de mis miserias: «Estoy harta de limpiarte el culo. Sé que puedes dejar de cagarte encima en la noche, así que si vuelves a hacerlo, te la haré comer». Eso me dijo y lloré. Detesto llorar.

Son los esfínteres y no saber quién soy. No es cierto que pueda dejar de hacerlo.

Cuando entró esta mañana me vio sucio de nuevo. Me quitó el pañal, cogió mi mierda con su mano enguantada y me la restregó por la cara. Yo hice lo mismo. Aún no sé cómo, pero me llevé la mano al culo y, luego, se la pasé por su boca apestosa.

Gritó que iba a matarme. La vi coger la almohada de mi compañero. Vino hacia mí. Dejó caer todo el peso de su cuerpo contra mi cara llena de mierda. ¿Cómo explicará eso? La muerte no me da miedo. Prefiero no llegar a esta noche. Las sombras vendrán, como siempre, hasta mi cuarto, pero yo me habré ido. No es una derrota, es la victoria de la dignidad que dejé un día en algún día en una consulta médica.

Moriré, al menos, recordando.

Peor que quedarte sin aire, es no reconocerte en tus actos cuando apenas sabías tenerte en pie.

AHORA QUE SOMOS PÁJAROS

Daniel Pérez Navarro

Córdoba, 1968.

Daniel Pérez Navarro se dio a conocer hace 8 años a través de concursos literarios (Avalon, Diario de León, Saramago, Eñe, UNED, La Felguera, etc.). Además de relato, poesía y artículos musicales en diversos medios, en este tiempo ha publicado tres novelas (Mobyelville, El libro del Hombre Oso y La sonrisa de los muertos) y una cuarta bajo el seudónimo de Vera Zieland (Manos tan pequeñas).

14 maneras de describir la lluvia, en Sportula, es su novela más reciente y, como toda su obra, es enormemente personal.

Ángel se bajó del autobús con una mochila a la espalda y con cara de pues aquí estoy, de vuelta hasta que todo se aclare. A Guadalbénzar. Aquel municipio tan pegajoso.

El hermano menor saludó al mayor a su manera. Con los ojos apuntando a las ruedas del autobús y al tubo de escape, que expulsó una nube de humo tan oscura como el pelo del chico y como sus ojos y casi su piel.

—Vamos, Salvador —fue lo que dijo Ángel tras bajarse del autobús, como bienvenida.

No añadió más. Así era el menor. Boca tapada y frases cortas. Pocos vocablos, muy pocos y mal contados. Suficientes. Mensajes que se clavaban dentro. Si fueran más de unas palabras, pocos habrían soportado una conversación con él.

—¿Cómo está?

—Ahora la verás.

—Pero ¿tan mal está?

—Claro. Si no, no te habría metido prisa. Oye, ¿has arreglado lo del trabajo?

—Sí.

—Pues menos mal, porque casi no nos queda dinero.

—Ya da lo mismo.

—¿Cómo va a dar lo mismo?

—Si no come, ¿qué más da?

—Bueno. Visto así.

—Salvador, ¿has hablado de esto con alguien?

—No.

—¿Seguro?

—Claro que seguro.

—Salvador, quiero que me lo prometas.

—¿El qué?

—Ni siquiera hablarás de esto con tu sombra.

—Ni siquiera con mi sombra —repitió el mayor.

Ambos echaron a andar hacia la casa.

Salvador intentó coger la mochila de Ángel, pero el menor le apartó la mano. Siguieron caminando en silencio.

La mayoría miraba a Ángel sin disimulo. Algunos se detenían y se cruzaban de brazos o los ponían en jarras o señalaba a los dos hermanos con el dedo.

Ángel ya lo sabía. Aunque lo conocían, siempre lo marcaban. Como con un extraño. Uno de fuera. Así los llamaban, uno de fuera, o si eran varios decían esos de fuera. Como si el mundo estuviera dividido por una franja que separaba Guadalbénzar de todo lo demás.

Ángel siguió como si nada fuera con él.

Una de las que más lo miró fue su prima Gema. Lo hizo como si ella no fuera a

casarse en un par de meses y buscara a alguien para llevarlo al altar. Ella no se atrevió a decir hola y el joven también la ignoró.

Salvador decidió que ya estaba bien de silencio.

—Fíjate, Ángel. El noventa por ciento de nuestro cerebro está sin aprovechar. Piénsalo. Cuántas posibilidades abiertas. Telequinesia, telepatía, teletransportación, teleindicador mental.

—Telepizza.

Ángel lo dijo sin reírse.

Salvador no le hizo caso y siguió con lo suyo.

—Como si nuestro cerebro estuviera lleno de habitaciones sin explorar. Lo de las habitaciones sin explorar es una metáfora.

Ángel meneó la cabeza y siguió con la mirada perdida en lo que tenía delante.

—Eso es muy interesante, Salvador —dijo con palabras monocordes, como si todas le aburrieran, unas y otras, tanto que no merecía la pena llevarle la contraria a Salvador, ni tampoco asentir con algo de entusiasmo.

Llegaron a casa.

Salvador entró en la habitación en la que estaba acostada la madre.

Ángel solo se asomó. Echó una ojeada apoyado en el marco de la puerta.

—Joder —dijo el menor.

—Mamá tiene razón. Te pareces al amigote de Robert de Niro que siempre dice joder —dijo Salvador.

—Joder, lo que faltaba. Tú precisamente. El que está siempre con el claro y dijo y dije y con cara de.

Ese día tenían motivos para decir joder.

Ángel se alejó del dormitorio. Entró en el salón y se sentó en el sofá del salón comedor.

Salvador llegó detrás de él. Ángel desvió los ojos al suelo. Luego los levantó y volvió a mirar a su hermano.

—Está muy mal.

—Claro, por eso te he llamado.

—¿La ha visto el médico?

—Claro, le ha puesto un nuevo tratamiento.

—Se va a morir si no come.

—Le han puesto un tratamiento que llaman paliativo.

—No se va a morir. Ya está muerta.

—Claro, por eso te llamé.

—Deja de repetir claro, claro, claro.

Ángel miró hacia la ventana. Estaba furioso.

—Cada vez que lo intento con los batidos de la farmacia, vomita —explicó

Salvador—. Y luego hay que limpiar las sábanas y el colchón. También tengo que colocarle un parche de morfina. Y cambiarle tres veces al día los pañales. Y está lo de darle vueltas. Girarle el cuerpo para que no le salgan úlceras.

—Vale ya, Salvador.

—¿Qué pasa?

—Ni se te ocurra jugar conmigo a eso.

—¿Jugar a qué?

—Al hijo bueno y al hijo malo. Y no me mires con cara de a qué esperas para hacerlo. Nadie más se ocupa de lo malo.

—Yo no he dicho nada.

—Si no quiere comer, que se muera de hambre.

—Bueno, no podemos obligarla.

—¿Por qué no?

—Eso ya lo probaste. Te dijo que nunca más te atrevieras. Y luego vomitó metiéndose los dedos.

—Pues ya me dirás.

—Casi me dan ataques de risa cada vez que lo pienso. Sería muy sencillo. Dos ampollas de cloruro potásico y una jeringa con una aguja intravenosa. Solo habría que cargar la jeringa con un poco de potasio y buscar una vena. Cualquiera valdría.

—¿Cómo es que sabes tanto acerca del potasio?

—He estado estudiando.

La madre tenía los ojos cerrados y era probable que no les oyera, aunque ninguno de los dos hermanos lo podía asegurar. Si los oía, cualquiera podía apostar a que no se enteraba de nada.

—¿Has vuelto a ver o a hablar con alguno de esos?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Te pones la inyección?

—Perfenazina. Una ampolla de un mililitro con veinticinco miligramos cada mes.

—¿Y las pastillas?

—Hace tiempo que no veo personas que no existen. No te preocupes.

Ángel debió dar por buena la contestación, porque se calló, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Vaya dos hijos que le han salido a mamá —dijo.

—¿En serio?

Ángel miró a su hermano y se echó a reír y meneó la cabeza.

—Voy a salir. Necesito que me dé el aire.

—Te acompaño.

—Alguien debe quedarse con mamá. Y yo quiero estar un rato a solas. Necesito pensar.

—Acabas de llegar.

Ángel no replicó. Se levantó y tiró de la puerta, sin darle tiempo a Salvador para rumiarlo.

El hermano mayor miró la puerta cerrada en silencio durante varios segundos. Luego fue a preparar las cosas para lavar a su madre.

Cuando lo tuvo todo listo, la desnudó sin sacarla de la cama. Cogió una esponja con jabón incorporado y la pasó por la piel de los senos. Luego siguió por el resto del cuerpo.

Cuando terminó, la secó y la vistió de nuevo. Colocó sábanas limpias echándole el cuerpo primero a un lado de la cama y luego al otro y la dejó descansar.

Sonó el teléfono. Lo descolgó enseguida, para evitar que el timbre la despertara.

—¿Diga?

—¿Salvador?

—Sí, soy yo.

—¿Salvador, eres tú? —volvió a preguntar una voz de hombre.

—Sí, soy yo.

—¿Salvador?

—Sí, soy Salvador. ¿Quién eres?

—Te oigo muy mal. ¿Puedes hablar más alto?

Salvador fue hasta la cocina y cerró la puerta. También cerró la del salón. Luego elevó el tono de voz.

—¿Y ahora?

—Ahora te oigo mejor.

—¿Quién eres?

—Julián Caballero.

—¿Quién?

—Julián Caballero.

Salvador esperó en silencio a que el otro añadiera algo más o a que su memoria descubriera una imagen con ese nombre y le enviara un rostro.

—Soy el director de la sucursal bancaria.

—Ah.

—Me recuerdas, ¿no?

—Sí, me acuerdo —mintió.

En Guadalbénzar solo había dos sucursales bancarias. Una con dos empleados y otra con tres. Salvador, con aquel hombre, había mantenido dos o tres conversaciones como mucho en su vida. Cuando Salvador iba al banco, quien lo atendía era una tal Clara.

—Salvador —dijo el tal Julián—, ¿cómo está tu madre?

—Vamos tirando.

—La pobre está pachucha.

—Sí.

—Me han dicho que lo vomita todo. Y que lo que le meten por sonda o por vena tampoco le vale.

—Eso parece.

—¿Qué raro, no?

—Sí que es raro, sí.

—¿Y no saben qué más hacer?

—Pues no.

—¿La tuvieron ingresada en el hospital?

—No, eso no. Ella no quiso y nosotros tampoco.

—Haberla llevado, hombre. A ver si daban con la tecla.

—Bueno.

—Será un cáncer, ¿no?

—Será.

—Parece que se acerca el final.

—Eso parece.

—Lo que es la vida.

—Sí.

Después de un largo silencio, Julián dijo:

—Oye, Salvador, está aquí tu hermano.

—Ah.

—Quiere sacar dinero de la cuenta de tu madre.

—Entiendo.

—La cuenta es de tu madre. Vuestro tío tiene autorización para sacar dinero. Y tú también. Pero él no.

—Ah.

—Como eres tú el que viene a primeros de mes y tu hermano ni aparece, me ha extrañado que quiera sacar dinero. Pero es que de todas formas no puedo dárselo.

—Ya.

—No es por molestar. Es que él no tiene autorización. Mira, yo lo mando de vuelta a casa con una autorización. Tú o tu tío la firmáis y que se pase antes de las dos. ¿Me sigues?

—Te sigo.

—Entiéndeme. Es tu hermano. Pero tú sabes lo que a veces ocurre con estas cosas.

—Ya.

—Supongo que necesitaréis el dinero para el entierro. Para cuando llegue el momento, digo, y Dios se la lleve.

—Supongo que sí.

—Pues lo habláis y que tu hermano vuelva con la autorización.

—De acuerdo.

—Tu hermano trae el papel firmado y yo os doy lo que os haga falta. Porque lo habéis hablado, ¿no? Quiero decir que no es cosa de él.

—Sí. O no. Quiero decir que sí. Ángel es mi hermano. No me dijo lo que pensaba hacer antes de salir. Pero es mi hermano. Y es más listo. Lo habrá pensado todo mejor que yo. Esperaré en casa, a ver qué dice.

Se despidieron.

Salvador colgó el teléfono. Salió de la cocina y abrió la puerta del salón. Creyó ver una sombra que cruzaba el pasillo. Pero no había nadie.

Dieron las dos. El banco cerró. La madre seguía dormida. Salvador estaba sentado en el sofá. Miraba la televisión apagada.

Ángel no volvió. Se había marchado sin despedirse.

Ángel abrió la puerta de la sucursal bancaria y salió. Guardó un sobre vacío en el bolsillo delantero derecho de sus pantalones. En él solo destacaba el logotipo del banco. Arrugó los ojos cuando el sol le cruzó el rostro. Se puso unas gafas de sol y atravesó la calle.

Justo enfrente de la oficina que acababa de abandonar, había un puesto en el que vendían chucherías y refrescos.

—Agua —pidió.

Una mujer rolliza vestida de negro, de unos sesenta años, le preguntó:

—¿La quieres fresca?

—Lo más fría posible.

La mujer utilizó la mano izquierda para defenderse de la luz. Miró al joven de arriba abajo.

—¿De cuánto?

—¿De cuánto qué?

—Las hay de litro, de medio litro...

—De medio litro.

La mujer no hizo ademán de buscar las bebidas en la nevera que tenía a su lado. El quinto dedo se separó de los otros, alzados en visera, y con él apuntó al joven.

—¿Cómo está tu madre?

Ángel no respondió.

Dieron tiempo al tiempo.

—¿Cómo está tu madre? —repitió la vendedora.

—Muerta. Deme dos botellas de agua.

La mano de la mujer se hundió, como los párpados y la boca, encajada en un rostro desprevenido.

—Pero ¿cuándo se ha muerto?

Ángel resopló y miró hacia lo alto.

El sol de media mañana, sin sombras, castigaba los adoquines y las aceras estrechas. Laceraba los patios. Quemaba la corteza transparente de los ojos.

La mujer esperaba una contestación, inmóvil.

—Joder —dijo el joven, y se alejó del tenderete sin el agua.

Cruzó la autovía que separaba las últimas casas del pueblo del restaurante de carretera en el que se apostaban remolques, autobuses y camiones. Los primeros vehículos en aparecer descansaban desde poco después de las doce. Algunos lo hacían hasta media tarde. Aún era pronto. Solo había dos camiones aparcados en los alrededores del establecimiento.

Abrió la puerta y entró en el bar. Le acogió el olor a cerveza y vino blanco pegado a la barra y los taburetes.

Una máquina tragaperras entonaba una canción muy conocida. Anunciaba cada nota con indiferencia. Al chip de una invisible tarjeta de sonido se unió la voz reverberante del televisor.

Desde donde estaba, miró hacia el comedor. Las puertas estaban cerradas. Distinguió un par de figuras a través de los cristales velados.

—¿Qué desea? —preguntó un camarero desde detrás de la barra.

—¿Está abierto el comedor? —dijo Ángel.

—Pase, si quiere.

Ángel empujó las hojas de las puertas batientes y entró en la sala. Dos hombres almorzaban, cada uno en una mesa. No había nadie más. Ciento dieciocho sillas libres en las que sentarse.

A través de una puerta que comunicaba con la cocina entró el mismo camarero de antes, que señaló las mesas libres.

—Siéntese donde quiera.

Ángel se quitó las gafas de sol y miró a los dos hombres que almorzaban. Ninguno de ellos se había molestado en apartar la cabeza del plato.

Se arrimó al que tenía más cerca. El camarero esperó.

Ángel se situó delante de la mesa del hombre que comía a su izquierda, el cual mantuvo la cuchara en el aire, llena de sopa de picadillo, y levantó la mirada del plato.

—¿Es usted camionero?

—¿Quieres algo?

—¿Puede llevarme?

—No.

—No sabe en qué dirección voy.

—Voy en otra.

—Pero no le he dicho dónde quiero ir.

—Voy en otra.

El camarero intervino entonces, dirigiéndose a Ángel.

—Señor, ¿va a almorzar?

Ángel insistió.

—Me da lo mismo que vaya en un sentido o en otro.

—Ya.

—¿Entonces?

—No voy allí.

El camarero dio un paso hacia delante.

—Señor, está molestando a nuestro cliente.

El otro comensal intervino entonces.

—¿Dónde vas, hijo?

El joven dio media vuelta y se acercó a la mesa ocupada por el hombre que se había dirigido a él.

—Donde quiera llevarme.

—El chico no me molesta —dijo el otro dirigiéndose al camarero, el cual miró enfurecido a Ángel mientras este se sentaba en la mesa del segundo cliente que almorzaba en el restaurante—. ¿Tienes hambre? —le preguntó, y antes de que Ángel respondiera, le dijo al camarero—: Trae otra sopa de picadillo.

—No, señor, no tengo hambre.

—Señor —rió el otro—. No conozco a nadie de tu edad que hoy en día diga señor. ¿Quieres comer alguna otra cosa? ¿Un filete? ¿Patatas?

—No, señor, gracias. Lo que quiero es irme de aquí. —Miró la jarra llena de agua que había encima de la mesa y añadió, señalándola—: ¿Puedo servirme?

—Sírvete la que quieras.

El camarero desapareció del comedor casi vacío. Enseguida volvió y se instaló en el marco de la puerta, como si se hubiera acoplado a ella.

El primer camionero sorbía ruidosamente de la cuchara, con la cabeza metida en el plato de sopa.

El que le había invitado a sentarse con él le preguntó:

—¿Acaso has robado un banco?

—No, señor.

—Ya lo imagino. Tienes pinta de buena persona. Y yo no suelo equivocarme.

—El siguiente autobús no sale hasta mañana —explicó Ángel.

—Entiendo —dijo el otro. Le tendió la mano libre, con la que no comía—. Me

llamo Luis.

—Ángel —dijo el joven, devolviéndole el saludo.

Se apretaron las manos.

—¿En qué dirección vas?

—Me da lo mismo, con tal de alejarme de Guadalbézar.

—¿Eres de aquí?

—No.

—¿No eres el hijo menor de Luisa, la de la Calle del Espino? —preguntó el camarero, que seguía apoyado en una de las puertas batientes que comunicaba el salón comedor con la cocina.

—Sí —respondió Ángel sin turbarse.

—¿Y no sois de aquí?

—Yo, como si no lo fuera.

Luis dejó caer la cuchara en el plato. Se limpió la boca con la servilleta. Señaló el plato vacío sin apartar la vista del joven que tenía sentado enfrente.

—Puedes llevártelo y traer el segundo.

El camarero colocó el mango de la cuchara hacia la derecha y se llevó el plato sin decir más.

Ángel clavó los ojos en el espacio de mantel desnudo que había entre el tenedor y el cuchillo de mesa.

—¿Va hacia el norte o hacia el sur?

—Por encima de Despeñaperros. A Puertollano. ¿Te va bien?

—Me va bien.

Cuando el camionero se terminó de comer el almuerzo, el chico y él salieron del restaurante.

La autovía se arqueaba hacia derecha e izquierda. Lentas órbitas que los párpados medio caídos de Ángel medían en falso.

El calor arrobaba. Excesivo, seco, espinoso, de flores azules como cardos. Las nubes huían de él y la carretera arrojaba vapor. Los pensamientos se disolvían.

Luis conducía con los ojos fijos en las líneas discontinuas que separaban los carriles.

El chico, torcido en el asiento de al lado, con las piernas dobladas, dibujaba una lánguida ese. Trataba de acomodar el tronco en el asiento de cuero sin encontrar la postura que le permitiría relajarse y dormir.

Un verano amarillo, y también inútil, y estancado, y anémico. Acopiaba tantos adjetivos como litros de combustible. Los coches lo atravesaban a esas horas por encima del límite de velocidad permitido. Adelantaban al camión por la izquierda y volvían al desnudo carril de la derecha.

Ángel se desdobló e incorporó para colocarse tal y como exigía la forma

anatómica del asiento.

El aire acondicionado devolvía el aire a través de las rejillas, vendiéndolo como si fuera diferente. Impactaba en el rostro y regalaba una imaginaria sensación de frescura. Endurecía el interior de la cabina, recalentada por el sol. Oxidaba las moléculas que respiraban. Embotaba la cabeza.

El joven se fijó en el crucifijo que se mecía hacia delante y hacia atrás, colgado del espejo retrovisor. Luego miró una estampa de una virgen, colocada encima del cuentakilómetros. A continuación se fijó en el reflejo que grababa en el cristal un calendario y en los fines de semana que había marcados con un círculo azul.

—No hablas mucho —dijo el conductor.

La carretera. Pétalos lisos e iguales puestos en fila por algún acomodador con mucho tiempo libre.

—Yo, cuando tenía tu edad, era de los que pasaba la noche en blanco. Beber, fumar, pasarlo bien. Vivir el momento —contó Luis.

La voz del hombre se acopló al tic tac que marcaban las líneas. Segundos de tiempo, dibujados entre los dos carriles.

Ángel no apartaba la mirada de la autovía y seguía mudo.

—Una vez me escapé de casa. Discutí con mi padre y me escondí en el piso de un amigo, en su habitación, durante tres días. Hasta que los padres de mi amigo se dieron cuenta y llamaron a los míos. Pensé que me iba a ganar un buen repaso.

No las habían pintado para separar en dos el sentido de la calzada. Suspendían todo lo que había alrededor. Emparejaban los kilómetros. Congelaban la temperatura. Fijaban en el pensamiento de los que la cruzaban la impresión de que no existía un después ni tampoco un antes.

La voz del hombre era una canción de cuna. Las palabras empezaron a entrecortarse, como las rayas discontinuas de la carretera.

»...Callado durante dos horas y cuando por fin...

»...Nunca lo vi tan tranquilo. Mi viejo se sentó, me obligó a mirarle a la cara y...

»...¿Te lo puedes creer?...

»...De algo sirvió, eso fue lo que aprendí...

Ángel cerró los ojos. Las sombras le persiguieron. Rectangulares, en forma de i mayúscula, fosforescentes, rodeadas de oscuridad.

Después de una hora de viaje, el camionero tomó una salida que los condujo a otro bar de carretera.

—Necesito un café —explicó mientras aparcaba el camión en la parte trasera del local, en una amplia zona descubierta reservada para los vehículos pesados.

Ángel se despegó dentro de la cabina. Luego salió y se estiró con mayor libertad. Los dos entraron en el bar de carretera.

Había una chica sola, sentada en una de las mesas, y tres jóvenes que jugaban al billar, y dos viejos que lo miraban todo con cara de aburrimiento, y un camionero en la barra que charlaba con el dueño.

El camionero se giró cuando entraron los dos hombres. Reconoció a Luis y le tendió la mano.

—Compadre —dijo.

Luis se acercó a él y se la apretó.

—¿Cómo vamos?

—Aquí. Ya ves. ¿Dónde vas?

—A Puertollano. ¿Y tú?

—A Cádiz.

—A la tacita.

—A la tacita de plata, sí señor. ¿Y ese? —dijo señalando a Ángel.

—Uno que viaja conmigo.

—Juan para los amigos —dijo el otro camionero mientras le ofrecía la mano a Ángel.

El joven devolvió el saludo.

—Ángel —dijo.

—¿Qué va a ser? —preguntó el camarero.

—Dos cafés —dijo Luis.

Ángel miró hacia la ventana. El exterior, muy pajizo, seco, ardiente, se veía como un espejismo deforme a través del cristal.

El chico dejó de oír a los dos camioneros. Se concentró en el halo caliente y brillante que ascendía de la carretera, sin pensar en otra cosa. Se levantó del taburete y se acercó a la ventana. Pegó la frente en el vidrio y cerró los ojos.

—¿Por qué haces eso?

Ángel abrió los ojos y miró a su izquierda. Le hablaba la chica que estaba sentada en una de las mesas, justo la que había junto a la ventana a la que el joven se había acercado. Tenía aspecto de no haber cumplido más de dieciséis. El pelo, rubio, corto y lacio, caía hacia delante de una manera que parecía accidental. Tras él se escondían las córneas, nerviosas, y el iris, azul. Vestía una camiseta sin mangas con un dibujo basado en algún personaje del animé, la braga de un bikini de color rosa y unas chancletas con tiras de varios colores.

Ángel la miró de arriba abajo durante unos segundos antes de responder.

—Echo un vistazo a lo que hay fuera.

—Conmigo no tienes que mentir.

—No lo hago.

Ella se cogió un mechón de pelo. Se lo llevó a la boca y lo mordió.

—Me estabas comiendo.

—¿Qué?

—Con la mirada.

Ángel meneó la cabeza.

—Lo que tú digas.

—¿Cuántos años tienes?

—Más que tú, seguro.

Ella se echó a reír. Apoyó la cabeza en la mesa y preguntó:

—¿Veinticinco?

—No —dijo él sin despegar los ojos del asfalto.

La calzada quemaba el aire. Se podían freír allí huevos y patatas, no había que encender algún hornillo.

—Veinticuatro —dijo la chica. Ángel no respondió, y ella lo animó a hablar—. Venga, no será un secreto.

—Veintidós.

—Veintidós —repitió la chica—. Nos llevamos cuatro. Yo, dieciocho.

Por primera vez ese día, Ángel sonrió.

—Sí, supongo que alguna vez los cumplirás.

Ella se enfadó.

—No soy una cría.

—Yo no he dicho eso.

Los jóvenes seguían jugando al billar. Los dos viejos miraban en silencio las piernas de la chica, como si les hubieran atado los ojos a esas extremidades morenas.

Ángel se giró, miró a los dos camioneros, que hablaban con el dueño local.

—¿Dónde está el servicio?

—Ahí detrás —señaló el dueño, apuntando hacia su espalda. Detrás de él lo que había era un muro con licores en estanterías.

—¿Fuera? —preguntó Ángel.

—Sí, fuera.

—Joder.

Cuando terminó, tiró de la cisterna. Probó a abrir la puerta del retrete, pero no pudo. Lo intentó con las dos manos, también sin conseguirlo. Luego se puso de pie y empujó con un hombro.

—Está atrancada —dijo la chica desde el exterior.

—¿Me has encerrado?

—A veces cuesta abrirla.

—No tiene gracia. Haz el favor de dejarme salir.

—No me eches la culpa. Empuja otra vez.

Ángel cargó de nuevo, pero la puerta siguió cerrada. Sudaba a chorro, como si se estuviera desangrando después de que un matarife le hubiera abierto en canal.

De repente, estalló.

—¡Joder, y joder, con la puta de los cojones!

—¿Qué me has llamado?

—¡Abre de una vez!

—Ahí te quedas.

Oyó ruido de pasos que se alejaban.

Pateó la puerta. Le pareció que allí detrás había algo que la atrancaba, tal vez un bidón, o algo parecido. Estampó de nuevo su pie contra el armazón de madera, que crujió y se partió. El agujero que hizo en la puerta era pequeño. Resultaba imposible asomar la mano por ahí. Miró a través de él, pero solo vio un campo amarillo, despoblado, sin carretera, sin casas, también sin cultivar, de briznas secas y matojos.

Se sentó en la taza del váter. Pasó entonces las manos por la frente y limpió el sudor, que había superado las cejas y caía en los ojos. El picor le llevó a cerrarlos con fuerza y luego a parpadear. Suspiró y se mordió los labios.

Pasaron unos minutos. Oyó el ruido que hacía un camión al arrancar y se levantó. Empujó de nuevo la puerta con las manos. No logró moverla. Se sentó como antes, en la taza. Apoyó la espalda en la pared y los pies en la puerta del aseo. Dobló entonces las rodillas, para tomar impulso. Los pies impactaron violentamente en la madera, que crujió. Repitió el movimiento tres veces más, hasta que logró partir la cerradura. Se levantó y empujó entonces la puerta con un hombro. Logró salir, corrió hacia la parte delantera y miró hacia los aparcamientos. Los dos camiones acababan de marcharse, cada uno en una dirección.

La chica estaba sentada en el suelo, a la sombra.

—Le dije que habías cambiado de opinión, que preferías quedarte conmigo —dijo ella.

—¿Por qué le has contado eso? —preguntó Ángel jadeando.

—Porque es la verdad.

—¿Y te creyó?

—Sí. Antes de irse le dijo al otro camionero: si vuelvo a ver a ese chico, te juro que le regalaré una brújula.

—Joder —repitió Ángel mientras negaba con la cabeza.

—A mí, en cambio, me gustas así. Como eres.

—No tienes ni puta idea de cómo soy.

Ángel se alejó de la chica y entró en el bar.

Los dos viejos mantenían la misma postura. Contemplaban la silla ahora vacía en la que ella estaba antes sentada, como si las piernas delgadas de la joven los hubiera hipnotizado.

El dueño del local fregaba unos vasos. Miró a Ángel.

—¿Qué hacías ahí detrás? ¿Qué era ese ruido?

En lugar de responder, Ángel se acercó a la mesa en la que los tres jóvenes jugaban al billar.

—¿Habéis venido en coche?

Respondió el más alto y fuerte, mientras golpeaba con el taco la bola blanca.

—Lárgate.

La blanca impactó contra una de las lisas e hizo que entrara en un agujero.

La chica entró en el bar. Llorando. El que acababa de meter la bola levantó los ojos de la mesa, miró a la chica y señaló a Ángel con el taco.

—Serás cabrón. ¿Qué le has hecho a mi hermana?

Ángel giró la cabeza. La chica hipaba desconsoladamente. Ella señaló a Ángel y lloró con más fuerza.

—Yo no le he hecho nada —dijo Ángel. Abrió las manos, enseñó las palmas desnudas y dio un paso atrás.

—¿Por eso te quieres ir de aquí, gitano de mierda?

Sin soltar el palo de billar, el otro rodeó la mesa de juego. Los otros dos jóvenes también se acercaron a Ángel.

—No soy gitano. Y tampoco le he tocado un pelo a tu hermana. Ha sido ella la que...

—¿Qué ha sido ella? ¿Tienes huevos para decir que la culpa es de mi hermana? —interrumpió.

En apenas un segundo, el palo de billar se alzó y cayó sobre la cabeza de Ángel. Luego se acercaron los otros dos chicos, cada uno con su taco.

Le despertó el calor. Estaba tumbado boca arriba en el asfalto hirviente de la carretera. Se llevó las manos a la cabeza. Le dolía. Palpó algo caliente y espeso. Se miró los dedos, manchados de rojo.

—¿Ya te has despertado? —le preguntó el que le había golpeado con el taco en primer lugar. Estaba de pie, a apenas un par de metros de donde Ángel yacía—. Hijoputa, eres un hijoputa, eso es lo que eres, y ahora vas a saber lo que hago yo con los hijoputas.

Ángel se fijó entonces en la cuerda que tenía atada a los pies. El otro extremo estaba anudado a una Goes 250 de color naranja.

El hermano de la chica se subió a la moto y arrancó. La cuerda se estiró y Ángel sintió cómo ese hilo tiraba de su cuerpo.

Antes de llegar a Guadalbénzar y bajarse del autobús, antes de decirle hola a su hermano, antes, también, de ver a su madre, de tratar de conseguir algo de dinero de la cuenta corriente y de salir huyendo de aquel pueblo con el primer tipo que quiso

llevarle, a Ángel le habían ofertado un puesto de trabajo en la isla de Realarocha, la más pequeña de un archipiélago situado en el Atlántico, frente a la costa africana, y había dicho que sí. Disponía de cuatro semanas y luego tendría que coger un avión.

Arrastrado por las matas, con hojas secas y amarillas restregadas por su cuerpo, untado por espigas, entallado por briznas y por tierra sucia, intoxicado por el humo de la motocicleta, Ángel pensó en aquel destino, en Realarocha, y llegó incluso a dibujar lo que parecía una sonrisa.

Su cuerpo, remolcado como una lata oxidada, quemado, sacudido por las piedras, se negó a viajar con él. Pero él sí lo hizo.

La sangre: gotas condensadas al amanecer en los brotes erectos y amarillos que crecen de las yemas, y en las hojas verdes, alargadas y de punta aguda, y en las escamas rojizas, y en el corcho impermeable, espeso y antiguo, y en los conos atrancados, y en los piñones sin partir.

Los huesos: edificios volcánicos apoyados en la hundida corteza continental, desgastados por el viento, y derrubios en las quebradas, despeñados desde los filos, los que anidan luego en las depresiones, y escalones cortados a plomo en una costa mordida e irregular.

El pelo: la hierba, y los cardones de espinas robustas como candelabros, y el verode rollizo, ahusado, de flores marfileñas y blancas, y los cardoncillos áridos y venenosos de la tierra gruesa y suelta.

El hermano de la chica dio tres vueltas en el descampado con la Goes 250 de color naranja. Luego se detuvo, cortó la cuerda y dejó allí a Ángel, tirado en el suelo. Luego la recogió a ella. Los otros dos esperaban subidos a una segunda moto. Dijeron algo y luego los cuatro se marcharon de allí.

Ángel recuperó el conocimiento. Pasó cerca de una hora en la misma posición, mirando hacia lo alto. Cuando pudo levantarse, fue trastabillando hasta el aseo que había en la parte de atrás del bar de carretera.

La puerta que él había roto estaba atada con un trozo de cuerda de cáñamo. Deshizo el nudo y entró. Abrió el grifo del lavabo, se lavó las manos y luego la cara. Bebió agua en gran cantidad. Se quitó la ropa, echa jirones, menos los calzoncillos. La sacudió, luego la apretó y puso debajo del grifo, hasta que pudo aclararla un poco. Así, echa un trapo y mojada, la utilizó para aplicarla sobre las heridas del cuerpo, hasta que el dolor le impidió seguir. Entonces dio media vuelta, se agachó y vomitó en la taza del váter.

Se sentó y permaneció así un tiempo, hasta que apareció el dueño del local.

—Había oído un ruido —dijo el otro a modo de explicación. Miraba a Ángel como si el chico fuera un perro rabioso.

El joven no hizo comentario alguno. Respiraba con agitación. Las babas le

colgaban de la boca.

—Me debes una puerta, que lo sepas —dijo el dueño del bar. Antes de dar media vuelta y regresar al mostrador, añadió—: Llamaré a los del ambulatorio.

Veinte minutos después lo llevaron en una ambulancia al dispensario de una pequeña localidad de la que nunca supo el nombre. Le administraron un analgésico intramuscular y le vacunaron contra el tétanos. Limpiaron las heridas y quemaduras, las curaron y las cubrieron con vendajes. También le dieron cuatro puntos de sutura en la frente y le administraron 500 ml intravenosos de suero fisiológico.

Le propusieron trasladarlo a un hospital, pero se negó. También le recomendaron poner una denuncia, pero el joven también rechazó la idea. Preguntó si podía llamar por teléfono y le dijeron que sí.

Habló con su hermano.

—¿Cómo está?

—Ángel. Qué sorpresa. Te fuiste sin avisar y yo no sabía...

—Salvador, ¿cómo está? —interrumpió Ángel.

—Igual.

—¿Ha comido?

—No sé si debemos darle algo o no, aunque sea machacado. Ella dijo que no lo hiciéramos. Y no se despierta.

Ángel colgó.

Antes de marcharse del ambulatorio, preguntó dónde estaba su mochila. Allí no sabían nada de mochilas. Recordó entonces que la había dejado en el bar, en concreto en el mostrador, cuando llegó con Luis.

El viaje en ambulancia había sido corto. La distancia que separaba el pueblo del bar de carretera era de entre cuatro y cinco kilómetros.

Ángel se cubrió con la media sábana que le habían proporcionado, lo único que tenía aparte de los calzoncillos y las zapatillas. Cogió la botella de agua y los analgésicos que le habían dado y echó a andar hacia las afueras.

Cuando llegó al bar, era de noche. Entró como iba. Disfrazado de anacoreta. Apenas había allí más de cinco o seis clientes. Todos se callaron. Lo siguieron con la mirada mientras él se acercaba al mostrador.

—No quiero problemas —anunció el dueño del local.

—Vengo a por mi mochila —el otro dudó y Ángel aprovechó para añadir—: Ahí llevo una muda de ropa y mi documentación. No tengo dinero. Dentro no hay nada de valor. Le agradecería que me la devolviera.

—Ya sé que no tienes con qué pagar. Un euro con cuarenta y tres céntimos, eso llevas. Miré para coger lo que es mío. Me sigues debiendo una puerta —dijo el dueño.

Aquel tipo se agachó, sacó la mochila de debajo del mostrador y se la lanzó al

joven. Ángel la cogió al vuelo.

—¿Me permite cambiarme en la parte de atrás?

—Haz lo que quieras.

Ángel se vistió en el aseo y volvió al bar a los cinco minutos. Se acercó a la barra y preguntó:

—¿Necesita a alguien para trabajar? Sólo un par de días. Hasta que me recupere.

—¿Estás de broma, chico? No te contrataría ni aunque lo hicieras gratis.

—Puedo limpiar.

—Lárgate. Eres de los que traen los problemas como la mierda a las moscas.

—Atraen.

—¿Qué?

—Atraen los problemas, no traen.

—Vete a tomar por culo. ¿O es que en lugar de vete se dice avete?

Los parroquianos se echaron a reír. Ángel se giró, dio unos pasos y salió del bar.

Desde fuera, el chico se fijó en cómo alrededor de la luz del televisor crecía la oscuridad, reducida por las secuencias más brillantes del programa que emitían.

Miró hacia las luces del municipio en el que le habían curado, a cinco kilómetros de allí, desperdigas y casi ahogadas por una noche sin luna. Se quedó de pie. Junto a la carretera. Contemplando el exterior.

El contorno de las nubes se suavizaba al caer de pie en un horizonte perfilado con una extraña raya ambarina. La línea clara horizontal y la vertical del cielo dibujaban una cruz como si el exterior también se acordara de la madre del joven.

Ángel caminó unos cuatrocientos metros, hasta un lugar en el que las rocas formaban casi una circunferencia. Entre ellas se creaba un espacio en el que la naturaleza simulaba una habitación salvaje.

Estaba cansado. Bebió agua de la botella hasta acabarla. Luego se tumbó boca arriba. Se quedó dormido a los pocos minutos.

Despertó por la mañana, cuando el sol aún no había salido. Las luces del bar aún estaban encendidas y las sombras seguían grabadas en las paredes.

Ángel volvió a casa a los tres días después de haberse marchado. El hermano mayor abrió la puerta cuando llamaron y se lo encontró.

—Ángel. Qué sorpresa.

—¿Cómo sigue?

—Igual. ¿Dónde te habías metido?

—He estado por ahí.

—Te fuiste sin dinero. Oye, traes mala cara.

—Necesito dormir.

—Parece que te haya pasado un camión por encima.

—Algo así.

—Me llamaron del banco.

—Ya lo sé. Yo no tenía autorización para sacar dinero de la cuenta.

—Haber vuelto a casa.

—Vamos a dejarlo.

Y lo dejaron.

Pero ahí no acabó la cosa. Ángel le preguntó a Salvador. A su modo. Sin miramientos. Como si lo tuviera más que decidido.

—¿Dónde está la jeringa?

—¿Qué jeringa?

—La jeringa de la que hablaste.

—¿Qué jeringa?

—La de potasio.

—Pero ¿qué jeringa dices?

—Joder.

—Es que no sé de qué hablas.

—Dame la puta jeringa.

—La tiré.

—Y una mierda.

—Ángel, quizá deberíamos sentarnos y hablar.

—¿Dónde está el cajón de las medicinas?

—Allí no está la jeringa.

—Entonces, ¿dónde?

—Yo creo que es muy precipitado, Ángel. Podríamos preguntarle antes al médico. Y también al tío.

—Y a la zorra de tu prima.

—Bueno, si quieres se lo podemos preguntar también a la prima Gema.

Ángel se rió y volvió a ponerse serio enseguida.

—¿Te das cuenta, Salvador?

—¿Que si me doy cuenta de qué?

—De lo zumbado que estás. Todo te lo tomas al pie de la letra.

—Es que lo de las palabras es muy complicado. Significan lo que significan. Pero a veces, según el contexto, parecen otra cosa. Dame algo de tiempo. Ahora, por ejemplo, creo que ya te he entendido. Soy lento, pero al final lo pillo. Era una broma. Lo de decírselo a la prima. Lo que tú me habías dicho es eso que llaman una ironía, que consiste en decir lo contrario de lo que parece que has dicho.

—Sé lo que es una ironía.

—Pues qué bien. Los dos lo sabemos. Eso está bien. Muy bien.

—Salvador.

—¿Qué?

—Salvador.

—¿Qué quieres?

—Salvador, dame la jeringa.

Entraron en la habitación en la que la madre yacía acostada, como si ya estuviera muerta. No parecía respirar.

Ángel llevaba en la mano derecha la jeringa cargada con cloruro potásico. Se acercó a la cama. Sin echarle un vistazo. Sin dirigirle siquiera una mirada de refilón.

La cogió del brazo izquierdo. Sostuvo esa extremidad en el aire mientras examinaba la vía intravenosa que su madre tenía cogida en el antebrazo.

—¿Qué tengo que hacer? —le preguntó a Salvador.

—Gira la palometa.

Ángel señaló la palometa.

—¿Esto es la palometa?

—Sí, pero antes introduce la jeringa en la llave de tres vías.

Ángel señaló la llave de tres vías.

—¿Aquí?

—Sí, ahí.

—¿Sin aguja?

—Claro que sin aguja. No seas burro.

Ángel introdujo la jeringa en el sitio correcto. Luego giró la palometa.

—¿Y ahora?

—Empuja el émbolo de la jeringa.

Ángel lo hizo.

—¿Y ahora?

—Ya está.

—¿Ya está?

—Sí. Ya está.

—Pensé que sería más complicado.

—¿Más complicado?

—Que habría que hacer otra cosa.

—¿Cortarle la cabeza o algo así?

—Algo así.

—Pues no. Ya está.

Lo siguiente pasó muy deprisa. La visita del médico. El parte de defunción. El desfile de familiares y amigos. La misa de difuntos. Un crédito pendiente que había que liquidar. Los gastos de la incineración.

El tío propuso que había que ingresar a Salvador. Buscarle una residencia, siempre que fuera a cargo del estado. Ángel debía entender que él no estaba para

gastos ni tenía obligación de cargar con el esquizofrénico de la familia.

De Ángel no había que preocuparse porque el hermano menor iba a su aire y era mayor de edad y siempre supo buscarse la vida y a partir de aquel momento no iba a ser diferente. Además, por lo que el tío tenía entendido, Ángel había firmado un contrato para empezar trabajar fuera de la península, en la isla de Realarocha.

El crápula de la familia. A ver si enderezaba un poco el rumbo y se convertía en un hombre de provecho. Si el servicio militar fuera obligatorio, como antes, a Ángel se le iban a acabar las tonterías. Allí lo habrían hecho un hombre. Pero un hombre de los de antes. Un tiarrón de la cabeza a los pies. En fin. Las cosas estaban como estaban y los viejos tiempos no iban a resucitar.

Salvador fue al banco a cerrar la cuenta de ahorros. Volvió a casa con el dinero que les quedaba después de saldar todo lo pendiente. 478,5 euros.

—Mañana nos vamos —dijo Ángel.

—Yo no puedo. En Realarocha no permiten acompañantes, ni familiares, ni novias. Tú lo dijiste. Así que imagínate. Si apareces conmigo, te echarán. El tío lo tiene todo arreglado. Me ha dicho que voy a estar la mar de bien.

—Haz la maleta.

—¿Vas a hacer de Robert?

—¿Qué Robert?

—Robert de Niro.

—No, voy a hacer de Robert de Niro.

—¿A Realarocha? ¿Los dos?

—Nos vamos a la playa de La Vilanova. Donde trabajó mamá.

—Ángel, si te digo una cosa, ¿te enfadas?

—Depende.

—No suena bien.

—Prepara lo tuyo.

Ángel tiró de la puerta y no regresó hasta la noche.

Esa madrugada, los dos hermanos cogieron un autobús. Luego un tren. Por la mañana, a eso de las doce, estaban en la isla.

Así de fácil. Como si todo fuera un truco de magia en el que de repente estás en un sitio y antes de que te des cuenta apareces en otro. Como si estás con alguien y, cha—chán, ya no estás con ese alguien, y luego, cha—chán, vuelves a estar.

Ángel se acercó a un vehículo aparcado, en cuyo lateral podían leerse las dos siglas que identificaban a La Fundación. Incluyó el tronco hacia la ventanilla bajada y le preguntó al conductor.

—¿No sabrá dónde puedo alojar por aquí cerca a mi hermano?

El otro, un tipo corpulento con una cara que parecía un ladrillo, negó con la

cabeza. Señaló en dirección a la casa, situada a dos kilómetros del puerto.

—Allí es donde tienes que ir.

—¿Alquilan apartamentos?

—Sí, hombre, para la temporada. Como casi no quedan turistas en estas fechas, encontrarás muchos apartamentos vacíos —ironizó.

—Buscaba algo barato. Solo para él —dijo Ángel señalando a su hermano.

El otro se echó a reír.

—Pero chico, ¿sabes dónde estás? En esta isla no hay nada, salvo La Fundación.

—Gracias de todos modos.

Se despidieron.

Los dos hermanos caminaron hacia el microbús que recogía a los pasajeros del ferry.

—Tenía cara de estáis molestando —dijo Salvador.

—No tenía cara de eso. Conduce un coche, ya está —replicó Ángel. Luego le ordenó a su hermano, señalando al microbús—: Sube.

—No puedo.

—Joder.

—No hables así, Ángel. A mamá no le gustaría.

—¿Por qué no puedes?

—No soy personal cualificado.

—¿Que no eres qué?

—Es un vehículo para personal contratado por la empresa. Por lo tanto, no puedo subir.

—Salvador, ahora no.

—Te dije que no era una buena idea. No debería haberte acompañado.

—¿Piensas subir de una vez o vas a ir andando?

Salvador se calló, agachó la cabeza y subió al vehículo.

Cuando llegaron, se bajaron y contemplaron el edificio. Una fachada sencilla, blanca, con arcos como dientes en hilera en uno de los laterales. Por encima y detrás de ella, asomaban las ramas altas y las copas de los árboles del jardín.

Ángel cargó con su mochila y Salvador arrastró su maleta de viaje con una mano. Fueron hacia la entrada. Una veinteañera con uniforme se dirigió a ellos en cuanto los vio abrir la puerta.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió Ángel.

—¿Vienen juntos?

—¿Perdón?

—Le pregunto si comparten habitación o si les han asignado una individual a cada uno.

—Bueno, no vengo solo.

—Ya lo veo, por eso le pregunto —dijo ella sin dejar de sonreír.

—Supongo que preferiría que estuviéramos juntos.

—Pero ¿no le han dicho dónde se van a alojar?

—Bueno, él... —señaló a Salvador, que en ese momento se metía un dedo en la nariz mientras miraba hacia el techo del vestíbulo de la casa—. Él es mi hermano mayor.

—Y no tiene contrato —dijo ella. Había mudado el semblante, por uno que parecía una tabla de planchar.

—Yo sí. Pero él no. De eso quería hablar con alguien.

—No se permiten acompañantes.

—¿Con quién puedo hablar? —insistió Ángel.

Ella suspiró. Dirigió a ambos una mirada recriminatoria y luego dijo, muy seca, antes de dar media vuelta y salir:

—Veré qué puedo hacer.

Salvador se alejó del mostrador de recepción. Entró en un patio situado a la derecha de dónde Ángel esperaba.

Se había levantado una ventisca que movía las hojas de las palmeras. Los cúmulos densos del cielo se arrastraron para agruparse en una única y extensa nube algodonosa, cada vez más sucia.

Palpó su pequeña suma. Les quedaban poco más de doscientos euros. Aunque el trabajo de Ángel estaba bien. Lo pagaban bien.

La sala en la que entró parecía un museo. Salvador desconocía que aquella habitación homenajeaba a Sebastián Jimeno, propietario de La Fundación.

La luz que se filtraba a través de los cristales opacos se desvaneció. Se oyó el primer trueno, distante.

Cambió de habitación. Entró en un salón en el que a cualquiera le gustaría vivir. La cuidada composición de los muebles otorgaba a la sala cierto resplandor. Un aparador de madera, apretado contra una pared blanca. Estanterías con platos de porcelana y vasijas que dejaban suficiente espacio para respirar. Una gran mesa cuadrada en el centro. Sillas de madera alrededor. Paredes cubiertas por fotografías de la isla, enmarcadas en tonos claros. Una puerta abierta conducía a una terraza con vistas al mar. La sensación era de calma, a pesar de las nubes.

Salvador volvió a recepción. Allí seguía su hermano. Hablaba con un encargado. Se fijó con detenimiento en la joven que le había saludado al entrar en el edificio. Le miró el cuello. Se detuvo en los lunares y en el color de la goma elástica con la que ella se sujetaba una coleta. Luego en el contorno de sus ojos, en el rosa del lápiz de labios, en los senos pequeños y en el dibujo de encaje del sujetador, que se adivinaba a través de los dos botones superiores abiertos de una camisa estampada en

cachemira.

—Me ha gustado la casa —le dijo Salvador.

La joven le miró. Dibujó una sonrisa obligada y siguió escuchando la conversación que tenía lugar entre su hermano y aquel hombre de la empresa. Salvador no prestaba atención a lo que decían, como si aquella discusión no fuera con él.

—Me ha gustado mucho, es muy acogedora, quiero decir —insistió.

Ella, esa vez, ni siquiera giró la cabeza para darse por enterada.

Salvador miró hacia el exterior. La tormenta se acercaba a la isla.

—Viviría en ella de lo acogedora que parece. Porque lo parece. Acogedora, quiero decir. Mucho. Muy acogedora. Y muy limpia también —continuó.

—Salvador, ahora no —ordenó Ángel.

El hermano mayor pareció despertar de algún encantamiento. Se calló y siguió la conversación de Ángel con aquel encargado.

—Tal vez te interese lo de Fran, porque no se me ocurre otra manera de solucionarlo.

—Lo que sea —dijo Ángel—. Si él se tiene que ir, yo también me marcharé.

—Es una opción —siguió el otro, haciendo oídos sordos a la advertencia que acababa de oír—. Fran es un hombre mayor, casi ciego, que está en una silla de ruedas. Vive a un kilómetro de aquí. Les puede ofrecer alojamiento y comida a cambio de que le ayuden en las tareas cotidianas y le cuiden. Siempre hay alguien que quiere ahorrarse la comida. Como ya sabrá, la empresa no la incluye en la dieta. Su hermano tendría que dormir todas las noches en la casa. Es un tipo raro, aunque nadie se queja de él. Antes le cuidaba un sueco o un noruego, pero ese chico volvió a su país. Creo que ahora se aloja allí un cubano que trabaja en la cocina, así que puede que la habitación no esté disponible. No pierdes nada por probar. Si allí no hay sitio para tu hermano, él tendrá que irse. La Fundación no es un hotel.

El espesor del cielo llegó al límite de lo soportable. Las nubes apelmazadas parecían haberse llenado de arena. Latidos que desgranaban un aire casi reducido a un esqueleto. Un letargo nada tranquilo bajo una cubierta borrascosa. Anunciaba una violencia inútil, quizá imposible de contener.

Salvador miraba hacia lo alto mientras caminaba al lado de Ángel. Arrastraba la maleta con la derecha a través de un camino medio tomado por la vegetación. Tropezó un par de veces, pero no llegó a perder el equilibrio. Tampoco retuvo el paso ligero de su hermano.

Llegaron a la casa. Las ventanas estaban abiertas. A través de ellas, salían los acordes de unos trombones. Salvador los reconoció. Parsifal. Del bosque a Monsalvat. Un lugar en el que el tiempo se hacía espacio.

Ángel buscó un timbre, pero no lo encontró. Llamó a la puerta con los nudillos.

—Está abierta —dijo una voz ronca.

Ángel la empujó con una mano y entró en la habitación principal, un salón entarimado con dos ventanas.

—¿Es usted Fran?

—¿Y tú?

—Me llamo Ángel.

—¿Qué quieres?

—Necesito una habitación. Para mi hermano.

El que fuera Señor de Negro estaba sentado en una silla de ruedas, cerca de una ventana que daba al mar. Tenía el pelo enmarañado y la mirada perdida. Soltó un bufido.

—¿Te parece esto un hotel?

—Me han dicho que necesita usted a alguien.

—¿Quién dice eso?

—Acabamos de llegar. Busco algo para mi hermano. Pregunté y me dijeron que usted necesitaba a alguien que le ayudase, y que a cambio estaría dispuesto a ofrecer alojamiento.

El hombre alargó un brazo hacia la mesa situada junto a la silla de ruedas. Cogió el mando a distancia del reproductor de cedés, bajó el volumen y volvió a preguntar.

—¿Quién te ha hablado de mí?

—Alguien que trabaja en La Fundación —dijo Ángel. Luego añadió—: Soy mecánico. Tengo un contrato. Pero mi hermano no.

Unas gafas grandes y oscuras ocultaban los ojos de Fran. La boca le colgaba, como si alguien tirara de ella hacia el suelo y durante esa caída hubiera labrado dos surcos profundos que le impedían sonreír.

—¿Y dónde está tu hermano?

—Soy yo —dijo Salvador, dando un par de pasos hacia delante. Entró en la cabaña del viejo.

—¿Por qué no trabajas?

—No estoy cualificado.

—¿Qué sabes hacer?

—Creo que nada.

—¿Crees que nada? ¿Y entonces por qué iba a dejar que te quedaras aquí?

—Bueno, yo le dije a mi hermano que no era una buena idea. No he firmado algún contrato, pero Ángel dijo que lo solucionaríamos.

—Salvador —dijo Ángel.

El hermano mayor siguió hablando.

—Ángel puso cara de yo puedo solucionar las cosas, Salvador. Luego dijo que encontraríamos algo que yo pudiera hacer. ¿Y sabe qué? Pues que Ángel tenía razón.

Porque hay una cosa que sé hacer muy bien, y es cuidar a las personas. Aunque no tengo un título universitario, puedo hacerme cargo de alguien que lo necesite. Pero con eso no quiero decir que usted tenga cara de enfermo.

—Salvador, ahora no —interrumpió Ángel.

—No lo estoy teniendo a menos porque esté sentado en una silla de ruedas. Jamás se me ocurriría. Tiene que creerme. Pero es que he estado cuidando de mamá durante mucho tiempo, hasta que ella...

—Mi hermano es medio enfermero —cortó Ángel.

—¿Sólo medio? —preguntó Fran con humor.

—Sabe cuidar a la gente.

Se oyó un ruido de pasos. Fran miró por la ventana. Ángel y Salvador hicieron lo mismo. Unos segundos después, un quinceañero de aspecto recio se asomó por ella. Traía una bolsa llena de fruta.

—Para ti, viejito. No son burros, pero te van a encantar.

El recién llegado mostró media docena de plátanos grandes, amarillos, con pintas, y sonrió.

Una hilera de dientes impresionante. Cuello de búfalo encajado en hombros de búfalo. Y la piel también casi de bisonte, marrón oscura. Ojos de rapaz, perspicaces, fuertes.

Le cambió el rostro cuando vio a Salvador.

—¿Quién es este ganso? —le preguntó al hombre en silla de ruedas.

—Quiere quedarse —respondió Fran.

—Se le ve reyoyo, ¿no, viejito? ¿Le has dicho ya que no puede?

—Díselo tú.

Yovani desapareció de la ventana y se plantó delante de la puerta. Tropezó con Ángel, que seguía allí de pie y no se apartó.

Fran empujó hacia atrás la silla de ruedas con las manos y se perdió en las sombras de la habitación, sin decir nada. Parecía divertirse aquello.

Yovani empujó a Ángel, cruzó la habitación y soltó la bolsa con fruta que llevaba en la cocina. Luego volvió al salón.

Se encaró con Salvador.

—Pendejín, ¿no oíste al viejo? Sidoso pinche mierda, largo de aquí.

—Sé cuidar muy bien a las personas, tiene que creerme. Se lo puedo contar más despacio. Lo de mi experiencia, quiero decir. En cuanto tengamos confianza el uno con el otro —dijo Salvador dirigiéndose a Fran.

—Puto perro hijo de tu cerda madre, ¿qué fue lo que dijiste? ¿Con quién hablas? —interrumpió Yovani.

—Aunque si la habitación está ocupada, dígamelo y me iré. Sin rencores. Yo no he venido a molestar. De eso puede estar completamente seguro —dijo Salvador,

ignorando otra vez a Yovani.

—Mira qué bien habla el cabrón hijo de papá. ¿No me oíste, pendejito?

—¿Quieres hablar conmigo? —dijo Ángel, interponiéndose entre Yovani y Salvador.

—Ya basta —cortó Fran.

El viejo giró la silla de ruedas y se acercó de nuevo a la ventana. El cielo había taponado cualquier rayo de luz que pretendiera escapar de lo alto y tocar el suelo de la habitación. En aquella penumbra, medio oculto y con las grandes gafas de sol todavía puestas, apenas se adivinaba algún gesto. Fran parecía aún más abandonado, una sombra inanimada en silla de ruedas.

—Prometiste arreglar el ventilador. Hazlo ahora. Yo hablaré con ellos —le dijo Fran a Yovani.

El chico caminó despacio hacia atrás. Miraba fijamente a Ángel. Esquivó la silla de ruedas sin despegar los ojos del otro muchacho. Luego se perdió de vista en la oscuridad del pasillo.

Se oyó el sonido de unos pasos fuertes cuando Yovani empezó a subir la escalera que conducía a la planta de arriba.

—La casa es muy pequeña. Hay una habitación de invitados y está ocupada —explicó Fran—. Yovani vive aquí desde hace unos días. Estoy contento con él. Es un buen chico.

Movió la silla con pericia. Llegó a un pequeño mueble bar del que sacó una botella de vino. Se sirvió un vaso. Se bebió el contenido de un sorbo.

Luego le preguntó a Salvador.

—¿Por qué quieres vivir en esta casa?

—Tiene que dormir en alguna parte —respondió Ángel.

—Le preguntaba a él —el viejo volvió a dirigirse a Salvador—: ¿De verdad quieres vivir aquí?

Salvador guardó silencio.

Fran señaló el reproductor de cedés.

—¿Te gusta la música?

—La escena de la transformación del primer acto —respondió Salvador.

—Eso es lo que escuchaba cuando entrasteis. ¿Te parezco un intelectual?

—Pues no, señor, la verdad es que no lo parece. Pero no se apure, porque yo tampoco lo soy. No entiendo de música. Solo la escucho por la radio. Sé que unas me gustan y otras no. Esa de Wagner, la de Parsifal, es de la que me gustan. Me refiero a sentirla. Eso quiero decir. No sé si me comprende. Tener una intuición al escuchar una música para mí es suficiente. No crea que soy un intelectual de esos que se hacen la picha un lío. Tampoco quiero molestar a los que entienden y han estudiado y se esfuerzan, pero esos, muchas veces, para hacer algo tienen que darle antes ochenta

vueltas a las cosas y luego o escogen la peor opción o siguen sin ir a ninguna parte.

—Esos que lo analizan todo y siempre están tristes.

—Sí, señor, a esos me refiero.

El viejo conectó el equipo de música. Volvió el coral de los trombones, el que recibió a los dos hermanos cuando llegaron a la cabaña.

—¿De dónde venís?

—De Guadalbénzar. Estábamos hartos de aquello, Ángel más que yo —dijo Salvador.

—¿Mi hermano puede quedarse con usted? —insistió Ángel.

—Arriba, junto a la habitación de Yovani, hay otra que uso de trastero. Amontonad los cachivaches que guardo en uno de los rincones y acondicionarlo para vivir, si es que podéis.

—Gracias, muchas gracias —dijo Ángel.

Salvador secundó a su hermano con un torpe movimiento afirmativo con la cabeza.

Ángel arrinconó unas cajas cerradas de cartón, una mecedora, un perchero, una montaña de discos de vinilo y varios cajones llenos de chismes. Miró el espacio que quedaba. Muy justo para extender en el suelo un colchón, lo único que se podía aprovechar de todo lo que había guardado en el trastero.

Apoyó la maleta de Salvador en la única esquina que quedaba libre, junto a la ventana. En aquel dormitorio improvisado, Salvador podría dormir, pero poco más, salvo leer tumbado en el colchón.

Yovani asomó la cabeza en la minúscula habitación, sonriente.

—¿Sabéis? Hoy recién hablé con mi madre. Ando loco pensando cómo mandarle algo de cash. Tengo que ayudarla y convencerla de que tiene que salir de Cuba. Aquí me siento feliz. Yo no volveré a la isla del Kagandante.

—¿Qué es eso del Kagandante? —preguntó Salvador.

—¿Quién va a ser? Fidel. No nos hemos presentado.

Yovani entró en la habitación. Le tendió la mano a Salvador y pronunció su nombre.

Su perfecta hilera de dientes blancos, confiada, desprendida, esperaba el mismo gesto de bienvenida, al que Salvador correspondió. Luego, Yovani le tendió la mano a Ángel, que devolvió el saludo sin mirarle ni cambiar la seriedad de su rostro.

—Perdonad el berrinche de antes. ¿Hermanos? Venga. Ahora somos hermanos.

Ángel parecía reacio a incluirlo en su nómina de amigos. Salvador dijo que sí con la cabeza.

Yovani cambió de tema.

—He recibido una llamada muy importante, de un amigo fantástico. No hablo con todos los de allí. Con algunos, desde que me marché, nada. Eso es algo duro. Por eso

la llamada de un amigo de verdad me ha hecho muy feliz. Me gusta compartir la felicidad y también la tristeza con ustedes —sin perder la sonrisa le dijo a Salvador—: Te camelaste al viejito, ¿eh?

Ángel esperó a que Yovani se cansara de hablar.

Cuando se despidieron del chico cubano, Salvador abrió su maleta y empezó a sacar la ropa que traía. La apiló encima de una caja de cartón.

Salvador extendía el mantel en la mesa del salón. Luego llevó los platos y los cubiertos.

Yovani terminaba de preparar la comida. Arroz con carne de cerdo.

—Después de todo, no va a llover —dijo Fran, como si ahorrarse una tormenta fuera un inconveniente. Miró a Salvador—. Cuando terminemos de comer, me gustaría dar un paseo por la playa. ¿Te importa acompañarme?

—No, claro que no me importa. Quiero decir que iré con mucho gusto. La playa me encanta. Y oler el mar. Y fijarme en las gaviotas.

Azul ruidoso y graznidos que volaban bajo. Un horizonte fúnebre desde que las nubes decidieron estancarse.

La lluvia ausente. Un gris desencajado. Cúmulos desviados por un viento que aclaraba la respiración y anunciaba un final más apacible.

El viejo se alejó de la ventana, empujó la silla de ruedas y ocupó su lugar en la mesa. Le quitó un pico a la barra de pan y se lo llevó a la boca.

Yovani les avisó.

—Al arroz le falta darle solo un punto.

Las tripas de Salvador gruñeron. Había desayunado una magdalena y un vaso de leche a las siete y media, nada más. Su estómago se lo recordaba.

Fran le dio otro pellizco al pan, mayor que el anterior.

—Te vas a chupar los dedos, pendejín —le dijo Yovani a Salvador.

Unos minutos más tarde, Yovani entró en el salón con la cazuela de arroz entre las manos, metidas en guantes de paño.

—¿Sabes cocinar? —le preguntó el viejo a Salvador.

—Puedo preparar huevos fritos. Y tortilla. Y ensalada.

—María Cristina me quiere gobernar... —dijo Yovani cantando—. ¿Oíste lo que dijo? El huevón sabe preparar huevos. ¿Quieres la raspa, viejito? —Fran negó con la cabeza y Yovani se dirigió entonces a Salvador—. Y el pinche de cinco tenedores, ¿la quiere?

—No.

—Pero ¿sabes lo que es la raspa?

—Sé lo que es una raspa. Aunque no sé a qué llamas tú una raspa. Puede que sea lo mismo. El esqueleto del pescado.

—Te pregunto si quieres la costra de arroz que se queda pegada al cazo.

—No, gracias.

—Entonces, para mí. Si te parece bien, viejito, será mejor que mañana también me ocupe yo de cocinar. El pinche fregará los platos y limpiará la casa.

Terminaron de comer.

—Te toca hacerte cargo esta noche del viejito —dijo Yovani mientras se dirigía hacia la puerta.

—Quería salir esta noche. Dar una vuelta con mi hermano —dijo Salvador.

—Le ronca la malanga lo de este caballero —dijo Yovani, riéndose. Abrió la puerta y añadió—: Tu turno, huevón. Ni siquiera empezaste tu parte.

—¿Qué parte?

—Los platos. Los tienes que lavar. Y fregar el suelo de la cocina.

—Puedo hacerlo mañana.

Yovani se dirigió entonces a Fran.

—¿Has oído al comemierda? —antes de despedirse, señaló con el dedo a Salvador y dijo—: No soy un esclavo, hijo de tu puta y asquerosa madre. Más te vale que la cocina esté reluciente cuando vuelva.

Yovani dio un portazo. El golpe llenó la habitación y produjo un eco que no se marchó del todo.

Salvador empujó la silla de ruedas de Fran en dirección a la playa. Allí pasó algo extraño. El hermano mayor se fijó en una mujer sentada en la arena, lejos de ellos, que miraba hacia el mar. Creyó que era su madre.

La imagen oscilaba. En algunos momentos la veía borrosa. En otros, nítida. Cuando no aguantó más, Salvador habló.

—Me parece que aquella mujer que está sentada en la orilla es mi madre. Lo que no puede ser. Porque mi madre no vino en el ferry con nosotros. Con mi hermano y conmigo, quiero decir. Pero es que aunque hubiéramos decidido que viajara con nosotros, no podríamos haberle sacado un billete. Habría resultado imposible. Del todo imposible.

Fran miró a Salvador.

—No es tu madre.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Pero tú no puedes verla. O casi no puedes.

Se hizo el silencio.

Breve. Salvador no era de los que se estaban callados.

—He leído en alguna parte que el cosmos es una persona. Tan pequeño como un hombre. El sol y la luna son los ojos de un cuerpo. El aire, entonces, tiene que ser el

pecho. Y la tierra, el abdomen. Las piernas serían el mar. Y los pies, incluidos los dedos, las raíces de las plantas. La naturaleza se parece a alguien con brazos y piernas. Eso he leído. ¿Estás seguro de que no es mi madre? No me gustaría que se levantara de entre los muertos.

—¿Crees en fantasmas?

—No.

—Haces bien.

—¿Estás seguro de que no es mi madre?

—¿Puede ser tu madre?

—La verdad es que no.

—Pues ya está.

—Si no es un muerto que ha resucitado ni un fantasma, ¿qué es entonces?

—Materia. Moléculas. Átomos. Como el pinar o el mar. Como tú o yo.

—¿Y algo así lo podemos tocar?

—Lo sabremos si se acerca.

—Te lo pregunto porque tengo un problema. Es una enfermedad. A veces veo personas que no existen. Para eso tomo medicinas. No me gustaría estar viendo a alguien que en realidad no está ahí.

—Es lo que te digo. Si se acerca, podemos hablar con ella, a ver qué sucede.

—Es una buena idea.

—Yo apostaría a que es una chica que tiene algo de Kafka.

—¿Kafka?

—Sí. Kafka. El escritor.

—¿Por qué Kafka?

—Creo que le gusta mucho leer. Ella habría querido poder escribir tan bien como lo hacía Kafka.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Sí, claro.

—¿Tomas medicinas? Como las mías, quiero decir.

—No.

—Ah. Vale. ¿Y la conoces de algo?

—De algo.

—¿Crees que vendrá hacia aquí?

—Cuando acabe su metamorfosis.

—No te entiendo.

—Bueno. Yo tampoco lo entiendo muy bien.

—¿Debería contárselo a Ángel?

—¿Por qué no?

—No quiero que me suban la dosis.

—Yo en tu lugar estaría tranquilo.

—Vale. Te haré caso —Salvador se calló, pero el silencio apenas duró unos segundos—. ¿Sabes? Ángel es la mejor persona que conozco.

—¿Se lo has dicho?

—Le dije que era el mejor hermano que tenía y se echó a reír. Claro, como no tienes otro, me soltó. Esta mañana, antes de que se fuera a trabajar, le he dicho otra cosa.

—¿El qué?

—Que yo aquí estaría bien. Y que no me importaría quedarme. Me refiero a luego. Cuando él se tenga que marchar.

—Yo también lo creo. Aquí estarás bien.

—Tú y yo. Cuidaríamos el uno del otro.

—Genial.

—¿Y sabes?

—¿Qué?

—Le dije otra cosa. Que él y yo ahora somos pájaros.

—¿Y tu hermano qué opina de eso?

—Sonrió un momento. Luego repitió esa palabra. Pájaros. Me pareció que puso de cara de sí, de que ahora lo somos. Pero no dijo otra cosa. Como es Ángel. Es decir, lo que hizo fue quedarse callado, mirar hacia el agua y ya está.

A Salvador le debió parecer entonces, como a Ángel cuando lo arrastraron atado por los pies, que la sangre era agua y el agua era sangre. No solo la del mar. También la esporádica, encauzada a través de los barrancos, infiltrada en la agujereada roca volcánica, reunida en hendeduras y en lagos subterráneos, enfriada en manantiales y en pozos.

Alrededor de la luz que quedaba se organizaron las sombras. La noche cayó como se cierran unos párpados.

CONSULTORIO RADIOFÓNICO DEL LICENCIADO CÉSAR POCO DE ANTERO

Antonio Romero

Hospitalet de Llobregat, 1968.

A Antonio Romero lo nacieron en Hospitalet de Llobregat, Barcelona, aunque afirma no recordarlo. Estudió poco y mal hispánicas y fotografía y ha dado tumbos por bastantes sitios, como Córdoba, Madrid, Galicia, Asturias y Málaga. Actualmente existe en Terrassa. Una de sus exparejas lo definió en cierta ocasión como «una persona muy aburrida a la que le gusta reír». Se afeita una vez por semana. Sólo cree en Mirza Delibasic. Pierde paraguas. Se medica lo indispensable. Y como toda la buena gente, le tiene cariño al Coyote y al pan con aceite.

En Sportula ha publicado el inclasificable libro El hombre que cabía en una botella de anís del mono.

Apreciado César Poco:

vuelo y no se sabe. Siempre encarta la mala pata que mis vecinos me miran cuando me pego un porrazo —que de tanto en tanto me los meto, no le engaño— pero cuando planeo hermanado con el viento, a lo águila imperial, que son las más de las veces, resulta que ninguno se fija en mí. Anteayer, sin ir más lejos, me planté en Ponferrada en hora y media, pues bien, nadie cayó en la cuenta. Ni satélites meteorológicos, ni torres de control aéreo, ni excursionistas con prismáticos, nadie. Y luego, en Ponferrada, era fiesta de guardar y estaban todos de romería. Pero a la vuelta, al enfilar el descenso para posarme en la plaza de mi pueblo, descuadré el aleteo y patapum, batacazo frente al casino. Y entonces sí que sí: allí estaban el Perico y el Guzmán que asistieron en primera fila al morrón. «¡Ea, ahí sigue el niño de la Pascuala tirándose de cabeza desde los tejados!, ¡qué ideas, virgencita, qué ideas!», comentaron los malditos.

Estoy triste, señor licenciado.

Muy triste.

Y cogiéndole mucha tirria al mundo.

Me pongo en sus manos.

A.

Señor licenciado César Poco:

le suelo comentar a mi novia, generalmente en el transcurso de la cena, que su madre luce unos pechos firmes y no aparenta la edad que tiene. Mi novia se encapota y rabia callada, pero al rato me lleva a la habitación por la oreja y hacemos el amor como salvajes. Qué barbaridad. No me siento atraído de ninguna manera por mi suegra y, con total franqueza, la incluiría en el segmento de población femenina que envejece fatal.

Acudo a usted hecho un mar de dudas, ¿peligra la relación con mi novia si insisto en esta estratagema?, ¿cuántas veces al mes, según su criterio, podría hacer uso de ella sin que nos repercuta negativamente?, ¿debería desear intimar menos con mi novia y ceñirme al modo habitual?

Amo a mi novia. Pero no sé si podría retornar al modo habitual.

Atentamente F.

Señor Poco:

mi vecino no se mata cuando lo arrojó por la ventana. El tío es un espíderman que se agarra a cualquier saliente o baranda y frena la caída. Lo he intentado todo. Desde engrasarle las manos a vendarle los ojos. Con el impedimento añadido de que tras tantas infructuosas tentativas anda resabiado y los procedimientos que en el pasado

empleaba para asomarlo a la ventana —la idílica puesta de sol, la vecinita, un ovni, te invito a una fanta— ya no dan resultado. Tuerce el gesto, recula y no se me arrima.

No me cae mal mi vecino, pero para cojones los míos. Licenciado César, ¿cómo me sugiere afrontar semejante reto existencial y clausurar de una vez por todas este capítulo de mi vida?

Un sincero abrazo.

Abelardo76.

Mi estimado y admirado César Poco:

me he aficionado a ver orinar a mi cuñado. Las últimas Navidades, durante la cena de Nochevieja, coincidimos en el baño y me quedé prendado de la potencia y rectitud de su chorro. Pero mi cuñado vive en un pueblecito de Ciudad Real, Hermosilla del Páramo, muy mal comunicado. Como no dispongo de vehículo propio me dejo una fortuna en taxis y mi economía se resiente. Mi cuñado hace lo que está en su mano por acomodarse a mis trabas y cuando le mando aviso de que voy se aguanta la micción hasta mi llegada. Por no perder el viaje.

No tengo ninguna otra afición en la vida. No me gusta el fútbol, leer, la televisión, la carpintería, pero esto me ha pegado de lleno. ¿Qué me recomienda, señor César?, ¿cambiar de vida urbanita y mudarme a Hermosilla del Páramo?, ¿solicitar ayuda profesional para superar esta adicción?, ¿es malsana?

Quedo a la espera de sus consejos.

Un cordial saludo.

Carololo.

Respetado César:

tengo un cuñado medio tonto que se ha aficionado a verme mear. Las navidades pasadas, durante la cena familiar de Nochevieja, coincidió conmigo en el lavabo y entró en trance. Desde esas Pascuas es una cruz que llevo auestas, cada dos por tres asoma en mi casa a por el tema. Por fortuna vivo muy alejado de su ciudad, en un pueblo fatalmente comunicado, y los gastos en transportes algo lo refrenan. De no ser por ello lo tendría pegado como una lapa.

He intentado ponerme serio y cortar por lo sano, se lo aseguro, pero el pillastre me mira con unos ojillos de cordero degollado y me puede. Mi cuñado es muy poquita cosa, señor César, vive solterón, sin amistades, sin apegos a nada, y da cosa estropearle su única afición.

¿Qué me aconseja para desprenderme de esta verruga y no traumatizar a mi cuñado?, ¿es corriente este acaecido?, ¿de estar mucho con él, y de coincidir de continuo en el baño, podría contagiarme su tontuna?

Quedo a la espera de su contestación.

Un abrazo, señor César.

JordanEustaquio23.

Estimado César Poco:

cuando viajo astralmente no paso de Lugo. No hay manera. Me acuesto, cierro los ojos, y al instante aparezco en la capital lucense. Pero me hago la picha un lío callejeando y no hallo la escapatoria en toda la noche. Con la mala puñeta que a la mañana siguiente, ya en la dimensión de los despiertos, suelo coincidir en el ascensor con mi compadre Maroto que me cuenta y me cuenta sobre las inmensidades desbordadas del Serengueti, o el exuberante estrépito de las cataratas del Niágara, o la milenaria majestuosidad del complejo funerario de Keops, que se conoce que a él sí que le funcionan los largos trayectos. Y yo ¿cómo le correspondo la mano? Con lo de siempre, señor César, con lo bonita que han dejado la fachada del ayuntamiento o el nuevo alumbrado de la Avenida da Coruña. ¡Tengo un coraje!

¿Qué dice la ciencia al respecto de esta avería? ¿Cómo enmendarla? ¿A quién reclamar? ¿Pudiera ser que mi compadre Maroto en sus viajes astrales tampoco pasase de las pedanías de Lugo y que lo que cuenta fuese leído? Ahora que caigo él nunca ha sido de florido adjetivo.

Sáqueme de dudas, licenciado César, le quedaría eternamente agradecido.

Un cordial saludo.

Ernesto16.

Señor César Poco, el motivo de mi misiva no es otro que rogar su amparo y consejo ante el profundo desasosiego que me causa un reciente descubrimiento: creo que me he enamorado de mi esposa.

Los primeros síntomas se hicieron patentes un mes atrás. Un lunes. Mientras se cambiaba de zarcillos en el tocador de nuestro dormitorio se recogió el pelo y algo me zarandó el alma. Me pareció un ángel. De carne y sexo. Desde entonces el asunto ha ido a más y en la actualidad es un perder los ojos cuando alguna de sus pecas destella entre los resquicios de su ropa, el cuello, el canalillo, o cuando me pregunta columpiando una sonrisa si me ha comido la lengua el gato, «¿te pasa algo, Pepe?, ¿por qué me miras tanto?».

Llevo 16 años casado y nunca había experimentado una emoción ni remotamente semejante. Le confieso que estoy asustado. He recurrido a mis amistades pero soy el único en este trance. Señor César, ¿peligra mi matrimonio si la situación se prolonga en el tiempo?, ¿qué perspectivas hay de que vaya a más o se estanque?, ¿me recomienda sincerarme con mi esposa para entre los dos encarar el conflicto y

hallarle remedio?

Aguardo impaciente su respuesta.

Afectuosamente suyo.

José.

VIRTUAL

Domingo Santos

Barcelona, 1941.

Si hay un nombre clave en la ciencia ficción española, sin duda es el de Domingo Santos. Su influencia ha sido notable no solo como autor sino también como traductor, como director de diversas colecciones para varias editoriales y, finalmente, como director de Nueva dimensión, la revista que, entre 1968 y 1982, fue el punto de referencia principal para los aficionados españoles a la ciencia ficción. Novelas como Gabriel o colecciones de relatos como Futuro imperfecto dan fe de su buen hacer como autor de ciencia ficción.

En Sportula ha publicado la novela Gabriel revisitado y la recopilación de relatos Bajo soles alienígenas.

Las olas violetas se encrespan bajo el cielo carmesí. Adopto mi forma delfínida y me sumerjo. Cruzo y ahuyento los bancos de asustados peces junto a la superficie. A los pocos metros la oscuridad es casi absoluta, pero tengo mi faro iluminándome ahí abajo en las profundidades: la ciclópea R'lyeh, el mítico hogar de Cthulhu y sus dioses hermanos, brilla con su resplandor dorado-esmeralda; ningún pez o monstruo marino se acerca a ese santuario del horror y del mal. Pero yo sí. *Yo sí.*

—Faltan sesenta segundos para la desconexión automática —dice una voz en mi cabeza. La ignoro.

La ciudad está cada vez más cerca. Agito con fuerza la cola para impulsarme. Las ominosas torres brillan centelleantes, como grandes joyas malsanas. Seres incognoscibles pululan entre ellas.

—Faltan treinta segundos para la desconexión automática —dice la voz.

Estoy ya sobre la ciudad. Los seres que pululan por ella y alrededor de ella se arremolinan. Parece que quieren atacarme. Estoy preparado.

Y, de pronto, ahí está: Cthulhu. ¡Ha despertado, sin duda ante mi presencia! Su cuerpo gelatinoso brilla obscuro, sus innumerables tentáculos se agitan en las aguas. ¡Es enorme!

—Faltan quince segundos para la desconexión automática —dice la voz.

Avanzo impetuosamente hacia él. Estoy preparado para la lucha.

—Desconexión inmediata —dice la voz.

Sonrío. Esta vez no, me digo sin aminorar la marcha. Esta vez te he vencido. No vas a desconectarme. Me costó mucho dinero el inhibidor de desconexión automática de la realidad virtual, pero esta vez la «vuelta automática» no va a actuar sobre mí. No voy a volver. No regresaré a ese otro mundo frío y gris y compartimentado donde millones y millones de seres humanos morimos en vida. *Éste* es mi mundo.

—Desconexión —dice fríamente la voz. Oigo como un chasquido dentro de mi cabeza, pero todo sigue igual a mí alrededor. Mi sonrisa se hace más amplia. He vencido.

Éste es mi mundo, me repito a mí mismo.

Allá abajo, Cthulhu tiende amenazador sus tentáculos hacia mí. La lucha puede ser épica, y nada ni nadie podrá ya interrumpirla. Con un enérgico movimiento de mi cola delfínida, sintiéndome invencible, me lanzo exultante hacia su gran ojo y el horrible pico de su boca.

BAJO ESTRELLAS FEROCES

Eduardo Vaquerizo

Madrid, 1967.

De formación Ingeniero Técnico Aeronáutico, actualmente forma parte de la plantilla de la Agencia Estatal de Seguridad Aérea. Vive en Madrid desde siempre, ciudad que esta muy presente en su obra.

Lector voraz desde la infancia, comparte interés por la ciencia y el arte, la literatura y el ensayo científico. Escritor compulsivo y vocacional, aborda la escritura como una pasión irremediable.

Aunque parte de su obra puede adscribirse a la llamada ciencia ficción dura o incluso al homenaje más desenfadado al género «pulp», la mayor parte de sus relatos son afines a la intención formal y estilística de la ciencia ficción posterior a la Nueva ola, incluyendo ucronías, relatos Steampunk y experimentos que bordean lo onírico y surrealista.

Ha publicado más de cincuenta relatos, algunos de ellos en Francia y Alemania, y seis novelas.

Entre sus obras más conocidas están: Danza de Tinieblas, finalista del premio Minotauro y ganadora del Ignotus y el Xatafi-Cyberdark de la crítica y La última noche de Hipatia, también ganadora del Ignotus y el Xatafi-Cyberdark.

En Sportula ha publicado Danza de tinieblas y su continuación, Memoria de tinieblas, además de la novela escrita en colaboración con Juan Miguel Aguilera, Náufragos.

Hace frío, respirar es llenar los pulmones de diminutas agujas de hielo. Alonso no lo advierte, tampoco parece notar cómo las correas de cuero, prietas a los hombros y la cintura, le muerden la carne hasta hacerle cardenales. Inspira todo lo hondo que puede, pero no es bastante, necesita absorber el cielo completo, esa límpida extensión de vacío que llega hasta la sierra, en el horizonte. Cuando ya no puede más, expulsa el aliento en densas nubes de vapor condensado. El peso del arnés le aplasta contra el trineo. Se remueve afianzando las manos en los agarraderos. A derecha e izquierda, la larga estructura de madera y tela tiembla y se agita; los tirantes de acero, el cuero y la tela estiradas sobre los amazones recuerdan, más que nunca, las alas de un pájaro desplumado, tiernas, expuestas, incapaces de volar.

Tensa la pierna y presiona el mando de profundidad. El cable, aceitado, circula en su cánula de latón y una parte de las complejas alas se curva en un movimiento natural, silencioso. Prosigue probando los tres ejes de mando: profundidad, con los pies; alabeo con las manos, desplazando las guías adelante o atrás; de guiñada moviendo la cadera de derecha a izquierda. Todo se desplaza suave, engrasado, sin tropiezos.

Una ráfaga de aire helado le estremece. Traga saliva, no queda mucho ya. Alguien grita una orden, escucha los gruñidos de los cilindros empujados por las manivelas de inercia, se escuchan las primeras explosiones; penachos de humo negruzco manchan el tenue aire de amanecida. En los ojos, detrás de las gafas de aeronauta, solo le cabe un color, el azul, sin nubes, la perfección de una nada desafecta. Aquellos penachos negros, el ruido, lo estropean, le recuerdan que está allí para algo.

Antes de que pueda completar su regreso a la realidad, antes de que pueda recuperar los nervios que no le habían dejado dormir en toda la noche, hay otra orden, los motores gimen, los cables de arrastre se tensan, zumban, resbalan sobre los soportes haciéndolos humear; siente el tirón, el trineo avanza sobre la cuna de lanzamiento, una estructura de madera que sostiene una larga curva hecha con rieles de acero. El trineo gana velocidad, el ala izquierda cae, sin pensarlo la mano derecha se tensa, el ala se torsiona, el desequilibrio se ajusta. La cuna se termina, un topetazo imprevisto y el trineo queda atrás. El arnés deja de pesar, ahora tira de él hacia arriba. Apenas se puede sobreponer a la sensación, el aire sopla robándole todo el calor, rugiendo en los oídos. Tiene los ojos muy abiertos, el corazón acelerado, los pulmones hinchados, llenos de ese aire delicioso y frío como un vino de bodega en pleno agosto.

El arnés se eleva sin intervención de su voluntad deslizándose en el aire. No toca los mandos, la inercia del despegue le sigue impulsando, gana altura perdiendo velocidad hasta que se detiene, se silencia el grito del viento en la cara, el flameo de las telas. A cien metros bajo él, hay un campo lleno de charcos helados, que reflejan el sol como si fueran espejos. Está detenido en medio del cielo, allí le gustaría

quedarse, en ese segundo eterno, detenido en mitad de un cielo tan azul, limpio como el corazón de un diamante.

—Alonso de Quijorna.

—¡Presente, señor!

—¿Jura servicio leal y firme hasta la última gota de sangre en el Real Cuerpo de Caballeros Aéreos, al servicio de la su majestad, del imperio y de Dios?

—Juro.

—Acérquese y tome sus armas.

El aire de primavera está lleno de sabores y olores. La banda se ha detenido, las fanfarrias han muerto dentro de los metales brillantes al sol. Aún quedan ecos de la voz de mando del general de la infantería real, tiene que moverse, avanzar hacia el estrado. Traga saliva y camina con pasos medidos sobre la grava del patio. Lo miran muchos pares de ojos: la banda, el regimiento de alabarderos reales y el público — negro por los trajes de gala de los hombres, multicolor por los trajes y sombrillas de las mujeres—. El general espera de pie detrás de una mesa vestida con fieltro rojo. No se oye una mosca, tan solo el rumor de los castaños de indias sacudiéndose levemente.

Al acercarse contempla el brillo oscuro, casi malsano, del revólver, y el plateado del sable desnudo. Antes de que pueda volver a pensar en nada, las manos han aferrado el Villegas y, en dos movimiento cortos y secos, lo han guardado en la funda. Toma el sable y lo sujeta con la mano, recto, en continuación del brazo y apuntando al suelo. Ejecuta el saludo, el acero hiende el aire. Gira sobre los talones y emprende el camino de vuelta a la formación. Ya antes de que retorne a su posición, el general está nombrando a otro. Gonzalo de Sevilla, ¿jura servicios?... No lo escucha. El tabardillo de tela gruesa e hilado en oro, le pesa sobre los hombros. Suda bajo la camisa de encaje, el uniforme de gala es incómodo. Y ahora ¿qué? Ya tiene el sable y el Villegas, símbolo de su graduación en la academia del aire. ¿Debería sentir la herencia de sangre militar removiéndosele dentro de las venas, la llamada del abuelo que luchó en los conflictos de Madrid contra la turba anarcolista, o el grito de guerra del bisabuelo, muerto en tierra de herejes más allá de Francia? No, simplemente se aburre de escuchar el monótono sonsonete de los nombramientos, tan solo punteado por el rumor de las correas ajustándose o el zumbido de algún insecto cruzando el aire. Servicio leal y firme, ¿hasta la última...? Un pájaro, un gorrión joven, cruza el cielo sobre la formación de caballeros. Le recuerda algo muy lejano, lo sigue con la vista. Vuela mal, desperejo, pero aún así, mucho mejor que cualquier aparato que pueda ingeniar el hombre. No está ya allí, firme en la formación, aguantando con el sombrero emplumado el sol de justicia que cae sobre el patio de armas; vuela con el ave, lejos del suelo, lejos de su nombre, de su herencia, de todo.

Se han parado uno frente al otro, en el patio del colegio, y se miran. Benjumeda es un extremeño delgado y fibroso, de mirada empecinada. Alonso, también delgado, pero menos musculoso, más alto.

No es ya la pelea de los niños, que caen al suelo y se zarandean mientras los demás gritan. Tienen catorce años, corre la sangre de los cortes que se han hecho y mancha las camisas del colegio. No puede haber duelos en aquellos que aún no llevan ni espada ni revólver, pero quedan los cinturones de cuero duro y ancho, terminados en gruesas hebillas de metal. Son suficientes para matar a alguien y Alonso lo sabe.

Es Febrero, ambos sudan, los alientos flotan como nubecillas efímeras en el aire helado.

Benjumeda parece que se va a erguir para respirar mejor, pero no, es una finta. Lanza el cinturón tras un giro de medio lado, el cuero silba buscando la sien, Alonso se agacha y la hebilla tan solo le roza el pelo. Lanza el brazo, el cinturón, viaja bajo, no yerra y se le enreda a Benjumeda en la pantorrilla. Tira de él y logra derribarlo, Benjumeda da con la espalda en el adoquinado, el aire se le sale de los pulmones de golpe, en un enorme quejido. Los padrinos se acercan, advierten los de Alonso. Benjumeda respira con los ojos cerrados, no se mueve. El brazo de la correa está laxo, pero Alonso no se fía, rodea el cuerpo caído, pisa la punta del cinturón y luego, ya sin precaución, se arrodilla a su lado. Tiene un pómulo hinchado y cortes en la sien.

—¿Benjumeda?

—Vete a la mierda, Alonso. Tú siempre lo tienes que hacer todo bien.

Alonso se encoge de hombros y sonrío. Benjumeda lo mira desde el suelo, también sonrío y se incorpora, lo ayuda, ambos resbalan, parece que van a caer, Alonso detiene con un gesto de la mano a todos los que se aproximan. Renqueando, sujetándose uno al otro, se alejan ambos del lugar de la lucha, camino de las habitaciones.

—¿De verdad que tu padre fabrica los arneses de vuelo?

—Sí, pero el genio de la familia es mi abuelo, él los inventó.

—Yo creía que habían sido cosa de los turcos, que los usaron para quitarnos Túnez.

—¡Bah!, menuda tontería, lo que ellos usaron fueron derviches cometeros, cometas con cestas. Los arneses son mejores, no necesitan a nadie en el suelo.

Alonso se calló, temía volver a meter la pata. Al fondo del salón su madre departía con varias mujeres. A ellos dos les habían servido en una mesa a parte, cerca de la ventana. Al fondo, de un enorme mueble de madera oscura, lleno a rebosar de engranajes, fuelles y cuerdas tensas, surgía una lenta melodía.

Mientras la invitada se servía té, Alonso volvió a mirarla. Tenía la tez morena, el pelo muy negro, sujeto por un pasador de plata, largas pestañas, una frente redonda y grande. Su familia no había frecuentado a moriscos. Aún le resultaba curioso verlos de lejos, con sus largas chilabas hasta el suelo, normalmente de colores claros. Shayla no llevaba el tradicional pañuelo cubriéndola los cabellos; su madre, sentada unos metros más allá, sí tenía la cabeza cubierta.

—¿Tú padre va a invertir en los arneses del mío?

—No lo sé, a mi no me consulta esas cosas.

Shayla volvió a beber el té moruno que, en su honor y en el de su madre, habían preparado aquella tarde. Tocó el vaso, estaba muy caliente, tanto que apenas podía sujetar el cristal, y ella se lo estaba ya bebiendo. Hizo acopio de valor, tomó el vaso e intentó llevárselo a los labios. Se quemó con el borde, pero aguantó. El líquido, al contrario que su contenedor, estaba templado. Olía a hierbabuena, azúcar moreno y, al fondo, se paladeaba un amargor vegetal, como de hierba mordida en primavera.

—¿Dónde estudiarás el bachillerato?

—No lo sé, supongo que en el colegio de Atocha.

—A mi me gustaría entrar en la academia del aire.

—No admiten mujeres, creo.

—Ya, por eso me gustaría entrar. Me moriría por poder volar con los arneses de combate.

Alonso nota enrojecer la punta de las orejas, ella coge de nuevo el vaso y se ríe de él desde detrás del cristal del vaso.

—Creo que no son aún más que un cuerpo experimental, muchos dicen que no tienen futuro.

—Nunca has probado uno ¿verdad?

Alonso no dijo nada. Entre los jóvenes de la buena sociedad había una nueva moda: volar. Lo sabía, pero nunca, hasta ese momento, se había planteado unirse a la moda. Su padre se lo prohibiría, su madre le coaccionaría para que no lo hiciera.

—No, nunca los he probado, pero eso se puede cambiar fácilmente.

Cuando entró, tambaleándose, en la pequeña buhardilla de la plaza de la paja, tenía el sable y la funda del villegas en la mano. Shayla los tomó despacio y los colocó, casi con reverencia, en el tablero repleto de libros y resmas escritas, dónde estudiaba. El aire de madrugada era fresco, entraba por la ventana de la mansarda y arrastraba tufo de cocido, olor a meada de gato y a hollín. Solo una pequeña bombilla iluminaba aquel espacio diminuto bajo el tejado inclinado. Ella, tras dejar reposar las armas sobre los libros abiertos, apagó la bombilla. Descubrió Alonso que, afuera en el cielo, brillaba la luna.

No había más distancia de un par de metros entre la mesa, cerca de la pared, y la

cama, en el rincón más bajo de la vivienda. Sin luz, sin referencias, tan solo con el engañoso brillo lunar entrando por la ventana abierta, el espacio se ampliaba. No había techo, no había muros, tan solo negrura y perfiles afilados, campos de contrastes, cosechas de siluetas. Shayla se quitó la camisola, luego desató el corpiño y lo dejó caer al suelo. Alonso había bebido en una taberna tras otra; creyó que, de pronto, todo el alcohol ingerido le había subido a la base del cráneo, hinchándola, bombeando a punto de explotar. Se mareaba, manoteó hasta que encontró una viga dónde apoyarse. La morisca desnuda se había convertido en una colección de guadañas lunares que le miraban, esperando. Muy alto, volando en medio de la noche, sin referencias, se soltó de su amarre y picó vertiginosamente hacia sus labios, una barrena que se estrelló en la humedad salvaje de su boca. La sintió en silencio, a oscuras, con las manos, que subían y bajaban las dunas de aquel desierto nocturno, perdiéndose en la tersura de los pechos enhiestos, en las suaves curvas de las caderas. La piel la olía a aceite nuevo, a hierbabuena; de pronto no había alcohol, no había celebración, todo se había ido con la luz, solo quedaba piel, manos, labios, dientes ebrios de pasión, suspiros como disparos en una tensa noche de escaramuzas. Rodaron sobre la cama, se golpeó contra una viga, el dolor, el placer, brazos, piernas, ojos, labios, la humedad, el vello enraizado, todo giraba, se mezclaba y resolvía en una marea final, un vaivén primordial al que se aferraban los dos, que los transportaba a un lugar al que siempre habían querido ir, nunca habían visitado y, posiblemente jamás regresasen.

Ardía carbón en un brasero y aún así no era bastante para calentar la tienda, el aire del desierto se había enfriado mucho con la llegada de la noche. Alonso se arrebujó en la manta de lana zamorana.

—No lo entiendo. Después de lo que ocurrió... Yo la hubiera matado, y a él también. Nunca me han gustado los franceses.

Alonso, sentado sobre una alfombra raída, bebía orujo traído de la península. Torció la cabeza un poco, lo suficiente como para mirar al comandante Franco, parado de espaldas en la puerta de la tienda, al parecer insensible al frío: una cicatriz le partía la mejilla y ascendía hasta la ceja, todo ese lado de la cara permanecía inexpresivo. Decían que, durante una de las muchas campañas contra los insurgentes bereberes, había caído un obús en medio del estado mayor matando a un general, a tres coroneles, y a varios oficiales más. A Franco le había dejado mal herido, lleno de cicatrices, de las cuales la de la cara no era la peor.

Alonso dejó el vaso vacío sobre la bandeja, al lado de una tetera de plata y los vasos de cristal ornamentado con hilo de cobre en los que habían bebido el té del desierto. Un poco más allá humeaba un narguile cargado de hashis. El comandante se sentó a su lado en silencio, se sirvió y bebió el orujo de un solo golpe. Era un hombre

pequeño, medio calvo, con tendencia a la obesidad; sin embargo en el fondo de los ojos le brillaba una locura que pocos habían visto desatada pero que había llenado muchas portadas de periódicos en Madrid.

Franco tomó el narguile y aspiró. Los carbones se iluminaron, el agua burbujeó, la mirada fanática perdió sus aristas, se volvió lejana, confundida de bruma. Solo entonces Alonso pudo imaginárselo sentado en una mesa camilla en Burgos, junto a su hermano, notario de la capital de provincia, y su cuñada, Carmencita, aquella pareja de plácidos burgueses que siempre mencionaba a poco que surgiese la nostalgia del hogar. Entreverados en el humo del narguile, se los imaginó tomando chocolate con picatostes en la vicaria, tras la misa, charlando hasta la hora de la cena de temas píos con el párroco, al compás de algún invisible reloj de vaivenes lentos y pesados. Era y no era el mismo hombre que dirigía la brigada de asalto aéreo dónde servía, temido entre los moros por ser un reconocido demonio capaz de beberse la sangre de los muertos.

—Saldré mañana, quiero cubrir un cuadrante por día.

—Ahora la cosa está tranquila, pero si caes no vamos a poder ir a buscarte.

Franco hablaba despacio y lo miraba.

—Sí, lo sé.

Alonso se sintió como si acabara de pronunciar su propia sentencia de muerte.

La casa estaba en el norte de Madrid, cerca de lo que había sido la villa de Barajas, justo en el límite de la ciudad. Más allá la ciudad moría en carreteras, campos y varias grandes industrias de manufacturas y alimentación que se iban espaciando hasta abrirse a grandes extensiones de campos cultivados. Las chimeneas de algunas de esas fábricas se veían sobresalir del horizonte, tras el muro encalado de la propiedad. Soplaban un viento fresco y el suelo estaba mojado. Los sarmientos del emparrado que cubría el patio, desprovistos de hojas, parecían llenar de grietas un cielo encapotado, gris como el alma del mundo.

—Dame.

—Toma.

—Tsch, gírate, que nos van a ver desde dentro.

—Shayla, ¿no deberían aceptar en tu casa que fumes?

—¿Estás idiota? Bastante hacen dejándome ir a la universidad.

Alonso se volvió tal y como le había dicho Shayla, y chupó el cigarro de cáñamo. El humo le llenó los pulmones, ahuyentando la humedad y el fresco de aquel noviembre lluvioso y frío. El viento soplaban muy alto, desgajando con rapidez las nubes. Grandes claros de un azul intenso comenzaron dibujar un puzle de color en la grisura del cielo. El sol, no muy alto en aquella hora de la tarde, aparecía y desaparecía manchando de oro nubes cada vez más deshilachadas.

Ninguno de los dos dijo nada, tan solo se pasaban el cigarro de hierba, fumaban apretados los costados, las manos libres unidas, apoyados en el pretil de la verja que separaba el patio emparrado del jardín.

A Alonso le sorprendió escuchar un grito a lo lejos, algo parecido a un canto, pero más monótono, frases cortas repetidas una y otra vez. Tardó unos segundos en comprender que era la llamada a la oración del almuédano.

—¿No tienes que ir a rezar?

—¿Tú me has visto alguna vez dejar de comer, de hablar contigo o de follar por ir a rezar?

—Creía, supuse...

—No supongas tanto. No todos los musulmanes somos unos mojigatos obsesionados con la mezquita. En mi casa son bastante liberales en eso. Mi madre y mi hermano mayor si estarán rezando, pero ni mi padre ni mi hermana pequeña se agachan en la esterilla tan a menudo como mandan los preceptos.

—En mi casa discutía siempre con mi padre por la misa de los Domingos. Odio ir a la iglesia a fingir arrepentimiento, a lucir galas, a decir estupideces corteses.

Shayla no dijo nada, tan solo lo arrastró, agarrándolo del brazo, a un corto paseo por el jardín. El suelo era de grava suelta, había parterres, una pequeña huerta, arboles frutales, una acequia. Alonso se dejó llevar en silencio y se sorprendió cuando, tras torcer un recodo del camino y caminar detrás de una pequeña caseta, Shayla le besó con una pasión que le dejó sin aliento.

—¡Shayla, nos van a ver desde la casa!

Ella se detuvo jadeando.

—No en este rincón.

Alonso se dejó empujar contra los adobes terrosos de la caseta. Las manos de Shayla, delgadas e implacables, le desabrocharon los corchetes del pantalón. Sin que apenas pudiera hacer nada, capturó su miembro, vibrante, tenso hasta lo imposible. Se echó encima de él arrebujándose la falda con la izquierda y dirigiendo la maniobra con la derecha. Entró en ella deslizándose, con una maravillosa sensación de facilidad. No había mejor lugar en el mundo para sus jadeos combinados, para los empujones de ella contra la pared, que le estaban lastimando la cabeza contra los ladrillos. Alonso miraba el muro, una blanca franja de cal, y sobre él, un cielo en el que casi habían desaparecido las nubes, de un azul límpido, libre de contaminación. El azul lo llenó todo, le inundó los ojos, se le metió en las venas, le abrió la carne en relámpagos de azul eléctrico, le hinchó en una espiral de placer creciente y se le reventó en el centro de su pelvis en una explosión de placer que saltó el arco de piel y fluidos que le separaba de Shayla y los empapó a los dos en un orgasmo que casi los derriba al suelo.

Tardaron un largo minuto en recuperar el resuello, apoyados contra la pared,

abrazados uno contra el otro.

—Sigamos... con el paseo. —Shayla se recompuso las faldas, se recolocó el pañuelo que le ceñía el pelo—. Ahora no te pongas colorado si mi hermana hace bromas respecto a besos contra tapias del jardín, y si mi padre o mi hermano te miran raro.

—Besos contra tapias... ¿has hecho esto otras veces?

Shayla contestó con una sonrisa silenciosa, en absoluto culpable.

Era Alonso quién conducía el autocoche de su padre, Shayla le dirigía por cruces sin indicaciones y pueblos en ruinas de la sierra norte de Madrid. Acababan de dejar atrás la una aldea sin nombre, de la que no quedaban sino montones de piedras y vigas podridas, y traqueteaban por un camino lleno de baches en dirección al nevero de Lozoya, un claro en lo alto de la ladera de un monte.

—¿Todos los pueblos están así por aquí?

—Sus habitantes murieron de unas pestes a principios de siglo. Nunca se repoblaron.

—¿Vienes mucho por aquí?

—Todos los fines de semana.

Arriesgó una mirada. Shayla, sentada en el asiento del copiloto, parecía otra. Se había quitado el pañuelo que, cuando estaba junto a su familia, le ocultaba el pelo. Largas ondas de cabello ensortijado le caían sobre los hombros. Tenía la frente despejada, amplia, los labios gruesos, relajados, y una mirada de ojos oscuros que se comía los rayos del sol, el paisaje y las masas de pinos que casi cerraban el camino a su paso.

—¡Cuidado!

Alonso maniobró para esquivar una roca y volver al centro del camino. Miró por el retrovisor. En la parte de atrás del autocoche, sobresalía, pintado en rojo y azul, la ligera estructura del arnés de vuelo de Shayla.

—¿Dónde miras cuando conduces?

Alonso no movió la cabeza, ni siquiera contestó, pendiente de nuevo de la carretera, que empeoraba por momentos. Por el rabillo del ojo la vio sonreír y mirarle de ese modo que le ponía tan nervioso. Aceleró a pesar de que las rodadas, los socavones y los charcos habían convertido el camino en una senda irregular y peligrosa. El coche, un gomeznarro de tracción a las cuatro ruedas, tenía capacidad para superar aquel camino y otros mucho peores; el motor écija de cuatro cilindros rugió por encima del ruido de las ruedas machacando piedras, y avanzaron creando pequeñas avalanchas de tierra que se derramaba por los bordes del camino.

Llegaron cuando ya Alonso se había hecho con la el coche y comenzaba a divertirse. Era media mañana, el bosque se abría a un pequeño claro rocoso rodeado

de pinos. La llanura se cortaba en un espolón de granito y más allá se abría el valle del Lozoya. Al fondo, la montaña de Peñalara llenaba el paisaje de sus laderas azuladas, consteladas de neveros y canchales.

—Esto se llama Peñaportillo.

Alonso se bajó del autocoché casi sin mirar dónde pisaba, un poco abrumado por la montaña, deslumbrante al aire de la mañana. Había aparcado, sin verlos, al lado de un camión pequeño y un triciclo deportivo. Shayla se había bajado del vehículo. Sin esperarle, avanzaba hacia el precipicio. Al borde mismo del espolón había gente. Shayla llegó y comenzó a saludar a todo el mundo. Se miró, llevaba puesta una gorguerilla ligera, pantalones y juboncillo formales, de terciopelo negro. Se sintió súbitamente mal. Deseo haberse puesto unos pantalones de trabajo, de cuero desgastado, cortos en la pantorrilla, iguales a los que llevaba puestos Shayla, similares a los que se estaban poniendo de moda entre los jóvenes de Madrid.

Se quitó la gorguerilla y la arrugó en un bolsillo. Mientras avanzaba hacia Shayla y sus amigos, deliberadamente se manchó un poco el terciopelo del pantalón, restregó contra los musgos de las piedras y la hierba húmeda, los botines cortos y las medias. Tirado en el suelo, observó material variado: telas, rollos de cuerda, cables, un par de arneses de vuelo a medio montar.

Llegó al espolón y nadie pareció darse cuenta de su presencia, todos miraban como uno de ellos se acercaba al precipicio. Se vestía con un mono de cuero marrón acolchado en hombros, rodillas y codos. Sujeto al mono por correajes, un complejo yugo de madera daba soporte a unas enormes alas de más de cuatro metros de envergadura, un arnés de vuelo al completo. Las enormes alas, curvadas, construidas con largueros de acero hueco, madera de boj, fresno y caoba, y tensa tela encolada, temblaban y vibraban con cada paso.

El aeronauta se detuvo a un paso del precipicio. A Alonso se le formó un nudo en la tráquea. Miró a la morisca, Shayla lo contemplaba con la misma mirada indescifrable que a Alonso lo ponía tan nervioso.

El hombre-pájaro se decidió, dio una corta carrera y saltó al precipicio. Desapareció sin dejar rastro. Nada se movía. El sol iluminaba el aire hasta hincharlo de luz. Ni una nube, ni un pájaro perturbaba la claridad azul del cielo. Alonso sabía que no se había suicidado, que volaría, pero aún así miraba el reborde de piedra con horror.

Volvió la vista hacia la morisca, no había miedo en sus ojos. Se olvidó del aeronauta, Shayla relucía como iluminada por algún extraño fuego interior. Abrió la boca, levantó la barbilla en una expresión de éxtasis que solo la volvería ver cuando hicieran el amor, mucho después de aquel día, levantó la mano para señalar, abrió la boca y el grito rodó libre en el cielo, muy parecido al graznido de un águila surcando las cumbres.

—¡Mira!

Giró la cabeza a regañadientes. El hombre con el arnés remontaba en el claro aire de la mañana. Había colocado los pies en el mando trasero y colgaba enteramente de la estructura. Giraba y se retorció en el aire siguiendo una espiral ascendente. Escuchó el sonido tenue, lejano, un susurro tan solo. El hombre-pájaro se cernía sobre ellos, ganando altura. Todos levantaron la cabeza para no perderlo de vista. Bruscamente, el aeronauta rompió un giro y picó hacia ellos. El susurro se convirtió en el rugido del viento arañando la superficie de aquellas frágiles alas artificiales. Volaba rápido, recto hacia ellos. Alonso reaccionó sin pensar, se abalanzó sobre Shayla para evitar que el aeronauta la golpeará. Ambos cayeron al suelo y las alas artificiales pasaron muchos metros por encima de ellos. El suelo estaba duro, húmedo de rocío; había caído sobre Shayla, que reía sin poder contenerse. Alguien les ayudó a levantarse.

—¿Estás bien?

—Sí... gracias.

—Lo siento, me he asustado.

—No te preocupes, Jaime es siempre así.

Shayla no dejaba de reír, se había manchado de barro los pantalones y el juboncillo pero no parecía importarle. Cuando pudo contener la risa le puso una mano en el hombro.

—Parecía que te atacaban los mismísimos derviches...

Todos rieron, Alonso un poco obligado por las circunstancias. Mientras, muy alto ya en el cielo, Jaime remontaba la ladera de Peñalara quizá buscando alcanzar el mismísimo sol.

Poco después fue Shayla la que se ciñó el mono de vuelo, de cuero muy desgastado. La ayudó, de forma bastante torpe, a sujetar los cables de mando, la polea en «y» que era la parte más importante del equipo de control.

Se quedó atrás en la preparación final del arnés, los amigos aeronautas de Shayla ajustaron los correajes, hicieron la comprobación final de la tensión en los mandos de manos y pies. Shayla le miró antes de despegar, luego se concentró brevemente, Alonso la observó, tenía los ojos cerrados, murmuraba quizá una oración a Alá. Se acercó un poco, no era una oración, recitaba las maniobras que iba a realizar nada más salir, elevación, giro hacia la garganta, tirón, giro hasta la peña, giro, tirón...

Apenas corrió, fue más un corto salto. Esta vez Alonso se asomó por el borde del precipicio. Las alas de Shayla caían equilibradas, hinchándose y curvándose con el aire del descenso, siguiendo la curva de la pendiente en sombras. Tragó saliva, si seguía aquella trayectoria se estrellaría contra la escorrentera al fondo del barranco. Pero no, al llegar a la zona soleada, Shayla se estiró, el sol iluminó la tela embreada haciéndola transparente, y Shayla se elevó sobre las rocas del fondo, subiendo

muchos metros de golpe, hasta superar el promontorio desde dónde Alonso la veía evolucionar. Comprendió la maniobra, caían, acumulaban velocidad hasta topar con alguna corriente ascendente y comenzar a subir.

Shayla elaboraba giros cerrados, uno tras otro, luego elegía amplias trayectorias para encarar la montaña, siempre ascendiendo sobre los vientos de ladera. Muy pronto la perdió de vista entre las estribaciones de Peñalara. Alguien le prestó unos prismáticos militares. La localizó cerca de la cumbre, aumentando de altura en cada giro, sin desaprovechar ni una partícula de viento, rozando a veces los peñascos, casi detenida en lo alto de una torbellino, en otras ocasiones.

—Se arriesga mucho, pero solo así puede volar tan alto... y tan bien.

Jaime, el pelirrojo que le había asustado antes, había resultado ser un tipo afable, de sonrisa abierta y manifiesta habilidad por hacerse querer. Al rato de estar a su lado, Alonso había olvidado el incidente y no se sentía en absoluto un extraño en medio de aquel grupo de aeronautas aficionados.

Shayla voló una larga hora. Aterrizó cerca del mediodía, muerta de hambre, con la piel de la cara tan fría como un carámbano.

En grupo, riendo y corriendo más de lo debido en aquellos caminos de cabras, bajaron hasta Lozoya. Después de la comida, entre bromas, sacaron el libro de vuelo del club y anotaron en él nombres, tiempos y alturas. Alonso comprobó que todos los presentes, seis hombres y tres mujeres, habían volado y mucho.

Ya de vuelta, antes justo de dejarla en casa de sus padres, Shayla le preguntó por qué no se apuntaba a un cursillo y aprendía a volar. Alonso recordó mucho tiempo aquella conversación, el autocoche detenido, los labios de ella, húmedos y tentadores, esa mirada que le sacaba de sus casillas.

—Es peligroso y no creo que sirva para mucho.

Shayla salió del coche sin una sola palabra de despedida y caminó al portal de su casa. Ni se detuvo a mirar para atrás antes de entrar y cerrar la puerta tras ella.

El volatero retiembla contra el aire y avanza en medio de la penumbra del amanecer. Es una estructura de maderas ligeras y fuertes, cubiertas de tela embreada, tensa sobre los bastidores. Ya no piensa en ello, pero apenas se parece a los primeros arneses de combate, ligeros, de poca capacidad, sin motor, que habían dado nombre a la infantería aérea. La hélice gira detrás de él, movida por un pequeño motor de ciclo ligero, alimentado por bencina. Tan solo cinco años atrás las hélices no existían y ya se usaban para la guerra.

Los controles son los mismos que los de los arneses que ha pilotado anteriormente, salvando la diferencia de que ahora va sentado, no tumbado: hay un mando deslizadera de guiñada, otro de profundidad, uno más de cabeceo. Aún se asombra de que el manejo sea casi igual con la única diferencia de las reacciones más

lentas, proporcionales a la mayor masa y envergadura del aparato. Mira por un momento la pequeña chapa de latón sobre el montante principal del ala derecha, el nombre de su familia y el de Shayla «Quijorna y Allobar» está grabado en ella.

Hace frío. Antes de que saliese el sol, mientras ultimaban los preparativos, a los mecánicos el aliento se les helaba en penachos de vapor que las hogueras de bencina iluminaban, mientras trajinaban apretando tirantes, cargando depósitos y engrasando los carriles de disparo de la Ortmaexea.

El sol brilla tenue aún. Abajo discurre un seco río de piedras. La luz del amanecer alarga las sombras. A su derecha hay otro volatero, y a su izquierda, volando en formación, tres aparatos más, incluido el del comandante. Siguen un valle fluvial descendiendo desde las estribaciones sur del Atlas, cerca ya de los arenales infinitos del desierto. Los motores levantan ecos de las paredes del valle pero nadie, más allá de unas cuantas cabras, parece advertirles.

Repasa el mapa, de tela, cosido al antebrazo. En él, los geógrafos del ejército han dibujado con trazos sencillos y gruesos, los ríos, las montañas, los caminos, las principales poblaciones. Unos kilómetros más adelante el valle de aplana, se abre y comienza el erg, un abrasador desierto de piedras. Justo un poco antes, les espera el oasis de Ksour.

Llegan allí cuando el sol ya despunta en el horizonte, han calculado la hora al milímetro para atacar con el sol a la espalda, la norma básica del combate aéreo. Las montañas que definen el valle se desgastan y desparraman en geosinclinales rotos, desaparece la vegetación, masas de piedra desnuda, tallada por el viento, despuntan aquí y allá. Al fondo, más al sur, la tierra se vuelve marrón intenso, abrasada por el sol. Las palmeras y acacias del oasis son un manchón verde, el último color antes del desierto.

El comandante gira hacia el sol y todos lo siguen. Avanzan unos minutos en esa dirección, alejándose de Ksour. Ya han tenido que oírlos. Giran otra vez, buscando el oeste. El comandante ha alzado el banderín rojo, la formación se abre. Alonso acciona el seguro de la Ortmaexea. La misma palanca que libera el gatillo hace que el primero de los cuatro rollos de balas que se almacenan, uno encima del otro, en las guías de munición, baje y se cale en el mecanismo de disparo.

Con los motores no hay silencio, se ha desechado la estrategia de caer sobre el enemigo sin que vea ni oiga. Solo se pica, se aumenta la velocidad, y se centra la mira en las almenas de adobe de la pequeña fortaleza. Escucha los disparos de los otros una fracción de segundo antes de que accione el gatillo él mismo. La ametralladora es un tubo que brama y despide calor y humo, hace temblar el aparato, la vibración apenas le deja ver. Aprieta los dientes y sigue disparando en intervalos de, como mucho, diez disparos, hasta que casi tiene encima las murallas de adobe, las tiendas, la confusa algarabía de gritos, humo y polvo en que se ha convertido Ksour.

Aumenta la potencia del motor y siente como el volatero se eleva sin demasiada alegría. Escucha silbar balas de fusil, responden al fuego, mientras se aleja. Si solo son eso, fusiles se sentiría aliviado. Son rebeldes bereberes, valientes pero mal armados y peor entrenados. Pero Alonso y los otros saben que se ha visto hombres de bigotes recortados, algún caftán rojo sangre y camiones mamelucos en caravana por el desierto.

Gira a la derecha estableciendo el circuito y se aleja volando por debajo del nivel más alto de las palmeras, usándolas como escudo para protegerse. En medio del ancho valle, vuelve a encarar hacia el oasis, tomando altura contra el brillo del sol. Lo ve en ese momento, un reflejo remoto sobre su hombro izquierdo, luego, de inmediato, el aire se llena de metralla volando a su alrededor como pequeñas avispas asesinas. Una bala perfora la tela del timón. A su derecha, de uno de los aparatos, surge una nube de astillas de madera y pedazos de tela. Con el ala destruida, el volatero gira, entra en barrena y cae, el motor quemando aceite en una larga estela negra.

No puede reaccionar nada más que tensando la pierna y mano derecha hasta el fondo. El volatero se encabrita, se retuerce pero obedece, bascula a la derecha y pica. Junta los pies y guiña aún más, el suelo se acerca a toda velocidad. Remonta a menos de cinco metros de estrellarse contra las rocas. No ve a nadie, hay un par de aparatos atacando el fuerte, detrás de las palmeras. Gira y sigue buscando. Lo ve de refilón, volando bajo contra el lado opuesto del oasis. Es un aparato color arena, biplano, de alas mucho más cortas que las suyas. Vuela muy rápido. La saliva se niega a ser tragada. Los rumores son ciertos, los turcos han traído sus temibles Buraq hasta el sur del Atlas. Comprende enseguida que están perdidos, no pueden permitirles volver, tienen un buraq, quizá más, y deben ocultarlo. De inmediato gira el aparato y se aleja del oasis. Al menos debe quedar un testigo, alguien que avise de que están interviniendo en una zona asignada tras la tregua de Arwi.

No mira atrás, el ruido del viento le impide escuchar nada. Pronto se aleja tanto que de nuevo vuela sobre la rala pero verde vegetación del valle. Ahora el sol, a su derecha, le molesta mucho. Gira la cabeza, no hay nadie persiguiéndole, vuelve a hacerlo un minuto después, hay una mota a lo lejos, se acerca, crece. Distingue la hélice girando, las alas cortas. Le va a alcanzar sin remedio. No tiene muchas posibilidades, los buraq son algo nuevo, un fantasma del que no se conoce mucho, tan solo que no hay nada en el aire capaz de oponérsele. Ningún plano, ningún dibujo ha llegado de él a occidente.

Alonso desciende, consciente en ese momento de la pesadez de los mandos. Si pilotara un arnés de combate individual, podría girar casi en redondo, meterse entre las rocas, burlar a su enemigo, planear en las corrientes ascendentes del amanecer y elevarse, de nuevo caer entra las peñas. Mira atrás, lo tiene casi encima. Mientras gira

rodeando una estribación de la montaña, el Buraq cae del cielo sobre él; escucha silbar las balas, el sonido del motor turco, un zumbido frenético, poderosa. Lo sobrepasa a una velocidad pasmosa, lo ha visto. El buraq se aleja y gira para regresar. No entiende como puede volar tan rápido, recuperar altura de esa manera. La máquina no tiene la cola con el mismo diseño plano que la suya, de hecho solo está formada por una aleta como la de un pez. Se fija en que tiene un morro alargado del que sobresalen una ametralladora de color azulado y dos alas cortas. No se ven patines de aterrizaje, tan solo dos faldas cortas al final de unos tubos de las que desconoce su uso.

Podría dibujarlo con facilidad, si consigue sobrevivirle.

Alonso se esfuerza por sobre pasar la estribación que le ha protegido del ataque. Deja caer el aparato a un estrecho cañón, una sima rocosa que empareda una torrentera de fuerte pendiente. Fuerza el motor, se eleva esperando que no le haya visto meterse por allí, pero no tiene suerte. El buraq le sigue, avanza subiendo mucho más rápido que él, ambas aeronaves encajonadas entre piedra. Ahora no puede girar, se estrellaría, tampoco dispone de motor para intentar ascender más rápido, le va a cazar. La ametralladora brama, las balas se estrellan contra el suelo de piedra, justo delante de él.

Apenas lo piensa, se ha quedado sin opciones, hace lo único que puede hacer, lo único que el otro piloto jamás esperaría: de un tirón, apretando los dientes, quita el pasador al seguro de inclinación y baja las manos a tope. Las alas basculan sobre sus ejes de control, en el encastre, exponiéndose de plano contra el viento. Aquel mecanismo no está pensado para usarse en vuelo, tan solo para almacenar el aparato o para repararlo, de ahí el seguro. Para el volatero es como si chocase contra un muro de aire. La estructura cruje, tiembla, rechina, un tirante de acero se parte y silba en el latigazo de retroceso. Alonso es estrujado contra las correas, se queda sin respiración; la vista es tan solo una niebla roja. A ciegas, fuerza los brazos hacia así, las alas se resisten, quieren continuar en esa postura forzada, se partirán. El buraq pasa como un rayo sobre él, escucha el motor forzado al máximo, intentando elevarse para no chocar contra la pendiente ascendente. Alonso cae, apenas volaba a cien metros de altura. Tira de los cables de control con saña, el volatero se queda sin velocidad, las alas giran, recuperan su inclinación correcta y se bloquean de nuevo. El morro apunta al cielo y bascula, casi a punto de entrar en barrena. Fuerza la pierna izquierda, la torsión de la cola de control amenaza con partir la tela. Poco a poco, con una lentitud aterradora, el volatero encara la dirección del movimiento, la tierra está ya muy cerca, el aire sopla sobre las alas, vuelve a tener control, tira con fuerza y, con renuencia, pero obedeciendo al fin, el volatero eleva el morro. La montaña, inmensa parece ocupar todo el cielo.

Mucho más arriba, el buraq tiene problemas parecidos, el zumbido del motor es

frenético. Se ha pasado de trepada, la montaña es muy alta y el aparato no es capaz de subir lo suficiente como para salir del cañón. Alonso ni lo intenta. Deja que el volatero pierda velocidad, con el morro muy arriba y luego lo gira con un brutal golpe de cola, una maniobra acrobática que nunca creía que iba a servirle para algo.

Desciende a toda la velocidad que le permite el motor y luego gira y sigue el valle hacia el norte, hacia la base, intentando volar pegado a los árboles, entre las quebradas y canchales. El buraq no le persigue, quizá no logró salir de aquel cañón infame.

Mirando continuamente detrás de él, pendiente de la velocidad, del motor, del combustible, no le queda mucho tiempo para pensar en sus compañeros. Aterrizo deslizando sobre los patines, el motor ya apagado.

Como no se les esperaba tan pronto, no hay nadie en la pista, una polvorienta explanada de tierra. Se quita los correajes y baja del aparato. A derecha e izquierda tan solo hay tierra suelta, algunas tiendas, montones de barriles, la estructura de la torre de observación, agitada por el viento.

Mira al volatero, uno de los puntales del ala izquierda está casi partido, media hora más de vuelo y se habría arrancado junto con el ala.

Con las gafas en la mano se vuelve al sur, mira al cielo haciendo sombra con la mano, ningún volatero se acerca desde esa dirección. El aire sopla levantando viento, llenándole la boca de tierra. El cielo permanece vacío. Solo entonces comprende que no, que ninguno regresaría nunca.

La fiesta había sido larga. Seis años de estudio en la universidad también eran un tiempo muy, muy largo, lo merecían. Alonso caminaba despacio, pisando con cuidado sobre los adoquines de la calle de la madera. Era muy tarde o muy temprano, no hubiera sabido decirlo. Las farolas brillaban tenues, haciendo relucir una leve capa de rocío nocturno que abrillantaba los adoquines. Era a principios de Junio, pero ese año el frío aún no se había marchado y esa madrugada helaba. Se arrebujó en la capa. Solo entonces notó que había perdido la gorguerilla, esa estúpida gorguerilla que había tenido que ponerse para la entrega de Licencios.

La vejiga le venía molestando desde muy atrás, se arrimó a un rincón y orinó contra la pared. No solo había perdido la gorguerilla, también a Shayla en medio de la vorágine, de los cuerpos entregados al baile y el estruendo de la música. Recordaba nítidamente la primera parte de la noche. Sonrió estúpidamente volviendo a verla reluciente, vestida de damasquino y granate, los cabellos casi sueltos, solo sujetos por un mínimo tul shador. Los padres estaban justo delante de él, en la primera fila. Por un momento, mientras sonaban las cuerdas de los mitrolaudes rituales y los licencios cum laude subían las escaleras del gran atrio del palacio del teatrón, creyó que la madre de Shayla se iba a desmayar, transida de la emoción. Con algunos tambaleos,

aguantó, al igual que su padre. Cuando ya Shayla subía las escaleras, el hermano mayor se volvió un segundo como para comprobar que seguía ahí, que estaba pendiente del gran triunfo de la familia, y le sonrió. Alonso le devolvió la sonrisa.

Sobre el escenario, dónde terminaba la larga alfombra roja, reposaba, henchido de dignidad y oropel, el colegio cátedro en pleno. Vestidos con la púrpura tradicional, esperaban a los que iban a recibir el licencio. Eran todos carcamales de doscientos años cada uno. Por un momento se le cruzó en la mente una imagen especialmente escabrosa, aquellos vejstorios abusando de las estudiantes, seleccionando los cum laudes por métodos poco dignos. Salió de la ensoñación cuando los mitrolaudes conectaron la amplificación neumática y el leve chirriar de los arcos sobre las cuerdas, se convirtió en un estruendo de acordes de varias octavas mezcladas. Nunca dejaba de asombrarle la cantidad de ruido que podían hacer aquellos instrumentos.

—Reciban, estos jóvenes, el fruto de su esfuerzo, de su inteligencia, de la inversión de recursos personales, familiares para hacer de ellos las más afiladas herramientas de un imperio tan necesitado de ellas.

Uno por uno fueron nombrados y recibieron la vara de plata, los gestores, el cuchillo de oro, los médicos, el antejo de cristal de roca los naturalistas. Shayla también recibió su licencio, un compás de geógrafo hecho en brillante latón, bronce y plata. Hasta el palco que ocupaban llegaron los brillos de aquel instrumento, y hasta su corazón la sonrisa de triunfo que exhibía a la vuelta a su estrado. Solo uno de toda la promoción de la universidad de cada una de las carreras recibía un licencio cum laude.

Terminó de orinar y tuvo que apoyarse en la pared para no caer. Había bebido demasiado. Después de la ceremonia, la familia había ido a cenar a un figón elegante. Había corrido el vino de Méntrida, fuerte y sabroso, regando abundantes fuentes de cordero asado, de capones y truchas. Recordaba, más que el sabor del vino y la carne, el de los labios de Shayla, que en un aparte había respondido a su felicitación.

Alonso sonrió a pesar del leve mareo que le impedía andar recto y del frío que comenzaba a filtrársele en los huesos; atrás quedaban largos años de sacrificios, él en la academia en Toledo, ella en Madrid, viéndose solo los fines de semana. Ahora podrían estar juntos. Lo destinarían a Madrid nada más licenciarse, había pedido un puesto en la Castellana, en el ministerio de la guerra. Todos querían ir a África, no iba a tener competencia por un puesto burocrático y aburrido. No le importaba lo más mínimo.

Llegó al edificio trastabillando. El portal era oscuro como boca de lobo y la luz nunca funcionaba, no obstante sus pies recordaban la ubicación de cada escalón, de cada hueco, de los techos altos y los bajos, las esquinas traicioneras. Subió despacio, resoplando, agarrado a la barandilla, intentando no hacer demasiado ruido.

Se detuvo un momento en el descansillo del segundo. Había algo que no estaba

bien, se sentía culpable sin saber muy bien por qué. La fiesta había sido una locura. Tras la cena con la familia, habían acudido a un corral cubierto, una antigua casa de reala que ahora se alquilaba para fiestas, en las cercanías de la iglesia del divino pastor. Allí se habían reunido todos, los suspensos, los aprobado y los cum laudes, los compañeros de promoción de Shayla, y otros que no habían estudiado pero que aún eran de su círculo de amigos. Por todo Madrid había fiestas similares, repletas de asado, limonada, mucho cáñamo y algunas otras cosas prohibidas pero más o menos toleradas por los alguaciles. Y música, una rondalla épica, no podía haber una fiesta sin mitrolaudes eléctricos, una versión más ligera y sencilla de los neumáticos, pero que conseguía atronar bastante. Hasta tenían una gargalia, una gaita de tres bocas soplada por un gigante pelirrojo que conseguía hacerse oír por encima del monumental estruendo de público y rondalla que apabullaba el local.

Bebieron, rieron, bailaron, perdió la gorguerilla, sonrió, bromeó. No conseguía recordar que más había pasado, toda la fiesta se le confundía en un gigantesco instante de muchas facetas multicolores.

Continuó subiendo más despacio, sujetándose para no caer en la precaria barandilla. Había algo más, algo que no recordaba y que era de capital importancia. Se detuvo en el rellano del último piso. En frente tenía la puerta de la buhardilla de Shayla. No se atrevió a moverse. La cabeza le daba vueltas.

Había ruido tras la puerta. Quizá Shayla se habrían traído a su hermana a dormir; no importaba, él dormiría en el catre del rincón, no necesitaría mucho esfuerzo, apenas se tenía en pie. Por debajo de la rendija se colaba la luz de un lámpara. Shayla murmuraba. Como un cañonazo, como si le hubieran roto el pecho de un mazazo, escuchó la risa de un hombre, profunda, baja. Recordó al instante lo que había pasado, había bailado con Rosaura otras veces, ninguna de ellas le había hecho ninguna gracia a Shayla. Rosaura era una de sus mejores amigas, por eso él no entendía esos celos. Los comprendió cuando Rosaura cuando se le abalanzó en el calor de baile y se metió dentro de su boca. Antes de que la pudiese rechazar, antes incluso de que fuera consciente de que tenía que hacerlo, vio a Shayla mirándolos desde un hueco abierto entre los danzantes. Sintió como la culpa le atenazaba el estómago. En el rellano, a oscuras, se dobló un poco sobre si mismo ¿había sido sincero?, ¿no habría buscado, un poco tontamente, ese beso de Rosaura? Siempre le había parecido atractiva, por supuesto nada que ver con Shayla, que era un sol abrasador, pero la rubia se había bastado para ser una tentadora estrella en el cielo.

Caminó hasta la puerta, metió la llave en la cerradura y tiró de la vieja madera. La puerta rechinó sobre los goznes, como siempre hacía, *Shayla, fue tan solo un beso robado, estaba desnuda, los senos agresivos, vueltos hacia él, un hombre, el gigante pelirrojo que tocaba la gargalia también estaba desnudo, esto no era necesario Shayla, no lo era. El hombre, con marcado acento francés, preguntó que ocurría;*

Alonso miraba a Shayla. No supo descifrar su expresión, hubiera podido ser odio, hubiera podido ser rabia, hubiera podido ser amor. No se quedó a averiguarlo, cerró despacio y descendió las escaleras sin ser consciente de dónde se encontraba, de hacia adónde iba.

No volvió a verla en todo aquel verano, ni en el invierno siguiente. Aquel tiempo lo pasó acampado la pie de la cordillera del Atlas, en África, volando todos los días, aprendiendo el terrible arte de la guerra en el aire.

Shayla tenía diez años. Su hermano estaba subido en la estructura de un arnés, fingiendo que volaba agarrado a los tirantes de la parte inferior.

—¿Y por qué yo no puedo subir?

—Las chicas no podéis volaaaar. Solo los hombres... como papá y yo.

Su hermano tenía tres años más que ella. Shayla se acercó a la estructura y por enésima vez, la rechazó de un empujón. El grito de frustración, de pura rabia, resonó por todo el taller de su padre, un viejo zaguán al lado de la casa de la familia, donde construía los arneses que luego vendía a los primeros aeronautas.

Shayla cerró los ojos, muda por un instante, y comenzó a ponerse roja. Luego inspiró una larga bocanada de aire, lo retuvo, y buscó a su alrededor.

—¡Estoy volando sobre los pirineos, ya estoy en Francia!

Su hermano hacia balancear al arnés, sujeto al techo por una cadena. La cadena pasaba por una riostra y se anclaba a una argolla en el suelo por medio de un pasador. Shayla se dirigió a ella, tiró del eje de metal como había visto a su padre hacer muchas veces. El armazón de tela, cuero, madera y tela embreada se vino abajo. El estruendo fue breve, una horrisona mezcla de golpes, chasquidos, gritos, telas removidas. Le siguió el silencio. Una leve nube de polvo se elevó del suelo de tarima y se quedó flotando a la luz que entraba por los lucernarios del techo. Su hermano se quejaba vagamente debajo de la tela flácida y las vigas del arnés derribado.

Shayla no corrió, enfurruñada miraba aquel desastre sin moverse, ni siquiera trato de esconderse ni se asustó cuando acudió su padre, asustado, y comenzó a buscar a su hijo entre los restos del arnés. Luego, mucho más tarde, cuando la preguntaron por qué lo había hecho, tan solo respondió que si ella no podía volar, nadie lo iba a hacer entonces.

Cuando Shayla entró en el aula, una sala alargada, llena de bancos corridos y pupitres de madera altos e incómodos, todo el mundo dejó de hablar. El ambarino sol de la tarde se derramaba sobre el suelo de madera a través de un lateral del aula, recorrido por arcadas y grandes cristaleras. Detrás se mecían los árboles del parque del oeste, manchados de ocre, lloviendo hojas a cada soplido del viento. Por un

momento se escucharon los susurros de hojas y ramas. A lo lejos, el sol se ponía sobre Madrid, filtrándose a duras penas entre una capa de hollín.

Shayla bajó la vista y caminó hasta la primera fila sin mirar a nadie, vestida con un medio miriñaque sin aros, abierto delante y una blusa blanca, con gorguerilla a la moda; sacó su cuaderno y el libro de texto —medidas del mundo, de Alberto Santoña— y lo abrió por la primera página. Poco a poco las conversaciones se fueron reanudando. Había escuchado desde el pasillo, aún sin decidirse a entrar, como los alumnos del primer curso de ciencias geográficas fumaban, reían, bromeaban. Todos ellos eran de su misma edad, novatos absolutos, pero a diferencia de ella, no eran de las pocas mujeres que estudiaban en la universidad.

Shayla arriesgó una mirada atrás, en la última fila del aula se sentaban tres chicos que no parecían ni tan jóvenes, ni tan asustados. Repetidores, adjudicó enseguida. Sonrió para sí. Sus amigos universitarios del club de vuelo la habían advertido contra las novatadas: el primer día uno de los profesores siempre era sustituido por un alumno de curso superior, que embromaba a los asustados novatos ante el pitorreo de sus amigos, sentados en las últimas filas. Respiró hondo y frunció el ceño.

El supuesto profesor entró pisando fuerte sobre la tarima. Vestía una toga negra y roja, bordada con el compás y el astrolabio, escudo de la facultad. Shayla sonrió, no era muy mayor, tenía una mirada viva, barba recortada y el pelo negro, sin una cana.

—Buenos días, futuros geógrafos y... geógrafa. —Shayla le mantuvo la mirada, apretando los dientes— esta va a ser su primera clase en la facultad del geografía y mensurología terráquea. Yo, Alberto Santoña, les voy a enseñar los rudimentos de la geografía descriptiva. Usted, sí, usted, aquel rubio que mira hacia atrás ¿qué cree que va a aprender aquí?, ¿se le ha comido la lengua el gato? —Hubo risas, incluso el aludido, rojo como un tomate, sonreía, sin saber que decir ni que hacer—. Pues lo que van a aprender es esto.

Con un trazo rápido, el profesor dibujó un círculo en el pizarrón.

—¿Qué es? ¿Alguien lo sabe?

Shayla, antes de que pudiera siquiera pensarlo, levantó la mano.

—Un círculo.

Más risas, esta vez al profesor no le hizo tanta gracia.

—¿Y qué diría usted, señorita, que vamos a aprender aquí?

—¿A hacer círculos?

Shayla se desconcertó al ver que el bromista no elevaba la apuesta, como ella había calculado para ponerlo en evidencia. En silencio, tan solo parecía levemente fastidiado.

—Salga a la pizarra señorita, quiero hacerle unas preguntas.

Shayla se levantó con cuidado, la temblaban un poco las piernas, pero disimuló intentando pisar fuerte. Los pasos sonaron a pistoletazos sobre la tarima del estrado.

—Eso que bien dice, es un círculo, pero también una representación plana de la tierra. ¿Sería capaz de dibujar las fronteras generales del agua sobre ese círculo?

Shayla miró al profesor. El bromista aguantaba el tipo admirablemente. La ofrecía la pizarra con un gesto de la mano y una leve sonrisa. Shayla dio la espalda al aula, tomó una tiza y respiró hondo. Si dibujaba un mapa, por bien que lo hiciera, ya tendría motivo para burlarse de ella, cualquier imperfección, real o imaginaria, sería causa de mofa. Estaba atrapada.

Con determinación, tomó la tiza, dio un picotazo blanco, otro simétrico, y luego trazó un arco en la parte inferior del círculo. Cuando se volvió la clase entera pareció estallar en carcajadas. Había dibujado una cara sonriente. El profesor se quedó lívido durante unos instantes, Shayla lo miró y sonrió. Había vencido. Miró luego al resto de la clase. Todos sonreían. Había vencido, o eso creía. Su vista alcanzó a ver a los repetidores, atónitos, quietos y mirando al estrado con la boca abierta. Lo entendió al instante, no era una broma, era un profesor de verdad. Los miró con horror y se volvió lentamente. El profesor había vencido la estupefacción y sonreía admirando la cara dibujada. Elevó las manos simétricas, al tiempo que el rostro de Shayla pasaba del encarnado al blanco absoluto y de nuevo al encarnado.

—Reconozco mi fracaso, esta señorita me mostró que el mundo sonríe, no me parece mala manera de empezar el curso. Vuelva a su sitio.

Shayla se sentó en el pupitre, muerta de vergüenza. Cuando terminó la clase, sin quedarse el resto de la jornada, salió de la universidad y volvió a su casa. No quiso salir de su habitación. Allí, sin que nadie la viera, lloró su rabia durante horas, sin hacer caso de su familia, que no hacía sino preguntarla que la pasaba.

Al cuarto día de encierro escuchó voces en el patio. Alguna visita. Se levantó de la cama y se arrojó con un albornoz. Tenía un pequeño espejo sobre el escritorio. En él contempló una criatura de ojos brillantes, enrojecidos, de pelo sucio, alborotado, y piel pálida. Parecía una enferma o una loca. No tenía intención de salir a ver quién había llegado a la casa. Arriesgó una mirada al exterior, era otoño y llovía.

Alguien llamó a su puerta.

—Señorita Shayla, ¿puedo hablar con usted un momento?

Reconoció la voz al instante. Era el profesor. Alguien tomó su corazón, arrugado, derrotado, exprimido, abrió una trampilla y lo tiró a un profundo pozo. Arriesgó una contestación con voz que pretendió ser normal.

—Sí, sí, un momento, ahora salgo.

Se recogió el pelo con un shador azul, y se vistió con lo primero que tuvo al alcance, que fue el mismo vestido que había llevado a la universidad el primer día.

El profesor la esperaba sentado sobre cojines, tomando un té. En vez de toga vestía un sobreveste informal, de sarga gris, pantalones completos, sin jubón, y botines de piel negra. Su madre se había retirado, dejándolos solos. Su padre no

estaba, había salido a llevar unos encargos. Se sentó enfrente de él, respiró hondo y le miró a los ojos. No encontró ningún reproche, y sí mucha diversión.

—He de decirle, señorita, que en los veinticinco años que llevó dando clase, es el inicio de curso más divertido y sorprendente que he tenido. Si todas las alumnas futuras que van a venir a estudiar a la universidad son como usted, va a ser francamente interesante.

—Quisiera disculparme...

El profesor levantó la mano, vigorosa aún, pero manchada por la edad.

—No hay disculpa que valga, no es necesario. Creyó que era una broma, de esas que gastan los veteranos todos los años. En mi clase no lo tolero, yo también fui, una vez, alumno novato. Entonces solo había internados, los primeros días de curso eran terribles. Juré que si alguna vez llegaba a profesor no iba a consentir algo así. Las cosas han cambiado pero los juramentos son los juramentos, ¿no cree?

Hubo unos segundo de silencio, que el profesor aprovechó para beber un sorbo de té.

—Delicioso. Si mi mujer supiera hacer el té así, no la dejaría las noches de los sábados para jugar la partida con los amigos. Bueno, y aclarado lo de la broma, ¿cuándo regresa a clase?

Regresó la mañana siguiente, y todas la mañanas de curso durante seis años hasta que obtuvo el licencio cum laude.

Alonso tocó con los dedos enguantados la pequeña chapa de latón: «Quijorna y Allobar. Modelo Cierzo-N23. 1958». Aquel aparato había salido de la fábrica que su padre y el de Shayla habían construido en Cuatro Vientos, al lado del puerto aéreo. Había pasado poco menos de diez años desde la primera vez que ambos hombres se habían visto y se habían puesto de acuerdo para colaborar, Aben había desarrollado los prototipos y ajustado la producción. Su padre, Francisco, había movido la parte financiera de la empresa. El día que habían conseguido el contrato con el ejército para construirles ciento cincuenta cierzos, ambas familias habían ido a comer a un restaurante de lujo en Madrid, pero no al completo. Ni Shayla ni él habían acudido a la celebración.

Amanecía. En el oeste, tras las montañas, comenzaba a despuntar el sol. El volatero permanecía en calma, protegido por lonas y anclado al suelo para evitar que el viento nocturno pudiera moverlo. Alonso comenzó a comprobar la tensión en los tirantes que sujetaban las alas, a tirar de las argollas de metal que abrazaban la dura madera de fresno, a observar la tela buscando desgarrones, astillas, alguna costilla de madera partida. El aparato parecía en estupendas condiciones.

—Buenos días mi teniente.

—Buenos días Miguel.

Miguel quitó las lonas que tapaban la hélice y el motor, situados en la parte trasera de la estructura. El mecánico, sin apenas mirarle, se afanó en aceitar diversas piezas del motor, a comprobar las charnelas de accionado de los mandos. Luego tomó varias latas de bencina y llenó el depósito situado en el centro del aparato, justo detrás del asiento del piloto.

—Miguel, asegúrate que llega hasta el rebosadero.

—Descuide. López dice que le saca seis horas a los suyos. Con los ajustes que le he hecho y con el depósito hasta el borde este pájaro se mantiene en el aire al menos siete.

Alonso sonrió.

—Listo. ¿arrancamos?

Alonso asintió, se caló los guantes y las gafas y subió a la estructura de madera y cables de acero.

—Magneto.

—Vale, gira.

Miguel acopló un mecanismo con forma de plato y una manivela al motor. Comenzó a dar vueltas al plato de inercia. Un zumbido bajo comenzó a aumentar de frecuencia hasta que llegó a estabilizarse.

—Listo.

—Dale.

Miguel liberó el embrague y el disco de inercia se acopló con el cigüeñal. Alonso tomó la palanca de gases y tiró de ella a golpes secos. El motor comenzó a toser y al fin arrancó. La calma del desierto desapareció, destruida por la llegada un estruendo profundo. Miguel desacopló el mecanismo de arranque, tiró de los calzos y saludó con la mano abierta, dándole vía libre. Alonso dejó que el motor llegase a la temperatura de servicio y, luego, poco a poco, aceleró. El volatero se sacudió y comenzó a moverse. Giró y encaró el sol naciente y frenó el aparato. El polvo de la pista salía despedido por la hélice, formando un penacho que el sol inflamaba justo tras él. Comprobó como los mandos deformaban las alas del modo adecuado. Tenía el equipo de primeros auxilios y señales abordo, sujeto en su sitio, la cantimplora llena, barras de chocolate, la pistola. El sol apenas le dejaba ver el fin de la pista, pero no le hacía falta, hubiera podido despegar con los ojos cerrados.

Aceleró, toda la estructura del volatero comenzó a vibrar. Corrió por la pista, traqueteando por los inevitables baches. El aparato tomó velocidad, el suelo se convirtió en un borrón gris y al fin, la estructura de madera se volvió liviana y se elevó con pereza en el aire frío y denso del amanecer, sin corrientes ascendentes que tiraran de ella hacia arriba.

Ya en el aire, Alonso consultó la brújula sujeta a un montante y el mapa cosido en el antebrazo de su mono de vuelo. Giró hacia el sur dejando el sol a su derecha.

Piedras, algunos árboles, muretes que servían como corrales para cabras, casas encaladas con techos semiesféricos, todo dibujaba largas sombras sobre el terreno y quedaba atrás rápidamente.

Miró el mapa, había ocho cuadrantes que ya había investigado, ocho días de búsqueda dificultosa, uno de ellos había vuelto a la base perseguido por el simún; otro casi se estrella contra un saliente rocosa; un tercero había creído ver el brillo de un buraq turco a lo lejos.

Había despegado la mañana del 13 de Febrero de Tánger, con intención de cubrir una larga etapa hasta Kenitra. Había sido un día de sol y moscas hasta que el simún comenzó a soplar. No llegó nunca. Nadie sabía dónde había ido a parar pero lo más lógico es que se hubiera desviado para evitar la masa de aire y arena que se le venía encima desde el desierto y después hubiese tenido que aterrizar sin combustible en algún sitio remoto de la terrible sartén que era el desierto de piedra que los beduinos llaman erg.

Alonso maniobró hasta obtener una lectura de 148° en la brújula. Sobrevolaría una zona al sur de Volubilis, una pequeña ciudad de adobe rodeada de ruinas romanas que los moros usaban como establos o estercoleros. Hasta llegar allí tenía más de trescientos kilómetros, dos horas de vuelo, otras dos de vuelta, eso, con suerte, le dejaba tres para sobrevolar un territorio casi tan grande como la provincia de Toledo. Esperaba que si oía el motor haría señas de humo, luminosas, cualquier cosa que le ayudase a encontrarla.

Pronto el ronroneo del motor, el calor del sol naciente que se derramaba sobre el cuero del mono caldeándolo, casi lo adormecen. Debía haber tomado más café antes de salir. Sentía las manos agarrotadas, los músculos pesados, la vista torpe. Se había acostado a las tres de la mañana, tras una jornada agotadora reparando el volatero. Llevaba ocho días sin apenas descansar.

Sacudió la cabeza y elevó el morro del aparato. Un día más, nueve, y un cuadrante más cubierto.

Shayla entró en el antigua zaguán que había sido el primer taller de su padre, y que ahora era una oficina llena de mesas de dibujo e ingenieros en bata. Miró a un lado y al otro. Siempre había mucho calor en aquel lugar. La cábalas automáticas, una fila de enormes armarios llenos de luces arrumbados contra la pared de adobe, desprendían un calor de horno. Localizó a su padre sentado a un tablero, dibujando en un enorme pedazo de papel cebolla. Se acercó a su mesa sin hacer ruido. Tenía puesto el mono de vuelo, desde que terminó la universidad volaba muy a menudo, para disgusto de su padre. Aben levantó la cabeza del plano. Tenía el pelo canoso, escaso, pero el mentón, cuadrado, y la mirada, acerada, aún eran las de su juventud.

Shayla arrojó sobre la mesa un periódico.

—Mira.

Su padre miró primero el mono de cuero desgastado de su hija, luego volvió la cabeza al periódico, los titulares de un anuncio a toda página, gritaban el desafío de Garrigas, la empresa aeronáutica catalana. El periódico se preguntaba «¿El fabricante Quijorna y Allobar aceptaran el reto después de que Benabeth Allobar, su piloto principal, este en cama con una pierna rota tras el accidente que destrozó el prototipo del ganso?». Levantó la vista y dijo tan solo una palabra. —No— antes de volver a su tarea.

—Sabes que podemos hacerlo.

—Benabeth está en el hospital y no hay otro piloto para el ganso.

—Sí, sí lo hay.

—He dicho que no y no lo voy a repetir. Por muy bien que vuelas, no voy a dejarte ir hasta las azores para batir un estúpido récord, por muy bien patrocinado por el rey y la real sociedad de mensurología que esté el premio.

Dos días después, Shayla contemplaba como un tractor tiraba de la imponente envergadura del ganso sacándolo del hangar. A su lado, su padre miraba el volatero deslizarse fuera del edificio de chapa, casi una mariposa saliendo del capullo.

—Shayla, confío en ti, si tienes un accidente y te hieres o matas, no te lo perdonaré y tú madre no me lo perdonará a mí.

Shayla besó a su padre en la cabeza, era un poco más alta que él, y lo arropó contra su pecho. Aben se liberó del abrazo y la miró a los ojos.

—Escucha atentamente, el motor está sobrepotenciado, anoche le dimos un par de vueltas al sobresoplante. Eso quiere decir que ira bien por encima de dos mil, por debajo se puede calar, no tendrá fuerza ninguna. Tenlo en cuenta en los descensos y en los giros. No creo que tengas problema en batir al Garrigas. Creo que han salido antes del amanecer, quieren aprovechar el viento favorable al máximo, pero da igual, lo que ganen ahora lo perderán en la llegada, justos de combustible, es una locura.

—No te preocupes, subiré lo máximo que pueda y luego... abajo.

—Recuerda la navegación, es más importante que la velocidad punta. Las referencias, los tiempos. Tienes una tabla de cronómetros atornillada al tablero. No se te olvide pulsarlos en los pasos.

Los operarios de Quijorna y Allobar, cargaban de combustible aquella colección de vigas y tirantes, ajustaban vientos y cebaban el motor, antes de arrancarlo.

Cuando Shayla ya iba a subir al aparato, se les acercó un hombre grueso, de grandes bigotes. No podía hacer mayor contraste con Abas, sin embargo ambos se sonrieron con la familiaridad que da muchos años de amistad. Shayla no quiso volver la vista, lo hizo involuntariamente cuando el hombre grueso le puso una mano en el hombro.

—Mucha suerte.

—Gracias.

Caminó hasta el aparato sin mirar atrás. Había mucho en juego, el prestigio de la fábrica, el premio de veinte mil ducados, el contrato con el ejército. Su hermano se había roto una pierna pilotando el otro prototipo, también él estaría pendiente del vuelo, una vez que le dijeran que había partido.

Llegó a la cercanía del volatero. Los operarios, bigotudos, manchados de grasa y vestidos con monos de dril, detuvieron sus mil tareas previas al vuelo y la miraron acercarse. Estaban acostumbrados a verla trastear siempre cerca de aquellas máquinas, pero no a que las pilotase.

Les saludó con una sonrisa, y volvieron a su trabajo. Tocó el ala del aparato, la tela estaba tibia, parecía piel de un ser vivo. Si fallaba no tendría ocasión de lamentarlo, lo más probable es que muriese. Eso lo hacía todo mucho más fácil.

No volvió a pesar en aquello hasta que, cuatro horas después, llegó a Azores casi sin combustible, planeando muy cerca de las crestas de las olas, a punto terminar el vuelo en tres cuartos de hora menos que las más optimistas previsiones. Había llevado el motor muy por encima de la eficiencia calculada, el sobresoplante de su padre había funcionado muy bien. Pero si no lograba aterrizar de nada valdría. La dolían los hombros y las piernas, los mandos estaban tan duros como el hierro. El viento racheado la zarandeaba apartándola una y otra vez de la senda ideal. Unos minutos antes había comenzado a llover, masas de aire frío y nubes se echaban encima de la isla, arrojándola de negrura. Las alas se habían mojado y los últimos kilómetros el volatero se resistía a mantenerse en el aire.

Alguien debía estar avisado porque vio líneas de fuego arder a cada lado de la pista. Corrigió el rumbo y se acercó a la tierra más rápido de lo que hubiera deseado. No podía dar más fuerza al motor, el depósito marcaba ya cero, se apagaría de un momento a otro. Cayó hasta el suelo casi como una hoja de otoño, zarandeada por las corrientes. Golpeó el suelo con los patines, se deslizó sobre la hierba cincuenta metros y, por fin, sin que ella tocara el estrangulador, el motor se detuvo. Escuchó entonces, el rugido del viento, la furia de las olas rompiendo contra la costa, a menos de doscientos metros de dónde había aterrizado. Un hombre cojo, tocado con una gorra de marinero raída por el tiempo, se acercó a ella medio saltando, medio corriendo.

—Bienvenida..., Bienvenida a las Azores.

Shayla sonrió mientras se quitaba las gafas.

La primera tarde que salieron juntos, caminaron por la calle mayor parándose todas las veces que quisieron en las diversas confiterías que ofrecían dulces y chocolate. Recién estrenada la primavera aún hacía frío. Aún así, la gente, harta del invierno, paseaba aireando ropas ligeras y claras por primera vez en muchos meses,

incluso se veía alguna sombrilla.

Salieron de Romerales hermanos, comiendo una trufa de chocolate. Shayla reía continuamente, una sonrisa de sorna continua que ponía nervioso a Alonso. El chico había buscado temas de conversación, reflejo de los de sus hermanas mayores, pero a ella no parecían interesarla los cotilleos de la corte, la política del imperio ni las hazañas de los navíos en las costas del caribe luchando contra piratas borgoñeses.

Pasearon por la acera, ambos bien separados. Unos metros más atrás caminaban el hermano de Shayla y su novia, una chica de Soria que apenas hablaba pero que tenía los ojos más azules que Alonso había visto nunca. Ambos se mantenían discretamente al margen; a pesar de ello, sentía en la nuca las brasas de una mirada inquisitiva, vigilante.

—Mira, un lector de noticias. Escuchémosle.

—¿Y no es mejor comprar el periódico?

Shayla le miró con reproche, a Alonso no le gustaban esos hombres vestidos con harapos imitando trajes de corte noble, terciopelo que era sarga teñida, gorguerilla ajadas. Su padre le contaba que antes se reunían grandes multitudes a oírlos, en cada plaza había uno, ahora apenas eran una reliquia de otra época, la gente había aprendido a leer. Aquel lector era un anciano de pelo blanco, largo y enmarañado y la cabeza coronada con un sombrero de color amarillo que se veía a mucha distancia. Daba vueltas y hacía ademanes agitando un roñoso gabán que parecía tener aún más edad que él mismo. Se había reunido a su alrededor unos cuantos niños, algunos adultos aburridos y varios ancianos ociosos.

—Escuchen las noticias del imperio, frescas, traída de allén de los mares o desde el patio de sus propios vecinos, señora. Noticias narradas, leídas, veras, las más veces, falaces lo justo, de raigambre, noticias de siempre, de ahora, nunca de mañana, porque mañana... mañana habrá más, señoras y señores.

El lector hablaba mientras hacía aspavientos con las manos, parecidas a aspas de molino. El sombrero amarillo era un poderoso faro que se agitaba en el aire prístino de la tarde. Cuando creyó reunidas a las personas adecuadas, hizo ademán de pedir silencio, cerró los ojos y pareció concentrarse. Luego comenzó a declamar con una voz profunda, clara, que parecía escribir palabras de fuego en el aire de la tarde.

—El señor comendador de la ciudad de Toledo, el ilustre Don Gil Marcos de Buendía y Alameda, ha sido hallado culpable del nefando crimen de desacato contra la ley del asentamiento al autorizar la construcción de cigarrales con más fanegas de las previstas por la ley de impuestos imperiales. El asunto trae cola, más de uno, y más de dos alcaldes de ciudades del imperio ponen ya sus terrenos en barbecho, detienen la paleta, aplanan las fanegas de constructos ante la comisión de inquisidores reales que el consejo de los cuatrocientos ha asignado a la persecución de los muchos abusos que, de ese tipo, se producen en el suelo patrio y santo. Tengan los oídos de

vuecencias la gracia de acordarse de estas palabras.

»Ha ya diez días que llegaré al buen puerto de Gades, la nao Ciudad de Torrijos, culmen de la muy larga y honrosa expedición que la ha llevado hasta los hielos polares. Es la Ciudad de Torrijos, una nave de hierro, movida por palas y hulla, que ha vuelto repleta de muestras de los continentes australes. Su capitán, el Conde de Musgazo, ha declarado que de las muchas peripecias sufridas, la más grande ha sido bregar con los submarinos ingleses, que parecen abundar en el mar más que los arenques.

Escucharon un largo rato, y al fin, volvieron la espalda al lector, no sin antes soltar un par de blancas y alguna media perra gorda en el sombrero amarillo. Su voz, clara y potente, que ya empalmaba su retahíla de noticias con los resultados de las carreras y los partidos de frontón, se fue quedando atrás y se confundió al fin con el ruido de pasos y autocoches.

Alonso arriesgó una mirada a la morisca, y le pareció que los ojos, enormes, muy negros, parecían brillar con especial intensidad.

—Te imaginas, viajar al sur, hasta que no haya ya tierra conocida y solo se encuentren ya islas solitarias, hielos sin nombre.

—Sí, qué frío.

—Ser los primeros en poner el pie en una tierra desolada, habitada por especies animales que nadie conoce, encontrar tribus de salvajes que, cuando llegan a la mayoría de edad, para poder heredar la canoa del padre, se comen su propias orejas maceradas en el vinagre que extraen de cocinar las vesículas de las morsas.

—Puaj, ¿dónde has leído eso?

Shayla le miró con desprecio.

—En los viajes de Alvar Nuño, el explorador del siglo pasado. Él fue el primero en ver las costas de la Antártida, antes incluso de lo que dicen los ingleses y su Stanton.

—¿No decían los borgoñeses que uno de sus capitanes había circunnavegado el continente sur?

—Sí, Gulvier, pero se demostró que era un fraude, ese tan Gulvier era un caradura que había viajado a la Patagonia por pieles de foca y que se inventó el cuento de la exploración. Sin embargo, le han puesto su nombre al cabo sur, fíjate. Ahora se llama cabo de Gulvier.

Caminaron calle mayor adelante y terminaron en la puerta del patio de armas del palacio Real. Enfrente, tras una valla de madera medio podrida, había un solar sin nombre, el lugar dónde muchas generaciones de madrileños hubieran querido erigir una catedral y nunca se había construido. La plaza terminaba en una barandilla de piedra elevada sobre los jardines de palacio, que caían, en prados y paseos arbolados, hasta el río.

En el extremo sur, tras los altos muros del jardín, corría la ribera del manzanares, la derecha limpia al fin de chabolas y lupanares tras la reforma urbanística del 35 y convertida en un paseo arbolado. Enfrente, en la ribera derecha, comenzaban las barriadas sociales, la zona que había sido destruida por un pavoroso incendio en el 34. El gobierno socio de aquella época había reconstruido el barrio completo con casas de ladrillo todas iguales, formando manzanas cuadradas con un patio interior en el centro, casas sociales para pecheros y gentes de baja renta. Rectas avenidas recorrían el barrio conduciendo hacia las chimeneas de las industrias manufactureras que rodeaban la ciudad por el sur. Desde dónde estaban no se veían, pero el espeso humo que desprendían sus calderas, nunca apagadas, creía en el cielo azul manipulado por la luz del sol hasta hacerlo parecer piedra, penachos sólidos de escorias borrosas, desdibujadas, pero firmes, asentada en el suelo y extendidas, como paraguas, sobre el sur de la ciudad.

Al rato de estar allí, mirando los tordos volar por encima de los árboles del jardín, Alonso notó unos metros más allá, a una pareja besándose apoyados en la verja. Un poco azorado, giró la cabeza y se encontró con la cara de Shayla iluminada por un gozo o una ilusión interior que, en aquel momento, Alonso no comprendió. Enrojeció sin saber por qué. Casi como respuesta a su rubor, sonaron los sones metálicos de una marcha militar.

—Es el cambio de guardia.

Ambos, seguidos de cerca por el hermano de Shayla y su novia, se acercaron a la verja del palacio. En el inmenso patio, una escuadra de dragones maniobraba exhibiendo sus uniformes azul oscuro, cubiertos de charretes de plata. La banda, que tenía hasta un mitrolaud portátil, atronaba el cielo con acordes marciales.

A Alonso, siempre que veía aquellas hombres moverse con precisión ejecutando los cambios de posición y formando complejas figuras geométricas, se le llenaba el pecho de emoción. Cuando era más pequeño reproducía aquellos movimientos con sus soldados de lata. Ahora, se imaginaba formando parte de aquellas maniobras, vestido de azul oscuro y con el casco de acero calado hasta los ojos.

—¡Qué cabezas cuadradas!

—¿Cómo? —Alonso volvió la cabeza. A Shayla se le había borrado la magia de la mirada.

—Que me parecen idiotas, todos haciendo lo mismo como piezas de una máquina estúpida.

Alonso volvió a mirar a los hombres moviéndose con pasos coordinados, largos y dificultosos. Idiotas por hacer todos lo mismo, no lo comprendía. Cuanto más miraba menos lo entendía. Shayla abandonó la verja y se acercó a su hermano, que comía pipas sentado en un banco junto a su novia. Alonso no quiso acercarse, no tan pronto; continuó mirando el cambio de guardia hasta que el capitán de maniobra tocó el

cornetín de plata que daba por finalizada la operación. Sonó a lata rota. Fastidiado se dio la vuelta y volvió con Shayla.

Afuera del piso de sus padres, se escuchaba el sonido de muchos pasos, muchas gargantas gritando, pidiendo limonada, niños llorando, hombres llamando a sus mujeres. Toda su familia, su padre, su madre y sus hermanas, se asomaban a los balcones.

Leía el periódico despacio, como si no hubiera nada más importante, como si la tarde de verano fuera larga y aburrida.

—Tened cuidado, esos viejos balcones quizá no aguanten tanto peso.

—Alonso, no hagas más el idiota y sal a ver la comitiva, mira, ya están girando por carretas.

No hubiera hecho falta la advertencia. El clamor, que antes era poco soportable, aumento de volumen y se convirtió en un rugido inarticulado. A su pesar, dejó el periódico y se asomó entre los hombros de su hermana mayor y su padre. Entrevió una larga comitiva de viejos autocoches de gala, enormes escarabajos de charol negro que refulgían al sol de la tarde como si se hubiesen incendiados. Sobre el terciopelo rojo de los coches abiertos, se exhibían las autoridades vestidas con largos gabanes de gala hechos en finísimo lino. En el centro de la comitiva, un enorme gomeznarro de cinco ejes, rugiendo, avanzaba triturando los adoquines de la calle con su peso descomunal. A su paso la población de Madrid enloquecía. Shayla parecía una pequeña muñeca sobre los enormes asientos acochados del gomeznarro, empequeñecida por los corpachones del alcalde y los concejales.

Alonso no se fijó en ella, prefirió mirar el volatero que arrastraba el propio gomeznarro de honor. Tenía las alas plegadas, y aún así casi abarcaba toda la Gran Vía. Una semana atrás había cruzado el atlántico hasta las azores en una hora menos que su competidor, un aparato catalán del que nadie recordaba ya el nombre.

Cuando no pudo aguantar más, dejó el balcón y salió de la casa por la puerta trasera. Huyó de la algarabía del centro y se refugió en un politeatrón, allí se sentó en la oscuridad y procuró olvidarlo todo, excepto el drama que se desarrollaba delante de él. No lo consiguió, la obra era mala, sin actores reales, tan solo mecanismos y grabaciones móviles en seda, sistema que estaba sustituyendo a marchas forzadas al teatrón clásico. A mitad del desarrollo, uno de los complejos mecanismos que daban soporte a los efectos visuales, se rompió. A las dos o tres personas que había en la sala, les devolvieron el dinero. Alonso salió a la calle sin siquiera mirar a la taquilla, camino de una taberna dónde había quedado con un viejo amigo de otros tiempos.

Aún no sabía por qué había aceptado, porque había dicho que sí cuando Santiago le había enviado una tarjeta por correveidile citándole para aquella tarde. Habían pasado tres años y ya nada le unía a los tiempos de la academia, a las juergas

universitarias con los amigos y amigas de Shayla, un tiempo que la memoria había vuelto amarillento, rugoso como un cuero sin cuidar que se cuarteaba en un rincón olvidado.

La taberna estaba escondida en la judería vieja, en tiempos había sido prostíbulo y casa de juego, pero las ordenanzas y los alguaciles habían puesto coto a las casas de mala reputación de esa zona tan céntrica de la capital. Hacía ya muchos años que no había muertes a espada, ni siquiera eran abundantes las broncas a trompadas. La taberna tenía muchas mesas distribuidas en lo que antes había sido un zaguán iluminado por las velas. Buscó a Santiago no muy convencido de estar allí. Lo encontró sentado junto a una mujer que no reconoció.

—¡Santiago!

Ambos se volvieron, la mujer era Shayla, tenía el pelo más liso, la piel más oscura, pero los ojos eran los mismos y le atraparon en una súbita red de añoranzas, en aquella intensidad de azabache había muchas noches, días, caricias, penas y alegrías, todo un pasado, toda una vida que había quedado atrás. Vaciló unos instantes, los suficientes para que Santiago se despidiese. Se sentó enfrente de ella sin dejar de mirarla. Un camarero dejó dos jarras de cerveza sobre la mesa. Alonso tomó una, se la llevó a los labios, cerró los ojos y bebió hasta que le dolió la garganta. Al dejar la jarra sobre la mesa, casi vacía, Shayla aún seguía allí, mirándole.

—Lo siento.

—No hay nada que sentir. Hiciste tu elección. —La mirada de Shayla cambió, se hizo más dura, brillante como un ónice recién desenterrado. Alonso tuvo que volver la cabeza, agachar la mirada, ponerse a jugar con la jarra, removiendo el fondo una y otra vez.

—Solo quiero saber de ti, bueno, ya sé de ti, y tú de mí, por nuestras familias, seguro.

Alonso asintió resignado. El silencio entre ellos se estiró hasta formar una membrana de vacío enganchada con garfios a sus miradas.

—Sé que en África están las cosas difíciles.

—A los bereberes los están ayudando los turcos, aunque de forma no oficial. Estamos perdiendo influencia en la zona. Patrullamos mucho, pero hay poco que hacer contra los ataques a caravanas, oficialmente atribuidos a los beduinos y ladrones inidentificados.

Alonso se volvió a buscar al camarero, sentía la boca seca. Se volvió tras ordenar una cerveza más, Shayla seguía mirándolo, había olvidado la intensidad fanática con que podía centrar su atención sobre algo, en aquellos momentos ese algo era él. Alonso cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz. El tiempo no había transcurrido, volvían a estar juntos una tarde de Domingo en la buhardilla soleada, sin decirse nada, tan solo mirándose el uno al otro, intentando penetrar la piel y los tejidos y

llegar a esa zona recóndita del otro, aquel lugar dónde ardía un misterio que tejía cadenas invisibles, hielo y fuego, labios y sangre; la cueva dónde ambos eran esclavos secretos del otro.

Alonso hizo un esfuerzo por hablar, pero las palabras no le salían. Volvió a beber, ella no había tocado su vaso.

—Shayla..., yo no...

—Alonso, —por primera vez bajó la vista— siento mucho lo sucedido. No, déjame hablar. No quise que las cosas fueran así, no quiero que vayan así. Quiero que me perdones. Seguro que seguirás tu vida con otra; yo, con Santiago estoy más o menos bien. —Santiago, por eso había sido él quien le había llamado. Ella lanzó las manos y atrapó las suyas. Ahora su mirada era miel servida en una copa de frío diamante. Alonso se retrajo, intentó zafarse sin conseguirlo, los músculos no le obedecían—. No sabía como hacer esto, como pedírtelo después de... pero me han convencido, los chicos me dijeron que estabas bien, que todo había quedado atrás. Verás, lo de hoy no es nada, lo de las Azores una tontería. Quiero llegar a Guinea, completar la ruta continental, no por la costa, sería el primer aeronauta en hacerla, pero el ejército me niega el paso a las bases, dice que es muy peligroso. Sí pudieras hablar con el general Sanchidrián...

Alonso retiró las manos. Había sentido hielo, luego fuego, la piel la había recordado aún mejor que él mismo. Le temblaba el pulso, los dedos añoraban la suave curva de sus senos, la morbosa tensión de los labios entreabiertos, los latigazos de lengua y saliva. Se levantó y caminó hacia atrás sin dejar de mirarla. Hasta varios metros de la mesa no pudo girarse y salir corriendo.

Es primavera, el sol se cuele entre el tremolar de las hojas verdes de los árboles. El niño, de apenas cuatro años, pestañea pero no deja de mirar al sol. Algo se le cruza delante de los ojos, una criatura pequeña y rápida. La sigue con los ojos, la criatura aterriza unos metros más allá de dónde juega. La niñera está adormecida, dando cabezadas en el banco de madera. A su alrededor hay viejos jubilados que pasean, otras niñeras, madres, y niños, muchos niños jugando en el parque, armando jaleo envueltos en lazos y puntillas como si fueran animados paquetitos de regalo.

Alonso se acerca despacio al pájaro, cuando está ya muy cerca, a punto de estirar la mano y coger aquel juguete nuevo, el gorrión gira la cabeza y le mira de medio lado con un ojo que no es más que una punta de alfiler negra. El niño se detiene, mira aquel ojo que lo contempla, gira la cabeza.

En un instante el pájaro captura la miga que había bajado a buscar, aletea y sale disparado hacia el aire. Alonso lo ve discurrir por el cielo, doloroso de tan azul, cada vez más pequeño, hasta desaparecer.

Parpadea para espantar la ensoñación que lo ha atrapado; miraba al horizonte y recordaba un color, el azul. Corrige la caída del ala derecha, vuelve a comprobar los grados de la brújula y echa un vistazo al mapa sujeto en el antebrazo. Todo igual. Sujetando los mandos con una sola mano, destapa la cantimplora y bebe despacio de ella.

Azul. Mira a derecha e izquierda, el sol está alto en el cielo, no hay una sola nube, el aire es claro y diáfano, tanto que dilata las distancias y parece que el volatero no consigue avanzar, que está detenido sujeto por invisibles tirantes a una bóveda de intenso cristal azulado. Mira al suelo, la sombra del aparato corre por un terreno ocre, interrumpido de vez en cuando por masas de verdor, altas acacias y matorrales espinosos de madera dura como la piedra. A su derecha hay una cordillera baja cuyo nombre no se molesta en buscar en el mapa.

Cambia la postura en el asiento, los riñones son dos masas de calambres continuos, tiene una contractura en el brazo derecho y la rodilla izquierda, herida en un accidente en la academia, apenas le responde. Esos malestares han dejado de ser importantes, hace días que no los siente urgentes, tan solo le apabullan al tumbarse en el camastro, por la noche. Está más allá del cansancio, la mente sumergida en un mar de muelles que amortiguan el mundo y sus habituales aristas. Lejos de la necesidad de sueño, de descanso, los pensamientos flotan en un fluido azul claro, inconmensurable y eterno. Vuelve a mirar al cielo. Le cuesta esfuerzo pensar en el motivo por el cual sigue pilotando; no es necesaria una causa, volar es, ya para él, como respirar, una actividad automática, irracional.

Recuerda a Shayla, recuerda su avión perdido, pero no tienen más importancia que el aire cálido y seco que le golpea en la cara.

Está perdiendo altura de nuevo, corrige la inclinación del morro. Vuelve a parpadear, agita la cabeza de derecha a izquierda, va a dormirse o a perder el juicio y estrellarse.

El motor gira a régimen constante. Consulta el reloj y luego echa una mirada al indicador del tanque. En media hora tendrá que dar la vuelta y comenzar el regreso a la base. No va a tener bastante combustible para llegar a Volubilis, según el mapa el campo de ruinas está tras la colina hacia la que enfila, a 30 ° sur. Justo, muy justo.

La colina crece, la sobrepasa volando a diez metros de la cumbre, cubierta de las viejas piedras desmoronadas de lo que antes fuera una torre de señales o vigilancia. El valle tras la colina es amplio, regado por un río rodeado de vegetación. Allí dónde mira ve ruinas, desde el aire es fácil reconocer el recto trazado de las calles, los huecos cuadrangulares de los edificios. Distingue un espacio en forma de teatro, columnatas roídas por el viento, muros derrumbados, aljibes hundidos, los restos de una gran ciudad olvidada durante más de dos mil años.

No hay rastros de un accidente, tan solo piedras olvidadas.

Gira suavemente abarcando toda la ciudad. Espanta a algunos animales que echan a correr entre los matojos.

Lo ve tan solo cuando termina el giro. Arrumbada contra un muro, medio cubierta de arena, reconoce la estructura, la tela rota, los jirones aleteando al viento. Sobrevuela el ala rota y distingue otros restos del fuselaje. Contra una columna, protegida del viento por una pequeña duna, alguien ha construido una tienda con ramas y piezas del volatero destruido.

Le queda el combustible justo, es una locura aterrizar sin embargo gira el aparato, busca un espacio dónde los patines puedan resbalar sin obstáculos. Encuentra uno muy cerca de la tienda, un espacio de unos cien metros libres de vegetación y ruinas. Aterrizo muy suave, desliza sobre la fina arena, y frena sin contratiempos. Apaga el motor cortando la alimentación del preciado combustible. De inmediato le asalta un silencio que no había esperado. Baja del volatero moviéndose con dificultad enfundado en el traje de vuelo. Allí no hay nada, tan solo arena, viejas piedras talladas y el viento que sopla removiendo los arbustos. Las piernas no le sostienen, están acalambradas por las muchas horas de postura forzada. Jadeando, tropezando, se orienta y llega a la tienda. De cerca es mucho más tosca de lo que le ha parecido desde el aire, apenas habrá servido para proteger del viento y del frío nocturno. Delante hay restos de una fogata. Desperdigados alrededor encuentra pertrechos de campaña, unos prismáticos rotos, la manivela de acero de un arranque, una llave fija, una caja de emergencia abierta y vacía.

Otea alrededor de la tienda, nada, tan solo el viento silbando entre las rocas. Dentro encuentra un tosco lecho hecho con la tela de las alas. Se inclina sobre el lecho, toma la tela y la huele, identifica la pintura, el olor a lino y un perfume tenue y lejano, que actúa como abono para sensaciones remotas, que crecen despacio. Afuera escucha ruido. Sale de la tienda y se encuentra de frente con una figura delgada y muy morena, cubierta, de la cabeza a los pies, por tela blanca y sucia. El beduino, que tiene una pistola en una mano y un conejo muerto en la otra, le sonrío.

—Alonso.

Solo entonces, al escuchar la voz, la reconoce: es Shayla, los mismos ojos negros, la misma sonrisa. Tiene la piel sucia y muy morena, los pómulos se le marcan en la piel y la nariz sobresale del rostro más de lo que recordaba. Los labios, secos y agrietados, sangran al ser forzados en una amplia sonrisa. Cuando la besa, saborea su sangre, espesa y densa, sazónada de arena.

El fuego crepita, apenas logra ahuyentar el frío del desierto. Shayla se acurruca a su lado.

—Creo que hubiéramos debido regresar. Ahora creerán que tú también has desaparecido.

—Hasta mañana no. Les dije que me dejasen un día de margen, por si tenía que aterrizar y buscar en tierra.

Durante un rato no hablan, los restos del guiso de conejo ensucian una cacerola abandonada sobre la arena. Minutos antes han yacido sobre esa misma arena, aún templada por el calor del día, Alonso ha recorrido con brazos ansiosos la geografía aprendida y nunca olvidada de Shayla, se han amado con languidez y desesperación, sin prisa, como si todo el esfuerzo, primero de su accidente y segundo de la búsqueda, hubiesen tenido el único sentido de unirlos de nuevo bajo aquellas estrellas feroces, lejanas a cualquier luz de civilización.

—¿Qué han dicho los periódicos de mí estos días?

—Los primeros días los titulares eran continuos. Luego la cosa se fue apagando. Se hablaba de hacer un funeral de estado en la castellana, ya sabes, formación de alabarderos y un féretro vacío sobre un autocañón.

Durante un rato Shayla se abraza las piernas y mira al fuego chisporrotear.

—Estoy cansada. Cuando estas muerto todo es mucho más fácil, ya eres un héroe, no hay que pelear, —gira la cabeza y mira a Alonso— nos podríamos quedar aquí los dos. A un día andando hay un poblado, pobre pero con algunos recursos. Cerca hay agua, caza... Sabes, en el desierto es muy fácil ser libre, las únicas normas son el viento, el sol, la noche. Las únicas necesidades, el agua, la comida.

Alonso no contesta.

A la mañana siguiente, a la media luz del amanecer, el sonido de un motor despertando del sueño nocturno forma ecos en las paredes derruidas, en las columnas rotas y caídas, contra las dunas peinadas por el viento. El motor arranca al fin, se estabiliza lentamente. Al poco el volatero acelera, gira y encara el viento. Pesadamente, despega del suelo de regreso a la civilización. El aparato asciende despacio cargado con dos personas. Shayla se sienta en el otro soporte de tela, cuero y madera detrás de Alonso.

El regreso es sencillo, Alonso sigue la ruta que ha le ha llevado a Volubilis, avanza de hito en hito, aquella cumbre, aquel poblado, lee los tiempos y los rumbos en el mapa atado a su antebrazo.

Lucha contra el sueño, apenas ha dormido, ha usado la noche para mirarla tendida a su lado, arropada por una manta de campaña, sonriendo aún con la misma curvatura de los labios rotos y generosos que le han recibido aquella tarde. Recuerda esa sonrisa nocturna, no sabía cuando la había echado de menos hasta que la ha visto.

—Alonso, ¿crees que habrá periodistas en el campamento?

Alonso no contesta, a duras penas ha escuchado la pregunta sobre el ruido del aire y el motor. Se gira para mirarla, la sonrisa de Shayla ya no está, sustituida por un rictus de decisión sin límites. Mira el indicador de combustible, apenas quedan unos litros. El campamento está detrás de las colinas herbosas que tienen delante.

El cielo permanece tan azul como el día anterior, se diría que siempre ha sido así, que no ha habido noche, ni que las estaciones han transcurrido, aquel aire diáfano, traspasado de un sol purísimo, permanece en el mismo estado en que algo o alguien lo creó de la nada. Alonso imagina que el combustible se agota, el motor se detiene, que el aparato lucha por mantenerse en el aire, planeando, pero que están demasiado lejos, no pueden cruzar las colinas herbosas. Busca un lugar dónde posarse con suavidad, no lo encuentra, tan solo hay espinos y rocas. Gira una vez, perdiendo altura, otra vez más, sin dejar de buscar un lugar dónde posarse. Se decide por un canchal entre acacias. El volatero se desploma sobre las piedras puntiagudas, destrozándose al primer toque.

Siente los huesos del cuerpo astillados. A unos metros el cuerpo de Shayla yace roto sobre una piedra manchada de sangre. La morisca le mira con los ojos muy abiertos, llenos de asombro. Inmovilizado, con la espina quebrada, imagina que el combustible ha durado lo suficiente para superar las colinas, que han descendido planeando sobre el campo, que han tomado irregularmente sobre la polvorienta pista despertando el estupor de todos. Escucha los vítores, las celebraciones, imagina que Shayla sigue con su vuelo hacia Guinea y que él se queda de nuevo solo, fumando, tarde tras tarde, en la tienda del comandante Franco, intentando borrar con té del desierto, el sabor de sus labios.